

colección
Caligrafía

Otro milagro de la primavera

Cuentos de abuelos contados por nietos

Instituto de Educación Santa Elena

unlibro
ediciones

A un olmo seco

*Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo
algunas hojas verdes le han salido.*

*¡El olmo centenario en la colina
que lame el Duero! Un musgo amarillento
le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento.*

*No será, cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardos ruiseñores.*

*Ejército de hormigas en hilera
va trepando por él, y en sus entrañas
urden sus telas grises las arañas.*

*Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;
antes que rojo en el hogar, mañana,
ardas en alguna mísera caseta,
al borde de un camino;
antes que te descuaje un torbellino
y tronche el soplo de las sierras blancas;
antes que el río hasta la mar te empuje
por valles y barrancas,
olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.*

*Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.*

Antonio Machado

Prólogo

Una institución educativa es una permanente y ordenada generación de oportunidades, en relación a fines que se vinculan al desarrollo de la calidad humana de los individuos que la integran. En particular, el año lectivo 2007 se inició bajo la impronta de San Francisco de Asís y de su pensamiento instalado en el patio del Colegio como lema para la acción, “*empieza por hacer lo necesario, luego lo que es posible, y de pronto te encontrarás haciendo lo imposible*”.

Fueron decenas los proyectos pedagógicos que procuraron alimentar de oportunidades el tránsito de nuestros jóvenes por la vivencia de Francisco.

Así nace, desde la cátedra de Literatura de nuestro Bachillerato, el proyecto “*Reconstruye tu historia. Escribe una historia de tu historia*”.

Más de sesenta jóvenes de los tres niveles del Bachillerato inician un recorrido que los lleva a su pasado a través del diálogo intergeneracional. Las generaciones se encuentran entretejiendo recuerdos y narraciones. Algo revive, dimensiones y personajes casi olvidados renacen y se instalan en el hoy de esas familias, ingresando desde el encuadre familiar y a partir del aula, hacia la identidad personal de ese investigador adolescente. Viajes hacia sí mismos, pero también hacia los otros, sus pares, sus compañeros de clase. Cada uno de ellos se amplifica y complejiza ante los otros.

Nada ni nadie queda intacto. Todos resultan tocados por la vida que fue, pero que renace hoy cargada siempre de valores, principios, amores, rechazos, cobardías y heroicidades.

Tampoco la narración recuperada de los recuerdos familiares llegó intacta al curso de Literatura. El docente convocó y orientó a una relectura

por parte de su alumno, investigador y cronista que tuvo así la oportunidad de verse / leerse en el espejo de su propia historia.

Ojalá que este libro incite a otros a recuperar *historias de su historia* permitiendo una vez más que el tronco apolillado del olmo seco de Machado tenga una rama reverdecida. Lo del título, *otro milagro de la primavera*.

Prof. Sergio Migliorata
Director de Bachillerato
Instituto de Educación Santa Elena / Lagomar

Viajes y arraigos de la memoria

"Pensar el mundo es como hacerlo nuevo"

Antonio Machado

Creo que los libros nacen de las preguntas. Llegan para hacer preguntas. Desde ríos profundos, difíciles de rastrear, las nacientes de la memoria se nutren como raíz silenciosa y esencial. Desde un manantial siempre presente muchas veces inadvertido. Conformado dentro de grandes y pequeños eventos, circunstancias de muchos y propias, para apropiarnos de un territorio, la geografía de las emociones de lo vivido, el conocimiento de las emociones para dar sombra y fruto.

El trabajo se inició como un ejercicio que aportara al estudiante de bachillerato el mejoramiento del lenguaje escrito y el acercamiento al estilo. El lenguaje como oficio, pero emparentándose con el estilo como proceso de vida que se podía encontrar cotidianamente en sus propios abuelos.

Pero ante todo contar. Contar para reconstruir, para volver a comprender, contar para encontrarse con algunas claves que andan a flor de tierra y van conformando nuestra memoria e identidad.

Suele decirse que la literatura trata siempre los tres eternos temas: la vida, el amor y la muerte; seguramente por allí se encuentren la infinitud de senderos que habitan al hombre.

Se trató de encontrar entonces algunas de esas claves en nuestros antepasados, intentando alcanzar las raíces más lejanas que construyen este colectivo de apellidos.

Si el año lectivo comienza por una lista de clase, la convivencia y el lugar común, transforma a los compañeros de clase en un grupo humano. Con la trascendencia que abarca este término: grupo humano como vínculo en el tiempo.

¿De dónde llegan esos nombres, cómo va creciendo el ramaje de una

familia, qué historias vienen guardando, arraigando, protegiendo en el tiempo y del tiempo? Este libro nació sin saber que culminaría como tal, desde las preguntas.

Sin duda alguna que *diversidad*, era la primer respuesta. Y diversidad, como sinónimo de riquezas, es síntoma de aportes, y en consecuencia, de sorpresa permanente desde y hacia el prójimo.

Luego, cómo transformar los relatos escuchados, en sus propias palabras. ¿Cómo conjugar el lenguaje de otras generaciones con el discurso de la adolescencia?

Hablar por sus palabras sobre ese bosque de historias lejanas, de sentimientos complejos, como son los que despierta el recuerdo.

Y en esta arboleda otra rama atractiva es la manera de entender y de recomponer la memoria. Escuchar la memoria viva de los antepasados, pero escuchar esa historia desde el pensamiento del joven.

Un caudal de historias que comenzaban a surgir desde cuadernos de caligrafías frescas y desprolijas. Lo primero que llamó la atención fue la sed de contar. Como si se hubiera abierto un baúl al que no se le había prestado atención. Y ahora ya abierto, era imprescindible mostrar a los demás su contenido. Algo parecido a setiembre, cuando los brotes muestran su urgencia, y en su crecimiento demuestran su origen.

Pero también descubrir que sabían contar, porque contar está en nosotros. Es parte de nuestra identidad, nuestra señal de humanidad.

Por otra parte nuestros abuelos con ese deseo y trascendencia que tiene compartir fragmentos de sus vidas y sus experiencias que temen se puedan perder con su existencia. Saben que es una forma de volver a vivir y continuar viviendo en la memoria. Tejiendo identidad. Los adultos fueron convocados a la memoria y esperaban a sus nietos con un arsenal de historias.

O mejor con las palabras de Antonio Machado en el poema "*A un olmo seco*":

Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida
otro milagro de la primavera.

Razón de su existencia: que las historias no se pierdan con las generaciones, para lo cual es necesario que construyan desde cada persona la trama que nos convierte en humanidad.

La idea de tratar de alcanzar la memoria más profunda como pedernal en las primeras anécdotas en clase, se transformó en fogón de abuelos, pero alcanzó también a los padres que llegaban con la memoria de sus vivencias que son para nuestros jóvenes historias ya lejanas en el tiempo. Y considerando que en este país tan joven toda historia a la vuelta del siglo se vuelve parte del origen del país, tienen razón.

Otro disparador del trabajo fue en realidad el resultado de una discusión circunstancial acerca del mundo adolescente y el vacío de identidad. ¿Existe un vacío de identidad nacional en nuestros adolescentes?

Todos sabemos que es imposible caminar hacia cualquier futuro, individual o colectivo, sin conocimiento del pasado, porque el presente está destinado a volverse pasado y desde allí se convierte en palabra.

Todos los libros desde su origen han tratado de reunir la memoria, de convocarla para conformar identidad, sentimiento común, conciencia crítica. El libro soporte de humanidad, se conforma con la aventura de lo vivido.

Todos las culturas han buscado tallar su identidad a través del tiempo, es la mano que nos saluda desde la pintura rupestre, hasta el libro de los libros en los rollos de la memoria, el ideograma milenario de la China donde se pinta el pensamiento, o los pictogramas de nuestra América.

Todos han tenido algo en común: recordar, viejo y sabio concepto de volver a pasar por el corazón.

Todos es la suma de todas las edades.

Por eso no es casual comenzar por nombrar desde *todos*, porque de todos son los libros. El libro es el comienzo de la democracia.

Al pie del fogón de la memoria comenzaron a contar.

Como desde el origen tribal. Desde las primeras convocatorias del fuego.

Contando para revivir, para comprender, para encontrarnos.

Es la creación en sí misma. Y es darse cuenta de que en el trabajo creativo es más importante el proceso que el resultado, porque el resultado es circunstancial y el proceso se atesora. También este conjunto de textos es proceso, y en él subyacen las mejores preguntas.

Los inviernos de la rama que aguarda, es también la que se prepara. Diversidad de búsquedas de estilos y calidades, proceso. Razón por la cual el libro no es una selección de cuentos sino una ventana abierta a escuchar lo que tienen para compartir.

Así surgieron las lecturas. Tomarnos un tiempo para escucharnos. Era también estar dispuesto a exponer, sabiendo que la revisión colectiva del texto, los aportes de los compañeros en la técnica de taller, para mejorar sintaxis, estilo, redacción, estructura, era un delicado balance entre proponer y escuchar, en aprender a aportar ideas con tanto respeto como afecto y en aprender a recibirlo desde el mismo ámbito. Esta colectivización de la creación, tuvo momentos que podrían ser motivo para otro cuento sobre los cuentos.

La clase fue también la espera de los momentos para contar. Para escucharnos a nosotros mismos en la voz del compañero de aula. Esta persona circunstancial que compartía un año lectivo, el compañero de todos los días presentaba historias que lo ubicaban en otra proyección más profunda y más cercana.

Se comprendía mucho más que un apellido, se comprendía una manera de pensar el tiempo.

Pero también los silencios.

Estos fueron verdaderamente intensos. Estaban los silencios perezosos, que había que sacudir y saber esperar, para ver si de aquella rama caía algún fruto. Pero estaban los silencios de las historias que no se pudieron escribir, que no se debían escribir. Algunas se compartían en el encuentro del salón desde los viejos consejos de Shakespeare: -Hay que ponerle palabras al dolor-. ¿Y los silencios de las historias que ni siquiera se querían o se podían compartir? Aprender a contar desde uno mismo. Ser semilla en el viento. Es cuando el silencio habla y dice mucho más que la palabra.

En esta diversidad creció este monte.

Hablaban de nosotros mismos a través de la memoria de los abuelos o padres, de retazos de vida muy uruguayas o historias lejanas, pero ante todo creciendo de humanidad, tal vez por la perspectiva de observar, desde un tiempo que hace a nuestro tiempo. La memoria. Aquel desembarco, aquel amor que juntó y proyectó sueños en el presente de los que estaban escuchándose. Tiempo y distancias, convocados por la palabra en el proceso de la construcción de la memoria. La memoria emotiva, que alcanza mucho más que una fecha y un evento. Las ventanas de las miradas y los afectos.

Viajes, mundos, realidades y sueños, éxitos y miserias, esperanzas y misterios, pánicos y felicidades, en este estuario de la memoria que nos va construyendo una identidad. Somos quienes somos, porque venimos de arraigo y viaje, para poder conjugar el futuro desde esta pluralidad de realidades. Ser parte de la trama que hace a la arboleda.

Lo del comienzo. Un libro que nace desde las preguntas.

Entremos al sendero que nos proponen estos jóvenes. Para escuchar las más altas ramas de la vida, ellos se aferran al origen.

Prof. Luis Lorenzo
Docente de Literatura del Bachillerato
Instituto de Educación Santa Elena / Lagomar

La historia de Francisco Bello Alayón

Agustín Nieves Bello

Francisco nació el 17 de setiembre de 1918 en España, Islas Canarias, Tenerife. En esa hermosa ciudad fue donde vivió toda su niñez hasta que sus padres por falta de trabajo decidieron tomar un barco y partir hacia el nuevo continente, América. Y por una recomendación de un tripulante alemán, descendieron en las costas de Uruguay.

Francisco, para mí el abuelo Pancho, fue siempre un niño muy travieso. En una oportunidad, escuchando la radio con su padre oyó hablar de unos paracaidistas, y él que siempre había tenido una gran inclinación por el aire, no tuvo mejor idea que agarrar una silla de la cocina, subirse a un muro, desde allí saltar al techo plano de su casa para tirarse luego con un paraguas. Por supuesto que el paraguas se deshizo, él se lastimó bastante y recibió como castigo la prohibición de salir a jugar con sus amigos un fin de semana, cosa que él apreciaba mucho. Esto no fue sólo porque podría haberse lastimado más, sino también porque ese paraguas era el favorito de su padre.

Siempre se lo embromó con que podía hacer hablar a los mudos, porque una vez en España, entre todas sus travesuras, iba caminando por la calle con su madre cuando se cruzó un mudo y Francisco, quién sabe por qué, le tiró una piedra en el pie y éste debido al golpe y al gran dolor, gritó.

Aquí en Uruguay trabajó de sanitario y se casó con Dolores González, ama de casa uruguaya. Vivieron en la blanqueada y tuvieron tres hijos, Juan Antonio que es mi abuelo, Julio y Enrique.



El baile, un Asalto de Máscaras

Alan Pizzo Barrios

Mi abuela Blanca nacida en 1928, fue a bailar por primera y única vez a los diecisiete años de edad. Esto fue porque estuvo un mes para que la dejaran ir, y también porque la madre de su vecina María del Carmen fue a convencer a su padre. El baile fue un asalto de máscaras, en una casa de familia en La Unión. La música más común que se escuchaba era la cubana. La prima de Antonio era María del Carmen (Chola).

- Chola era mi mejor amiga, y por eso me presentó a su primo Antonio. Nunca me llamó la atención, pero después que lo empecé a conocer en el baile me agradó mucho más de lo que pensaba. Me acuerdo de que ninguno de los dos fuimos disfrazados. Los hombres nunca se disfrazaban, pero la mayoría de las mujeres iban disfrazadas de españolas, aunque se podía ir como se quería. Yo no fui disfrazada porque no tenía ganas, ni disfraz, y como no quería pedirle a mis padres que me compraran uno, fui con un vestido largo y negro que era de mi madre. Luego comencé a salir con Antonio y nos hicimos novios, aunque mi padre no me dejó salir a otra fiesta hasta después de que me casé. Cuando nos casamos, que fue en 1951, salíamos a todos lados porque tenía más libertad. Luego nos fuimos a vivir a un apartamento que era del tío de Antonio, a los cuatro meses nos fuimos a la casa de mis padres. Después de un año y medio nos fuimos a la casa de los padres de Antonio, allí nacieron mis dos hijos queridos: Sergio y Eduardo. Estuvimos diez años, hasta que juntamos la plata para comprar un terreno y hacer nuestra pro-

pia casa que era lo que quería Antonio. Luego de treinta y cinco años de casados, de haber vivido un mundo lleno de alegría, fallece lo más querido que he tenido: Antonio. Después de todo lo que habíamos logrado, construyendo, armando y logrando todo lo que habíamos hecho, me mudé para Lagomar. Aquí nacieron mis seis nietos. Ahora hace veintidós años que estoy sin él, pero aunque lo siga extrañando, la vida continúa.



Unos vascos en peligro de extinción

Alejandro Igarabide García

En esta época acabamos de vender una propiedad de mi padre en Malvín, la que heredó de mi querida abuela paterna. Por eso nos hemos visto obligados a vaciar la casa y distribuir su contenido -muebles, objetos familiares- entre las demás casas de mi progenitor, dos, para ser exacto. Ahora estoy inmerso en objetos de la familia, muestras del pasado y cada una contando una pequeña historia; todas juntas, contando una gran historia, la de mi familia, que llega, inmediatamente antes que hasta mí, a mi papá.

Nacido hace hoy más de medio siglo, mi padre, que con sus sesenta y siete años de edad conserva aún el ánimo y el humor de sus mejores tiempos, se muestra ansioso por ayudarme con esta redacción, y pasa a contarme numerosas anécdotas de su vida y la de ciertos parientes, las que recopilé y de entre las que seleccioné sólo una, la que considero más importante para mi familia, ambientada, como no podía ser de otra manera, en el inicio de todo.

La historia registrada de mi familia comienza cuando mi bisabuelo, un vasco proveniente de Santiago de Compostela, en Euskadi, España, llegó a Montevideo junto a su esposa hacia fines del siglo XIX. Según la anécdota que se fue pasando hasta mi generación, lo primero que hizo al bajar del barco fue pedirle a los empleados portuarios que llevaran las maletas de ambos hasta la puerta, dándoles propina por adelantado. Fácilmente irritable, como cualquier vasco, no pudo evitar la impaciencia ante la lentitud de dichos empleados, así que arrebatándoles las valijas que les había dado para llevar, las cargó él mismo.

-Les dio propina para nada- dice mi padre entre risas al contarme la anécdota. He ahí el comienzo de la historia de mi familia en Uruguay.

Luego pasaron a comprar una nueva casa en la calle Arismendi, en Montevideo, con el dinero que traían de Euskadi, cerca de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de la República. Años más tarde tuvieron tres hijos: Ernesto, María Celia y Abelardo Wáshington, mi abuelo, el único de los tres que tuvo hijos. De este modo, mi padre, su único hijo varón, tuvo, a su vez, un único hijo: yo; de modo que soy el único miembro de mi familia capaz de pasar el apellido a la descendencia.

Finalmente, quien narra, orgulloso portador de su apellido, se despide como el más joven miembro de la familia y el único capaz de pasar a su descendencia un apellido vasco que está, por lo tanto, en peligro de extinción.



Un asado para todos

Ana Clara Escutary Trujillo

La vida de aquellos niños siempre fue muy dura desde que su padre los dejó. Criados por su madre, mi bisabuela, -que por lo que cuentan era una mujer muy estricta-debieron cargar con responsabilidades complicadas para cualquier niño.

Cuenta mi abuelo que desde pequeño trabajó para ayudar en su casa a su madre y hermanos. Quizás fue a él al que le tocó la peor parte por ser el mayor de los tres hermanos. También recuerda con tristeza sus zapatos atados para no perder la suela y sus pantalones cortos siempre rotos.

Un año, cuando se acercaban las fiestas en aquel barrio de Montevideo, La Unión, todos los niños aguardaban ansiosos ese juguete tan deseado, por el que habían estado esperando todo el año y que quizás no llegaría.

En un momento, ya la mayoría de los niños había juntado plata para el Judas, mientras que este grupito de amigos -formado por mi abuelo, mi tío abuelo y más niños del barrio, con edades que iban desde los siete a los doce años- no tenía la posibilidad de conseguir ni siquiera un Judas. La solución fue disfrazar al más chico del grupo -mi tío abuelo “Pino”- con ropas viejas y rotas que entre todos juntaron.

Fue así que una tarde de diciembre de 1950, en una veredita arbolada de La Unión, la barrita de amigos se reunió alrededor de un improvisado carrito de madera que contenía en su interior al tan esperado Judas. Esa tarde, los niños pidieron monedas con un fin

que quizás a ningún otro niño se le hubiera pasado por la mente: un asado para todos el día de Navidad.

Fue por eso que, a pesar de saber que lo que hacían no era permitido, ellos no desistieron.

El tiempo pasaba, la gente pasaba y ellos ya tenían alguna que otra monedita; así que la idea del asado cada vez estaba más cerca, cuando de repente vieron que una patrulla de policía se acercaba a ellos. En ese momento los niños se asustaron mucho, y no se les ocurrió mejor idea que salir corriendo lo más rápido que pudieron.

Esa tarde todos corrieron y cuando digo todos, es todos, porque atrás de los niños que corrían como desesperados, corría también para sorpresa de los policías que miraban atónitos, el Judas, un niño menudito, de siete años muy mal vestido, que segundos antes se levantaba de un carrito de madera un tanto enclenque y salía atrás de todos sus amigos.

La policía los siguió hasta la esquina y, viendo que los niños ya estaban lo bastante asustados como para no repetir el incidente, decidieron retirarse.

Lo que quizás no imaginaron esos policías fue que esos niños no iban a rendirse así de fácil, ese asado iba a hacerse.

Esa no fue la última tarde en la que los niños salieron, ni mucho menos.

Por eso, el 25 de diciembre del año 1950 hubo un asado para todos.



¡Vaya vida!

Analaura Mussini Bagnulo

Gerarda vivía en Balvano, una ciudad en Italia donde trabajaba la tierra como el resto de su familia; nunca tuvo la oportunidad de asistir a la escuela -más allá de que no las hubiera en su pueblo- no pudo por causa de la guerra.

Un día, después de mucho no hablar con su marido, Constante Bagnulo, por causa de sus largos viajes al exterior –no se sabe si fueron por necesidad de trabajo o qué- con quien se había casado a los dieciséis años, recibió noticia de que debía emigrar a su encuentro para formar la familia que habían dejado de ser por mucho tiempo. Tras largas horas de hablar con su madre, quien la incentivó a que fuera a donde estuviese su marido porque, según su pensar era lo que estaba correcto hacer, Gerarda, ahora de veintitrés años y con una criatura de dos meses en brazos, abordó el barco que tras dieciocho días de viaje, la llevaría al mayor arrepentimiento de su vida.

El 30 de mayo del año 1955, envuelta en una atmósfera gris, fría y lluviosa, arribó a Montevideo. Allí se encontró con Constante quien la ayudó con los baúles, mientras que la tía, que les alquiló el lugar en donde vivieron el primer año, se llevó al pequeño Antonio para que el frío no lo tomase como suyo.

La vida en este nuevo país fue muy dura. Comenzando porque vivían en una pequeña pensión de lata que no lograba aislarlos del frío invierno que se aproximaba. Pagando de alquiler \$75 al mes, de lo poco que ganaba Constante trabajando en la construcción, les quedaba apenas lo mínimo indispensable para comer.

Gerarda, ya que el orgullo de su marido era demasiado grande como para dejarla salir a trabajar, se mantenía cuidando a Antonio y siendo por lo tanto ama de casa.

Mucho le costó acostumbrarse a vivir en Uruguay, no sólo por el lugar en donde se acogía, sino por el idioma que la abrazaba. Pero la necesidad siempre puede más, y fue ésta la que implicó que, a duras penas, aprendiera a hablarlo.

Treinta años pasaron para que Gerarda regresara a su ciudad natal y se reencontrara con sus parientes, hasta ese momento se había comunicado con ellos por carta que demoraban un año en llegar.

Como ni su madre, ni su marido la dejaron ir a estudiar, -su madre porque decía que sólo quería aprender a leer y a escribir para poder mandarle cartitas a los novios, y Constante por el simple hecho de tener un orgullo y una idea errónea de que debía ser él quien proporcionara el alimento al hogar- las cartas eran escritas y leídas por su cuñado que le hizo por muchos años ese gran favor. Gerarda quedó siempre agradecida de corazón, pues había sido la única manera de seguir en contacto con su madre, quien falleció años después.

La nostalgia y tristeza de no haber podido estar con su madre en sus últimos días la acosaron por toda su vida, apareciéndose en su cabeza a cada momento y viviendo en sus sueños, al igual que la vida de campo que nunca dejó de extrañar.

Al nacimiento de Carmelo, Gerarda decidió ayudar en los ingresos del hogar más allá de lo que su marido creyese y comenzó lavando, secando y planchando.

Luego de aprender a coser, por las noches lavaba y durante el día cosía pantalones. Podía llegar a coser dieciocho pantalones en una jornada. Aún así el trabajo no terminaba ahí, ya que luego de terminados los encargues, debía entregar aquellos enormes paquetes cargándolos sobre la cabeza y caminando quilómetros porque no siempre el dinero que tenía le sobraba como para ir en ómnibus.

“Sin sacrificio no sale nada” siempre me dice, y ciertamente durante toda su vida dio lo más que pudo para lograr lo que hoy tienen. Gracias a los sacrificios que el matrimonio hizo, lograron comprar un terreno y hacerse la casa, construida por Constante to-

talmente solo, a sudor y esfuerzo.

Mas allá de todo lo que logró mi nona, el arrepentimiento y dolor que nunca fue saciado, fue el de no haber tenido educación, porque siente que de haber sido de otra forma, las posibilidades habrían sido otras, y es por eso que siempre incentivó a sus tres hijos -Antonio, Carmelo y María- a terminar el liceo y les hizo saber que son ellos quienes tienen el futuro en sus manos para no depender de lo que hay para sobrevivir, como le ocurrió a ella; es decir, les mostró que su vida dependería de su voluntad.

Increíble es la pena que se nota en sus ojos cuando cuenta su historia, pero a la vez se ve el orgullo que transmite por sus tres hijos que han cumplido su sueño.



Crónica de Montevideo antiguo

Cecile Boubet Forcella

Estaba desfilando el Regimiento Quinto de Cazadores por la calle 18 de julio de Montevideo, en el año 1883. Dicho Regimiento quedaba en la avenida Agraciada frente a la tienda Introsi y el comandante era Máximo Santos del Partido Colorado.

Por problemas políticos, comenzaron a tirar cañonazos desde la Plaza Independencia hacia su casa ubicada sobre 18 de Julio y Cuareim, donde hoy es el Ministerio de Relaciones Exteriores.

Debido a los cañonazos, los músicos y miembros del Regimiento se dispersaron por todos lados, soltando sus instrumentos y corriendo para cuidarse de los disparos.

Uno de los músicos, empezó a correr por Cuareim, era Cayetano Forcella, un muchacho venido de Italia residente de Caposelle, cerca de Nápoles, nacido en Messina, en la provincia de Sicilia. Con quince años se había casado en 1875 con Angella Strozze, el día 17 de diciembre en la casa Municipal de Caposelle. Casados, se vinieron los dos hacía Uruguay en el año 1881, pero tuvieron problemas porque Cayetano no conseguía trabajo rápidamente, ya que los dos eran analfabetos. Lo único que consiguió fue inscribirse en el Regimiento Quinto de Cazadores de Máximo Santos, como músico: tocaba el bombo.

Cuando Cayetano empezó a correr por Cuareim, dando unos gritos desesperados, soltó el gran bombo y éste empezó a rodar cada vez más rápido detrás de Cayetano, por Cuareim hacía Colonia. Cayetano, creyendo que el bombo lo iba a matar, corría cada vez

mas rápido hacía su casa. Al llegar, miró a su esposa Angella y con la cara pálida del susto que tenía, con lo agitado que estaba, y con la voz exaltada pero a la vez entrecortada le dijo:

-¡Per un filo ho visto il decesso!

(Por un hilo vi la muerte.)



Severo: un descendiente español

Cecilia Santamaría Peña

El padre de mi tatarabuelo llamado Severo, de nacionalidad vasco-española, vino a Uruguay junto a sus hermanos a comprar tierras para instalarse.

Conoció a una india con la que tuvo dos hijos: Ana y Severo Escobal. Luego volvió a España a buscar esposa dejando a sus hijos en un colegio. Se casa con Claudia Emparán y regresa a Uruguay junto a ella, para instalarse en el departamento de Salto.

Luego va a buscar a sus hijos Ana y Severo que son criados por Claudia junto a los hijos del matrimonio.

Ahora comienzo a contar la historia de mi tatarabuelo que se llama Severo debido al nombre de su padre. Mi tatarabuelo creció en esta familia y ya de joven definió su posición política. A los diecinueve años luchó junto a Aparicio Saravia en la Batalla de Arbolito en 1897 y debido a sus ideas políticas fue perseguido debiendo mantenerse escondido por un tiempo.

Gastó toda su herencia ayudando al Partido Blanco y por eso en su vejez solicitó ayuda económica a sus familiares. Se casó con Antonia Palomeque hija de una familia que apoyaba al Partido Colorado.

Antonia mi tatarabuela fue una de las primeras mujeres que lograron estudiar para maestras y trabajar en su profesión. El matrimonio tuvo cuatro hijos: Tomasa, Saúl, Segundo y Severo. Actualmente en el Museo del Indio en el departamento de Tacuarembó, se encuentra la divisa y la lanza de mi tatarabuelo Severo.



Los Dzikowski

Cecilia Santamaría Peña

Fue en la época de Hittler, cuando Bronislawa Zaremba y Estanilao Dzikowski de nacionalidad polaca, fueron separados y llevados a campos de concentración.

Luego de un tiempo lograron escapar, cada uno por su lado, para encontrarse luego en Uruguay.

Bronislawa escapó, embarazada, en barco, junto a una familia amiga en un viaje que duró tres meses.

Unos meses más tarde, Estanilao viajó a Buenos Aires y luego a Uruguay, logrando contactar a su esposa por medio de conocidos. Al llegar al país comienza a construir su propia casa de roble y cedro, y más tarde construyó su propio negocio de carpintería en el que vendía muebles finos, trabajo con el que ganó mucho dinero para mantener a su familia.

De este amor nació Enrique, en la ciudad de Montevideo, y nueve años más tarde, nació José. Crecieron y asistieron al Colegio Sagrada Familia en el que basaron toda su educación.

El matrimonio que había venido en el barco con Bronislawa, estableció con ella una relación muy especial, por lo que ella decidió que fueran los padrinos de sus hijos.

Pocos años después, Estanilao el padre de familia, enfermó gravemente de cáncer por lo que murió unos meses después. Bronislawa quedó muy triste por la muerte de su esposo y debido a esto dejó de alimentarse, muriendo seis meses después y dejando a sus hijos al cuidado de los padrinos.

De esta familia, Enrique, el hijo mayor, murió hace unos años, era un tío muy querido por toda su familia, y el único que aún vive es José de sesenta y seis años que tiene dos hijas, siete nietos y una bisnieta.



Cristian Cristoff Brusich

Ya habiendo finalizado la secundaria mi padre decidió cursar en la UTU tornería-mecánica, su gran pasión. Se recibió con veintiún años, más tarde se casó con mi madre a los veintisiete años, chica que había conocido en sus últimos años de la UTU.

Decidieron irse de luna de miel a la Argentina y como les pareció muy bella, se quedaron a vivir.

Mi padre consiguió trabajo en un pequeño taller mecánico de la capital del país, él alquilaba su lugar para trabajar de tornero.

Un día, llega al taller el dueño de la fábrica de ollas y accesorios de cocina *Essen*; viendo trabajar a mi padre, le ofreció un mejor trabajo en su fabrica y él aceptó.

Al tiempo por una mala noticia por parte de su hermana en Uruguay, tiene que abandonar su trabajo y hogar para volver a su país natal. Al llegar se encontró con que a su madre le había dado un derrame cerebral, ésta es una situación muy dura, agregando que sólo tenía a su madre y hermana vivas, además de volver a su país sin un trabajo fijo.

Pero lo consigue tiempo más tarde como taxista, y permanece con este empleo durante cuatro años, tiempo que demora en ahorrar el dinero para comprar un camión, que usará después como camión de feria, trabajando junto a su esposa y dos hijos en ferias de Montevideo y alrededores.

Seis meses después muere su madre, estos no eran buenos momentos, pero para contrastar, la familia recibe a un nuevo bebé. Esta

noticia trae alegrías pero también más problemas, como la falta de dinero.

Lo resuelve vendiendo su camión y abriendo un taller de mecánica y tornería en un viejo depósito de su padre.

Al abrir el taller la vida de la familia dio un giro ya que fue favorable para todos, especialmente para mi padre ya que éste era su gran deseo. Decide ponerle al taller el apellido de su madre como gran nombre, ya que éste era por igual uno de sus sueños para su hijo.



Su deseo II

Cristian Cristoff Brusich

La historia de mi abuelo José Brusich data del año 1914, durante la Primera Guerra Mundial en su país natal, Croacia.

Él participando y luchando por sus tierras, no aguantando el dolor de ver morir a familiares y amigos, decide hacerse una incisión en la pierna, atar un ajo y esperar a que se le provocara una infección muy grave.

Lo logra y con eso también su principal objetivo, que lo sacaran de la guerra. Tiempo más tarde ya habiéndose recuperado de las heridas provocadas, toma una embarcación junto con un primo y un amigo hacia América, deseando encontrar una mejor vida en el exterior.

El viaje fue de ciento dos días; su primo y amigo, por una confusión se bajan en Buenos Aires, pero él continua hasta Uruguay.

Él, siendo un inmigrante croata con veinticinco años de edad, sin saber el lenguaje, se rebusca para buscar trabajo y lo encuentra como albañil, estaba muy conforme porque era también su profesión en su país.

Construye su propia casa, pero en soledad porque no tenía pareja ni familia, y además con algunos problemas judiciales porque no era ciudadano.

Años más tarde, ya habiendo conseguido la ciudadanía y con treinta y seis años, en busca del amor de su vida conoce una chica uruguaya de veinticinco años que pasaba todos los días por enfrente de su casa hacia el almacén.

Finalmente se anima a pararla en la calle y a entablar su primera conversación, aunque no fue muy buena ya que a él le costaba hablar el español y ella era analfabeta, pero igualmente se entendieron entre bromas y carcajadas.

Se casaron y ella se fue a vivir con él, juntos se fueron apoyando en la lucha por la convivencia y las diferencias de costumbres.

Ella le hace conocer el mate, y así día a día se fue familiarizando con las costumbres uruguayas.

Formaron su propia familia, y una muy grande por cierto, con un total de seis hijos: fueron dos nenas y cuatro varones.

Todos los hijos fueron criados por ellos mismos, a medida que crecían iban desarrollando habilidades de costura y construcción, como también el trabajo con la tierra.

Él cumple su gran deseo: el logro de un mejor estilo de vida, la oportunidad de haber conocido a la mujer de sus sueños y la felicidad de haber formado una gran familia.



Un viaje inolvidable

Elizabeth Rosano Caraballo

En el año 1935 yo tenía catorce años y vivía en la casa de una familia amiga. El señor, dueño de la casa, se llamaba Ángel S. Adami. Fue uno de los primeros aviadores de la aviación civil de nuestro país. En su recuerdo, lleva su nombre el Aeródromo Civil de Melilla.

Él tenía un avión que se llamaba "Pegaso", el nombre lo tomó del caballo con alas, lo hizo pintar en el avión en el que yo volaba todos los domingos de mañana cuando el día estaba lindo.

Un día, en ese año, aterrizó en ese Aeródromo la primera aviadora mujer que cruzó sola el Océano Atlántico. Era francesa y se llamaba Jean Batten.

La recibimos con mucha alegría y yo simpatiqué mucho con ella. Tuve la suerte de que me invitara a volar en su avión; me sentí muy feliz y honrada, y por veinte minutos sobrevolamos la ciudad de Montevideo.

Hoy tengo 86 años y no olvidé jamás ese hermoso paseo con esa compañía tan especial.



Un viaje, una emoción

Elizabeth Rosano Caraballo

A pedido de mi sobrina Eli, paso a contar una anécdota o experiencia donde lo emocional jugó un papel importante.

Nací en un pueblo del interior del país muy pequeño, allí pasé también mi adolescencia, una escuela rural formó mi niñez. Con el paso del tiempo, ya siendo una persona adulta, tuve la oportunidad de viajar al exterior.

El viaje más anecdótico y emocionante fue estar frente a las Cataratas del Niágara en Toronto-Canadá. Por espacio de algunos minutos sentí un nudo en la garganta no podía creer que un espectáculo de esas dimensiones estuviera frente a mí, ya que sólo en un libro de geografía, siendo una escolar y ubicándome en el tiempo y lugar, jamás hubiese pensado estar tan lejos de mis orígenes ante semejante maravilla.

Allí habían pequeñas embarcaciones tanto del lado canadiense -color amarillo- como del lado americano -azules-, donde ofrecían un paseo por detrás de las cataratas.

Haciendo coraje subí en una de esas embarcaciones, donde proporcionaban una vestimenta impermeable y me animé al paseo que ofrecían. En principio no había mucho movimiento de la embarcación, a medida que se acercaba a la gran catarata era mejor su balanceo.

Al llegar a una gran cortina de agua cerré los ojos, el agua golpeaba mucho mi cara, y también mi estómago reaccionó de manera muy fuerte.

Lástima que no pude disfrutar totalmente del paseo en barco a pesar de lo emocionante del paisaje, ya que era un torbellino de movimiento en mí y en la embarcación.



Una milonga especial

Emily Cabrera Motta

Salía con mis amigas del barrio los fines de semana. Cada una de nosotras conocíamos bien a todas las personas que iban a los bailes, desde el hijo chico del carnicero hasta aquél que pasaba desapercibido.

De todos modos, como yo era nueva, habían algunas figuras que me faltaban por conocer. Esa tarde nos juntamos en la casa de Melba para conversar y arreglar lo que iba a pasar, en ese momento me comentó que Lucila había terminado con Adán y yo me preguntaba quién era ese tan famoso Adán del que todas hablaban, del que todas tenían cosas buenas para decir. Pero tenía prohibido salir con él porque en mi grupo de conocidas, muchas estaban enamoradas de él, sin conseguirlo.

La tarde pasó y yo salí hacia la casa de mi amiga para luego ir al baile, en el ómnibus y con su madre, ya que los bailes eran familiares se debía ir con un adulto.

Salimos juntas, las tres y allá nos encontramos con las otras. En el viaje hacia el club Melba me mostró a través de la ventanilla que un hombre de estatura mediana y con un cigarro en la mano derecha subía al ómnibus con una elegancia no muy propia de los jóvenes. Me asombré, pero no demasiado, ya que nadie me iba a mover el piso tanto como para lograr cambiar mi forma de ser, o al menos eso pensaba.

Resulta que la noche prosiguió y llegamos al club; al ingresar, nos esperaban las luces tenues y una amplia pista de baile con me-

sas y sillas alrededor para el que iba a ser el mejor baile. De fondo se escuchaban algunas milongas suaves para ambientar y me sentía tan bien luciendo mi vestido negro de jersey con el prendedor de la rosa, que elegí una mesa del otro lado del salón, sólo para caminar por la pista y sentir mis zapatos golpear aquel maravilloso piso.

El baile comenzó como era de esperarse y Adán que había bajado unas paradas antes no tenía ni miras de llegar. Mis amigas conversaban sobre los mismos temas de siempre y yo pensaba en muchas cosas que me perturbaban en ese momento.

La música empezó a sonar más fuerte aún y yo que me creía hasta el momento inmune al amor, me di cuenta de que algo extraño estaba ocurriendo en mi cabeza y en mi corazón.

Mientras especulaba y pensaba todo esto, se generaba una ronda en el centro alrededor de varias parejas que bailaban de forma mágica, dejándose llevar por la sensualidad de un tango que empezaba a mover la noche del modo más interesante, tanto para las chicas que esperaban ser sacadas a bailar, como para los hombres que al tomar la iniciativa, se arriesgaban a ser rechazados por nosotras.

Pero eso no era lo único que ocurría en ese momento, afuera se generaba en torno a la puerta una ronda de gente que esperaba para entrar y entre ellos estaba él, creí verlo envuelto en la sobriedad de la noche y el humo de tabaco pero eran tantas personas y yo estaba tan lejos de la puerta como de su corazón.

Pasó una hora, dos horas, todo seguía igual, hasta que las puertas se abrieron y entró; con el mismo aire que subió al ómnibus, que me llenó de ganas de conquista y coqueteo, ingresó al baile y a cada paso que daba era un comentario de alguna mujer.

Por lo menos, pensé, antes de que me vea sentada como si no tuviera ganas de bailar, me paro alrededor de la gente que baila y capaz que lo veo o me saca a bailar. Comencé a caminar hacia la ronda de gente, me ubiqué detrás de unas muchachas mientras mis amigas estaban sentadas en la mesa y sus madres y tías comiendo del otro lado del salón. Lo que no imaginé era que estas muchachas de a poco irían saliendo a bailar mientras yo quedaba, por lógica, en una posición adelantada, muy adelantada, tanto, que se podría decir que veía perfecto al ideal de hombre para mis amigas, y aunque no

quisiera admitirlo, para mí también.

Comenzó a caminar bajo un aire musical que tapaba todo; elegante, con zapatos negros que marcaban cada uno de sus pasos, que se acercaban cada vez más al sector donde me encontraba, dejó caer el cigarro y pisándolo con la punta del zapato, lustrado, perfecto, paso a paso, se acercaba el momento más importante de la noche; llegó hasta mí sonrió de forma soberbia y con aire de grandeza me tomó de la mano y comenzamos a bailar. Conocimientos previos del baile tenía, él era un perfeccionista en esta tarea y gracias a lo que provocaba en mí me dejé llevar bailando, así que comenzamos a conversar, a bailar, perdiéndonos en el tiempo y aunque no nos besamos porque eso no se podía hacer en los bailes, fue tan mágico, que duró para siempre.

Y tanto es así, que cincuenta años casados duramos, ocurrieron tantas cosas, tantos sucesos, los pasos más importantes de mi vida los di a su lado, y la vida me dio la gracia de estar con él y aprender a vivir con él, aprender a amar con él, aprender a que cuando él no esté; nada va a tener sentido para mí.

Antes de que él llegara a mi vida, yo creía que era el centro, cuando llegó, me dio vuelta el mundo y también el mismo se va a acabar cuando él no esté.



Maestros defendiendo sus derechos

Eugenia Viana Merialdo

Cuando mi mamá tenía nueve años, mi abuela trabajaba en la escuela de Nuevo París. Era el año 1972 y la subversión se estaba apoderando por la fuerza mediante secuestros, tatuceras, asaltos, sin faltar la muerte de varios de ellos y de integrantes de las Fuerzas Armadas.

El gobierno como respuesta a que la educación era en cierta forma incompetente para impartir buena educación cívica, quitó los derechos e impuso normas en los concursos de Magisterio perdiéndose totalmente los auténticos valores y sobrevalorando las concesiones personales.

Como respuesta de los maestros antes de iniciar una huelga general, hicieron lo posible e imposible por divulgar sus principios y su lealtad a su firme vocación. Mi abuela repartía volantes en los ómnibus que pasaban por Avenida Garzón y sus compañeras formaban una muralla de túnicas blancas para entorpecer el desplazamiento de los vehículos.

Fueron días difíciles, y mi mamá se iba con mi abuela para Lagomar con mucho susto. Un día un patrullero siguió a mi abuela para aprehenderla, ella muy ágil se escondió en las viviendas económicas del barrio. Los vecinos la protegieron y ella salió sin túnica con sus lentes negros y no la reconocieron.

Luego de todas estas infructuosas manifestaciones se vino la huelga general que duró más de dos meses. El último día, entregaron a cada niño su carné de calificaciones en la puerta de la escuela.

Fueron épocas negras en que se persiguieron a las personas por sus ideas.

El año 1973 empezó como cualquier año electivo y había mucha persecución a las que habían hecho la huelga. Mi mamá todos los años iba a una escuela diferente porque mi abuela tenía interinato -trabajo fijo por un año-. Luego, hasta el reestablecimiento de la democracia no consiguió efectividad. Quedó en la lista negra hasta que se jubiló porque jamás le permitieron dar concursos para dirección.

Hoy jubilada me cuenta, como lección de la vida, que antes de luchar por los ideales hay que conocerlos y no hay que dejarse manejar, que hay que vivir con honestidad.



Historia de cómo se conocieron y enamoraron mis bisabuelos maternos

Eugenia Viana Merialdo

Según me cuenta mi abuela, en los comienzos de los años 40, Montevideo era una ciudad llena de encantos que se recuerdan con nostalgia.

Por esos años, un día cualquiera, pasaba una muchacha caminando muy rápido hacia la estación de ferrocarriles, hacia la escuela donde la esperaban sus pequeños alumnos. Cerca de ella caminaba un hombre hacia el mismo destino.

Tomaron casualmente el mismo ferrocarril y además sus asientos resultaron enfrentados. A ella, al abrir su portafolios, se le cayeron los cuadernos a los que iba a dar un último vistazo, él los levantó y se los alcanzó.

- Gracias señor...
- Ángel Cobelli, ha sido un placer señora...
- Gloria Curbelo, lo mismo digo.

Se intercambiaron breves frases durante el corto trayecto, y quedaron en intercambiar libros al día siguiente ya que sus horarios de tomar el ferrocarril coincidían.

Un viaje más y muchos otros, determinaron que el joven le pidiera su dirección.

- Cuñapirú 6754 – contestó ella.
- Voy a verla mañana a las diecinueve horas – dijo él.
- Muy bien, lo espero en el balcón.

Costumbre de la época era la barrera del balcón. Pasaron varias citas de balcón hasta que se transformaron en citas en la sala y luego la muy complicada solicitud de la mano al padre de ella.

Muy pronto se casaron y tuvieron tres hijos, uno de ellos es mi abuela.

Ella un día le preguntó a su padre qué fue lo que los enamoró tanto.

- Vi a mi madre al lado de ella y me la daba tomándole la mano -fue lo que le contestó mi bisabuelo.

Yo conocí a mi bisabuela pero era muy chica, poco la recuerdo, pero todos dicen que en su mirada estaba escrito el amor a mi bisabuelo.



Federico Saroldi

Fabiana Luragi López

Esta es la historia de mi bisabuelo de parte de padre, que en el año 1943 repartía diarios, a caballo, en Colón, Sayago y Peñarol.

Él le contó a mi padre dos hechos relevantes vividos de la historia del cuadro de fútbol River Plate, que a mí me parecieron interesantes para relatar.

Uno de ellos fue que la cancha de River Plate hoy se llama Federico Saroldi porque cuando mi bisabuelo jugaba en River, un compañero de equipo, que llevaba ese nombre y era golero, falleció allí jugando un partido en la cancha por un fuerte golpe en la cabeza y mi bisabuelo presenció ese hecho. Cuenta que fue horrible para ellos ver lo que sucedió y que falleciera de esa forma un compañero de equipo.

Otro de ellos fue que mi bisabuelo Rogelio Guarnieri, junto a su equipo, fueron a jugar un partido a Francia, al Parque de los Principales, y llevaron como refuerzo a un jugador de Nacional y a otro de Peñarol. Después de una mes de viaje para llegar hasta Francia en barco, en el primer partido se pelearon con sus adversarios y fueron echados de Francia y de toda Europa sin poder continuar jugando y luego tuvieron que viajar un mes nuevamente para regresar a Uruguay.



Fabiana Luragi López

Este relato trata de la historia de mi bisabuela, la abuela de mi madre, llamada Jobelina. Ella trabajaba en una estancia en el interior y tuvo un largo romance con el hijo de Aparicio Saravia, se podría decir que fue un largo romance porque nunca se casaron.

Luego de ese largo romance mi bisabuela tuvo cinco hijos con Saravia, mis tíos-abuelos y mi abuela: el mayor, uno llamado Luis, una llamada Adela, otra llamada Jacinta y por último, mi abuela materna, llamada Elena.

Un día Jobelina se cansó de Saravia y se vino para Montevideo junto con sus cinco hijos entre ellos mi abuela; como nunca se llegaron a casar, mi abuela sólo lleva el apellido de mi bisabuela: Martínez.

Los hijos de Jobelina se criaron y crecieron en Montevideo.

Cuando llegaron a adultos el hijo de Aparicio Saravia, o sea el padre de mi abuela, vino para Montevideo y quiso reconocer a sus hijos, dándoles su apellido y el hijo mayor lo echó porque estaba ofendido y no quiso que los reconociera como hijos suyos

Entonces, ahora mi abuela y sus hermanos sólo llevan el apellido de su madre: Martínez.



El regalo tan deseado

Fabiana Luragi López

Érase una vez una niña de nueve años llamada Elena, desde chica siempre deseaba tener patines, pero cada vez que se los pedía a sus padres ellos le decían que no se los iban a regalar porque en esa época ese tipo de juegos, como patinar, jugar a la pelota y otros juegos de ese estilo, se decía que eran juegos de varones.

Pero esta niña era muy traviesa, y solía jugar a ese tipo de juegos; jugaba a la pelota con sus hermanos varones, se tiraba por la baranda de la escalera hacia abajo y todo ese tipo de travesuras.

Cada vez que llegaba el día de su cumpleaños y cuando los padres o algún integrante de la familia le preguntaba que quería que le regalaran, ella les decía patines, para ver si a alguno se le ocurría regalarle lo que venía pidiendo desde hacía mucho tiempo.

Un año, el día de su cumpleaños estaba muy ansiosa para ver si alguno de sus parientes se había acordado de su pedido, pero cada vez llegaban más y ninguno le traía el regalo tan esperado.

Después de mucho esperar, su tío llegó a su casa con unos patines, brillantes, coloridos, con cuatro ruedas, muy lindos. Estaba muy contenta con ese regalo que siempre había deseado que se lo regalaran para poder jugar y divertirse con sus hermanos.

Apenas los patines llegaron a sus manos, se los puso muy entusiasmada y contenta ya que iba a jugar con sus hermanos, pero apenas empezó a patinar por un pasillo de su casa, que en el fondo tenía un ventanal enorme, se dio contra el vidrio y además de romperlo y tener que limpiar, se cortó todo el cuerpo: las piernas, los brazos, todo.

Tuvo que pasar su cumpleaños, en el que estaba tan feliz, internada en un hospital para que la curaran y le tuvieron que dar algunos puntos, y todavía sin poder disfrutar su regalo que tanto deseaba hacía mucho tiempo, con los patines al lado de la camilla. Desde ahí comenzó a divertirse con otros juegos más acordes a ella, como jugar a las muñecas, y ese estilo de juegos.

Hasta hoy en día, ella tiene unas pequeñas cicatrices en los brazos y todavía conserva los patines que tanto quería, pero ahora tiene terror de que a alguno de sus nietos les pase algo similar, ya que ellos son de jugar a todo ese tipo de juegos como treparse a los árboles, jugar a la pelota, y diferentes juegos en los que se pueden lastimar.

Está todo el día preocupados por ellos y les recomienda que tengan mucho cuidado con ese tipo de juegos porque ella ya vivió una experiencia el día de su cumpleaños, cuando era chica.



Ser digno de ser

Felipe Ipar Fierro

Su padre era uruguayo. Nadie supo explicarme ni por qué ni cómo ni cuándo, lo cierto es que por decisión propia optó por ir contra la corriente, en un mundo donde no era frecuente emigrar al viejo continente.

Él, de origen italiano, exteriorizaba el sentimiento pasional de sus raíces. ¿Qué lo habrá llevado a luchar en una guerra entre bandos a los que no pertenecía? Su intuición quizás, que lo llevó por buen camino porque no tardó en preocuparse por el amor.

La “tana”, analfabeta y acostumbrada a labrar la tierra, no dudó en adentrarse al amor de este hombre del que mucho no valía el sentido de entender los porqués de su estadía, sino que el sentido aparecía cuando se entendían los porqués de su corazón.

Él la quería traer a su país prometiéndole una vida mejor; ella decidió hacerlo sin pensar en lo que se estaba atreviendo.

Con los pies sobre el Uruguay se encargaron de darle vida a tres hombres y una mujer. Pero tendría que nacer el último de los cuatro para que él la abandonara y la dejara con semejante vasta responsabilidad de la que ya era presa por la simple circunstancia de ser una buena madre; ahora debía mantener una familia en una tierra que no le era propia, en un aire que no solía respirar.

Fue entonces que la madre en soledad siguió el bien para sus hijos cuando los dejó echar raíces en un orfanato porque allí vivirían mejor. Y así irían haciendo su niñez, todos, menos la niña que permaneció con su madre.

De esta forma los niños comenzaron a conocer los sabores agri-dulces de la vida y aprendieron a rescatar de ella lo bueno y lo malo.

Lo malo se lo enseñaron los castigos. Los duros maltratos que nunca tienen razón.

La vida los fue haciendo crecer y les destapó los ojos para ver que su madre nunca los había abandonado y fue así como aprendieron lo bueno de las cosas. Fue así como aprendieron la vida. Estos hijos nunca mostraron rencor frente a su madre a la que veían justa, correcta, indicada, porque la veían madre. Por eso cada momento de reencuentro era para ellos un momento de felicidad.

Ya un poco más crecidos la madre los consideró lo suficientemente grandes como para sacarlos de ese hogar.

El hermano mayor entendió que debía comenzar a transitar una vida por sí solo superando cada una de las piedras que dificultaran su camino en caso de que existieran.

Los otros dos caminarían por otros rumbos y acostumbrados a pisar las piedras, lo seguirán haciendo.

Esta vez la vida les fue más fácil ya que su madre los envió al cuidado de una señora, que dejaría de ser sólo señora para ser segunda madre, que los crió en una casa lejana del departamento de San José.

Fue así que esta segunda madre, gracias a la convivencia, comenzó a notar la gran capacidad que uno de ellos tenía y por eso enfatizó su estudio.

Ya hecho un hombre volvió a Montevideo acompañado de su intelecto y siendo hijo de una madre no instruida, se volvió para unir a aquella familia dispersa de la cual nunca se había separado afectivamente, aunque sí en los hechos.

Se casó y tuvo dos hijos varones y una hija mujer. Nacida esta última hija se preparó para terminar su carrera y se hizo finalmente un gran ingeniero.

Por eso mi abuelo me demostró que no importa la vida que nos toque, sino que lo que interesa es lo que con ella nos decidimos hacer.

Dedicado a mi abuelo, que fue un abuelo para mí pero puede ser una guía para otros.



La pizza della mamma del cuento

Fiorella Barraco González

Temprano en la mañana, me levanté como todos los días, me vestí y fui a desayunar, cuando mi madre vino y me dijo:

- Vamos hija, juntá todas tus cosas que nos vamos de acá.

Yo no entendí nada, apenas tenía nueve años, pero le hice caso, agarré mis pocas pertenencias y me fui con mi madre y mis hermanos.

Mi madre estaba asustada, yo veía que la gente estaba enloquecida y corrían por las calles. Mamá me explicó que teníamos que dejar Italia porque estaba por empezar una guerra en la cual mi padre iba a participar.

Llegamos al puerto de Génova, había mucha gente, la mayoría eran mujeres y niños.

Con mi madre y mis hermanos nos subimos a un barco el 7 de octubre de 1930. En el barco mi madre me contó que estábamos yendo a Uruguay, un país en América del Sur que quedaba muy lejos de Italia, pero ella me dijo que en cuanto la guerra terminara íbamos a volver.

Llegamos al puerto de Montevideo el 25 de octubre, después de un viaje cansador de dieciocho días.

No sabíamos para dónde ir, lo primero era buscar algún lugar para dormir. Empezamos a caminar por la ciudad vieja, y vimos una casa donde había un cartel que decía *alquilo habitaciones*, entramos y una señora nos dijo que tenía un cuartito libre en el que final-

mente nos quedamos.

Después de una semana de estar en Montevideo, a mamá se le ocurrió que con la plata que había traído de Italia iba a poner un puestito de pizzas en una plaza de la Ciudad Vieja. Las pizzas se vendían y el trabajo funcionaba bien. Yo la ayudaba a venderlas y cuidaba a mis dos hermanos más chicos mientras que ella cocinaba.

Todo estaba bien pero no llegaban noticias de mi padre. Un día llegó una carta desde Italia a Uruguay, donde estaban los nombres de los muertos en la guerra. Mi padre estaba en la lista. Fue una noticia muy triste, pero le dio fuerzas a mi madre para seguir trabajando y salir adelante.

Tres años después, ya tenía doce años, iba a la escuela, y ya sabía hablar castellano un poquito. A mamá le iba muy bien en su puesto de pizzas, pero seguíamos viviendo en la pensión.

Un día conoció a un hombre del que se enamoró. Él era mucho más grande que ella, y tenía bastante dinero. Pasaron nueve meses y se casaron. Ahí, mi mamá, mis hermanos y yo nos fuimos a vivir a una casa muy grande y hermosa en la Ciudad Vieja. Juntos pusieron un restaurante al que le pusieron “*La pizza della mamma*”.

Ahora tengo ochenta y seis años, nunca más volví a Italia, la verdad es que en Uruguay nos fue muy bien a todos. Yo me casé, tuve hijos y el restaurante “*La pizza della mamma*” que hizo mi madre y su esposo sigue existiendo, ahora mis hijos lo tienen.



Los cuentos de mi tío

Florencia Juliano Inglés

Mi tío me enseñó muchas cosas, pero la más importante nunca me la dijo: saber respetar a los ancianos es algo que aprendí a su lado.

No porque sea de buena educación hacerlo, sino porque esas figuras desgastadas por el paso del tiempo tienen una sabiduría que no la han adquirido en las aulas sino en las calles; en los estaños, como dice él, “acodado en los estaños”, que eran ni más ni menos que los mostradores de los bares donde en largas charlas aprendían de la vida.

El paso del tiempo te enseña muchas cosas que sólo con vivirlas se pueden aprender.

Mi tío no tiene hijos, quizás por eso nos prestó más atención a mis hermanos y a mí.

Su pasión es el fútbol.

Siendo yo muy chica, nos llevaba al estadio a ver a su querido Peñarol. Recuerdo que me tomaba muy fuerte de la mano como si me fuera a perder. Nos compraba todo lo que era ofrecido por los vendedores, desde refrescos hasta garrapiñada y pop. Nos prometía que si Peñarol ganaba nos llevaría al Parque Rodó a comer churros rellenos y a dar una vuelta en el tren fantasma. Por lo general así ocurría.

El partido no me llamaba la atención, pero sí me asombraba ver las tribunas llenas, el colorido, y a veces me asustaban los gritos de gol porque era algo inesperado. Los partidos “clásicos” eran lo más pintoresco. Él nos hacía notar que es difícil encontrar un espectáculo popular que pueda igualar esa algarabía que provoca poder ver esa inmensa masa de gente gritando y saltando detrás de sus colores

predilectos. También me llamó la atención muchas veces algo que en aquel momento no podía comprender, y eran las lágrimas en los ojos de mi tío cuando dentro de la cancha los jugadores de Peñarol daban una vuelta triunfal saludando a las tribunas. ¿Por qué llora?, pensaba. En aquellos momentos y con mi poca edad no le encontraba explicación.

Quizás ahora en mi adolescencia tampoco lo entienda, quizás no tenga esa pasión que él tenía, y que también tenían la mayoría de los fanáticos que llenaban el estadio. Para mi tío el fútbol era el recuerdo más feliz de su juventud. En casi todas sus enseñanzas ponía como ejemplo el fútbol. A veces sus cuentos reiterados una y otra vez me resultaban aburridos, pero no podía dejar de escucharlos porque era tanto el entusiasmo con que los contaba que al final resultaban interesantes.

Nos contaba cuando por primera vez fue a jugar a Defensor, cuando el director técnico le preguntó si estaba fichado en algún cuadro, cuando le dieron esperanzas de quedar en el plantel de cuarta al citarlo a jugar un partido de práctica internacional, y luego cuando una lesión le hizo perder toda oportunidad.

Pero él no estaba triste por eso, al contrario, estaba muy contento de haber jugado en la Liga Universitaria. Nos contaba el esfuerzo que hacía para levantarse a las nueve de la mañana después de haberse acostado el sábado de madrugada, para viajar en un camión cerrado hasta las canchas de Perrone, que ni él mismo recuerda dónde quedaban.

Cuando le preguntamos si los jugadores de antes eran mejores, siempre contesta que esas son frases que dicen los viejos tontos.

- ¿Cómo puede ser posible que lo de antes sea mejor cuando todo ha evolucionado tanto? ¿Acaso en el básquetbol nos se convierten más de cien tantos por partido cuando antes se convertían veinte? ¿Acaso en las olimpiadas no se batían constantemente los récords mundiales? El fútbol es uno de los deportes en que no se puede comparar quién juega mejor entre dos jugadores de diferentes épocas. Cuando yo era chico -dice- ya se decía que los de antes eran más vivos. Estaba aquel cuento del puntero derecho que le de-

cía al half “mira un avión”, y cuando éste miraba para arriba el puntero se le escapaba. A mí siempre me pareció que los que miraban para arriba eran los más bobos. Pero lo más importante no es quién es mejor o quién es peor, lo importante del fútbol es esto que tenemos nosotros, esta pasión en común que nos permite en un grito de gol abrazarnos y apretujarnos con quien se sienta al lado, sin importar si lo conocemos. El fútbol permite estar juntos, aunque sea por un rato, a personas de distintas generaciones como en nuestro caso, y poder tener conversaciones en común, lo que muy difícilmente en otra actividad se pueda lograr.

Otra de las anécdotas que nos gustaba mucho escuchar, era cuando hablaba de las novias que había tenido, y el respeto con que las trataba. Nos contaba cómo eran los bailes, donde sólo se bailaba cuando las muchachas aceptaban, y lo más raro: sólo en parejas.

Sin embargo mi tío admira y destaca algunas costumbres de nuestra generación. Ya no ocurre aquello tan desagradable de las mujeres que solían “planchar” -que nadie las sacaba a bailar- porque no eran tan lindas como otras. Nos contaba que muchas veces y pensando en cómo se iban a sentir esas pobres infelices, le daba lástima y sin muchas ganas las sacaba a bailar. Al otro día debía aguantar “las cargadas” de sus amigos, pero nunca se arrepintió de su buena acción.

Cuando le hacíamos referencia a las “cosas de su época” él se apresuraba a replicar:

-¿Qué es mi época? ¿Acaso yo ya no estoy vivo? Si miramos la música, en mi caso, es algo del pasado, porque simplemente la música actual no me llega como antes. Pero si miramos el fútbol, por ejemplo, todavía está en mí ese fuego sagrado llamado pasión y que en este momento, igual que en el pasado, se apodera de mí y hace que mi época sea la de aquellos grandes triunfos, como también es mi época la de los fracasos y la de los triunfos del presente. ¿Y por qué hablo sólo de los triunfos del pasado? Sencillamente porque la mente del hombre está hecha para recordar lo bueno y olvidar lo malo. Es la forma en que se logran superar sucesos que en un principio parecen el fin del mundo.

“Hoy es el pasado que ayer te preocupaba”, dice siempre mi tío cuando estoy triste o preocupada.

Un día le comentaba a mi tío que tenía que llamar a una ex compañera que se había ido a España, pero nunca me llegaba el momento de hacerlo. Eso me tenía mal porque sabía lo que representaba para ella que la llamara estando tan lejos de su país. Mi tío me miró por un momento y me preguntó a qué grupo pertenecía, si a los *hayqués*, a los *tengoqués*, a los *tenésqués*, o a los *voyás*. Mi asombro fue grande y le pregunté en qué idioma me hablaba. Me miró nuevamente y me dijo:

-los *hayqués* son quienes se pasan diciendo que hay que hacer esto o aquello pero nunca se cuestionan que ellos mismos podrían ponerse a hacerlo. Los *tenésqués* son quienes siempre están dando consejos a los demás, como si ellos fueran los dueños de la verdad. Después está el grupo de los *tengoqués*, que son quienes se prometen a sí mismos a hacer cosas que ya de antes es sabido que no van a hacer, sin embargo les sirve para quedar en ese momento tranquilos con su conciencia. Y por último los *voyás*, que son aquellos que una y otra vez se plantean hacer algo pero nunca les llega el momento de hacerlo, se sienten fracasados y frustrados porque quedan con la sensación de que no cumplen con ellos mismos.

Esa misma noche llamé a mi amiga y me sentí verdaderamente feliz.

Mi tío ya no nos pasa a buscar en el auto para ir al estadio. Su avanzada edad le impide manejar. Cuando hay sol y no hace mucho frío, y por supuesto juega nuestro Peñarol, lo pasamos a buscar nosotros y muy despacito subimos y bajamos las escaleras de la tribuna Olímpica, nos sentamos con él en el medio y gritamos los goles con la misma emoción de siempre. De vez en cuando miro para ver si tiene lágrimas en los ojos y él me sigue tomando de la mano como cuando tenía cinco años, aunque ahora no sé si es para protegerme o para encontrar en mí un apoyo.



Recuerdos de mi tía abuela Tona

Florencia Juliano Inglés

Muchas son las anécdotas que me ha contado mi abuela. Historias de sacrificios, de privación, de esfuerzos, de pobreza, pero todas estaban llenas de mucho amor y unión familiar.

Eran ocho hermanos, dos de los cuales fallecieron a temprana edad. Había enfermedades en aquellos tiempos que no se podían curar. Las familias eran numerosas a pesar de que muchos de sus integrantes morían jóvenes. Los métodos anticonceptivos no eran tan conocidos como en la actualidad y era frecuente que las familias llegaran a tener diez o doce hijos.

Los recuerdos de mi abuela se centraban en la cocina, en la manera que ayudaba ella y sus hermanos a su madre a preparar la comida de los domingos, donde familiares y amigos en gran número venían a recordar las tradiciones familiares.

Aún hoy aparecen en nuestras mesas los estrúfulis, los cépoles, los tucos, los raviolos y la pizza, cuyas recetas vienen de generación en generación.

Venían de una familia trabajadora, en la que su padre tuvo que hacer muchos sacrificios para mantener a sus seis hijos y darles la oportunidad de estudiar.

Mi abuela cuenta que su padre don Liberto trabajaba vendiendo artículos de casa en casa, principalmente telas para la confección de sábanas, en lugares tan lejanos como Nueva Helvecia en el departamento de Colonia. Lo despedía en la estación de trenes saludando con un pañuelo blanco, mientras su mamá le apretaba fuertemente

su pequeña mano. Al regresar después de varios días, habiendo recorrido largas distancias a pie, se descalzaba y ponía a remojar los pies para aliviar el dolor y curar sus ampollas en agua tibia y sal que ella misma se encargaba de prepararle.

Los recuerdos de la infancia de mi abuela revelan una niñez feliz. Las actividades que realizaba eran muy diferentes a las mías cuando tenía su edad. Rondas, cantos, juegos como la mancha y las escondidas, mucha lectura de cuentos infantiles, una sola muñeca y las reuniones en familia sustituían a la televisión, el nintendo y la computadora.

También mi abuela recuerda con mucho cariño las vivencias de su adolescencia. Entre todos aquellos recuerdos se destaca un baile de carnaval del año 1945. No era muy común en las mujeres de su familia asistir a bailes, la costumbre era ir acompañado de sus hermanos. Allí conoció a mi abuelo e iniciaron una relación que lleva ya más de sesenta años.

Comenzó con una mentira, mi abuela cuenta que fue el primer engaño. El tenía tres años menos que ella y le aseguró que era mayor.

No era tan fácil para mi abuela que sus padres aceptaran a mi abuelo. Las costumbres de aquella época eran distintas.

Las visitas en el zaguán eran siempre supervisadas por algún hermano o su propia madre.

Cuenta mi abuela que en una oportunidad en la que se trasladaban a una fiesta familiar, ella se ubicó en la parte de atrás del auto y cuando mi abuelo se disponía a sentarse al lado, mi bisabuela se sentó rápidamente entre ellos dos.

Por otra parte sus hermanos varones querían saber quién era mi abuelo, en qué trabajaba, cómo era su familia o si tenía posibilidades de mantener a mi abuela.

Sus ingresos no eran muy grandes, trabajaba en una barraca de lana contando fardos e inventariándolos, era muy joven y económicamente sus posibilidades no eran muchas.

Mi abuela trabajaba como administradora de una confitería y su sueldo tampoco era muy bueno.

Pero a pesar de todo, aunque fue difícil para ellos con veintiuno

y veintitrés años decidieron independizarse y ante la desaprobación de toda la familia se casaron y fueron a vivir a una pensión.

En 1949 nació mi padre y mi abuela tuvo que dejar de trabajar. Ella apoyó a mi abuelo para concursar en un examen y entrar a trabajar en un banco, lo cual logró, y los conocimientos precarios de mi abuelo de contabilidad le permitieron officiar como tenedor de libros en varias empresas, bares y hasta en una estancia en Paysandú.

Esto les permitió mejorar económicamente, pudiendo alquilar un departamento y con el tiempo lograron el sueño de la casa propia.

Si bien las cosas iban bien eso no quería decir que no se logran con muchos sacrificios y privaciones. Según mi abuela el ahorro era la base de todas las conquistas que deseaban.

La vida de mi abuela y también la de mi bisabuela se ven reflejadas actualmente en la cocina. Tal es así que mi padre hoy en día pasa su tiempo libre cocinando comidas que mi abuela solía hacerle cuando él era pequeño, y algunas otras nuevas, que supongo yo, seguirán de generación en generación. Mi padre habla una y otra vez de los más de mil ravioles que se hacían en la casa de mi abuela los domingos, y más de una vez ha logrado hacer esa cantidad con la diferencia de que los pone en el freezer y los vamos comiendo en diferentes momentos.

Aquellas recetas escritas con lápiz en viejos cuadernos se leen cada tanto, y en ocasiones importantes permiten llenar las mesas navideñas, las de fin de año, o las de Pascuas, igual que cuando mi abuela era pequeña. En ningún cumpleaños de algún integrante de la familia falta la pizza de la abuela, y es común que cuando viene de visita traiga un pan casero recién sacado del horno.



En memoria de mi bisabuelo

Florencia Lluberas Bustos

Cuenta mi padre que mi bisabuelo Luis Alberto Lluberas, en el año 1941, tripulaba aviones de la Armada.

En ese mismo año, un hidroavión francés, el más grande del mundo, traía consigo documentos y artículos varios del armisticio de la Primera Guerra Mundial.

A su vez Francia se encontraba en grandes conflictos ya que estaba conquistada por Alemania. Cuando este avión ingresó al Uruguay a la altura de la Laguna Negra, sufrió una pérdida de una de las hélices y se vio obligado a amerizar de emergencia.

Luis Alberto Lluberas se encontró con la obligación de prestar ayuda, en condiciones de mal tiempo. En su regreso, un banco de niebla lo fue desviando de su trayectoria; en ese momento el otro avión que había despegado junto a él, se encontraba en las proximidades. Al poco tiempo, la niebla ocasionó que estos dos aviones se estrellaran y cayeran en la Laguna de Rocha.

La desesperación fue inmensa, junto con la angustia de saber que el destino estaba allí marcado. La rabia de haber sobrevivido en un accidente para luego morir en otro, los llevó finalmente a la impotencia y a la tristeza por sus injustas muertes. Siendo así el único sobreviviente el piloto del otro avión, Aníbal Cabrera, que fue salvado por el equipo de rescate de la Armada Nacional tres días después del incidente.

En memoria a Luis Alberto Lluberas, quien dio su vida por aquellos que hoy lo recuerdan como un héroe.



Una historia de vida

Florencia Torterolo González

Era un sábado soleado de invierno. Me encontraba tomando mi desayuno y observando por la ventana cómo mi hijo menor jugaba con dos amigos del barrio. Corrían detrás de la pelota y detrás de ellos los dos ovejeros los seguían de un lado al otro, saltando a su alrededor, queriendo participar de sus juegos.

Sin querer, mi mente retrocedió a los tristes días de mi niñez. Mi madre falleció cuando mi hermana tenía cinco años y yo aún no cumplía los doce.

No tenía recuerdos de mi madre, ni siquiera de su cara, pero sabía que ese corto período vivido con ella me había marcado de tal forma que luego me ayudaría a superar todos los sufrimientos vividos los años posteriores.

Cuando mi madre falleció, mi hermana pasó a vivir con una familia formada por un matrimonio y tres hijos, y yo me quedé con una anciana y su hijo ya veterano que vivía al lado de esta familia.

Con los años me enteré de que mi abuela materna vivía en una casa junto a la que vivía mi hermana y que había criado a una niña de la misma edad de ella a la que conocimos siempre como nuestra prima, pero que en realidad era una completa extraña.

Pero ni mi abuela ni nadie de la familia se hizo cargo nosotras dos, que siendo tan pequeñas habíamos perdido a nuestra madre. Cuando mi padre nos compraba alguna ropa, que siempre lo hacía por dos, mi abuela y mi tía la distribuían una para mi "prima" y otra para mi hermana. Cuando llegaban a mí ya estaban gastadas.

Lo poco que recuerdo de esos días es que la anciana me hacía planchar ropa, parada en un banquito para poder alcanzar la mesa de planchar y cuando el hijo de la señora me ponía en penitencia parada en un rincón contra la pared, el perro de la casa me hacía compañía.

Otra cosa que recuerdo es cuando tomé la comunión con un largo hábito blanco y que corría de un lado para el otro por el barrio repartiendo estampitas a todos los vecinos.

Cuando tenía más o menos seis años, mi padre se volvió a casar. Me encontré sonriendo al recordar lo feliz que me había puesto con la noticia. ¡Tendría una familia y un hogar junto a mi hermana y mi padre!, y como si esto fuera poco, ¡tendríamos una madre!

Mi felicidad no tardó mucho en desaparecer. La que pensé sería mi segunda madre pronto mostró sus garras. No sólo nos tenía de sirvientas haciéndonos limpiar toda la casa, sino que además nos castigaba brutalmente. Me sentía como un animalito indefenso, miedoso y sin tener a quién recurrir ya que mi padre estaba poco y nada en casa porque trabajaba todo el día y muchas veces durante la noche, y esta mujer además se había encargado de infundirnos temor a tal punto de no poder hablar entre nosotras.

No sólo me vi frustrada al ver que la familia que esperaba encontrar nunca llegó, sino que además nuestras vidas se convirtieron en un verdadero infierno. ¡Cuántas veces me había dormido luego de horas de llanto por las palizas recibidas y cuántas por la impotencia de estar tan desamparada!

En algunas oportunidades le imploraba a mi madre que me llevara con ella y en otras le reprochaba que se hubiera ido sin ni siquiera poder tener su recuerdo.

Pero siempre, luego de las grandes penas trataba de pensar en cosas lindas y positivas como por ejemplo pensar que mi madre me estaba cuidando y que no permitiría que siguiera sufriendo toda mi vida. Que en algún momento iba a ser compensada por todo ese sufrimiento y que sería tan feliz que me olvidaría de todo lo malo y pensaría que todo había sido una pesadilla. Así siempre despertaba con la esperanza de que ese día era el que despertaría de ese mal sueño.

De esta forma los días pasaban y cada vez era más sometida y asustadiza pero con muchas ganas de vivir y de salir adelante. A pesar de todo siempre estaba alegre porque me sentía muy fuerte y pensaba que si Dios me había enviado tanto sufrimiento, tendría sus motivos y abrigaba la esperanza de que llegaría el día de mi recompensa.

Mi madrastra se ensañaba tanto con nosotras que cada una por su lado deseaba que estuviera mal con la otra para alcanzar un poco de paz, ya que cuando estaba mal con una, se olvidaba momentáneamente de la otra.

Uno de los recuerdos más nítidos de esos años -en general trataba de no recordar lo malo y de aferrarme de lo bueno- fue un día en el que estando lavando el piso del living, mi madrastra me gritó enojada y yo le contesté simplemente "sí" en vez de "sí mamá", como nos obligaba a responder siempre. Luego de darme con el palo de la escoba varias veces en la espalda, me bajó la cabeza hasta el piso y golpeó mi frente contra éste con toda la fuerza de la locura incontrolable de aquella mujer. Fue todo tan rápido que no pude hacer nada para evitarlo ya que me tomó por sorpresa y como el piso estaba enjabonado tuvo miedo de que me resbalara y de que la caída fuera peor. Como el dolor era tan grande y mi enojo por las injusticias aún mayor, comencé a llorar, gritar y maldecir, lo que hizo que no se quedara conforme con la paliza que me había propinado e hizo que entrara al baño y me desnudara completamente. Al cabo de unos minutos como aún seguía gritando recibí el primer baldazo de agua fría en pleno invierno. Continuó tirándome baldes de agua helada mientras me amenazaba con seguir así mientras no dejara de gritar. Luego del cuarto o quinto balde y con un gran esfuerzo, dejé de gritar. Envuelta en una toalla y temblando de frío, lloré por varias horas, en silencio, por temor a que me sintiera y volviera con la escoba o los baldes de agua.

De vez en cuando me miraba en el espejo y volvía a romper en llanto al ver que mi cara se había deformado por la hinchazón, a tal punto de parecerme a un monstruo.

- Mamá, ¿estás llorando?

Me sobresalté al ver que mis dos hijas se encontraban a mi lado preocupadas por las lágrimas que veían correr por mi rostro.

-¡No niñas! ¿Cómo se les ocurre?

Sonreí al comprobar que el horror había quedado muy lejos y que como siempre había tenido esperanzas, las súplicas a Dios y a mi madre habían sido oídas y en este momento me sentía recompensada ampliamente con un marido al que amo y con tres hermosos hijos.

Como dice el dicho "siempre que llovió paró", sólo hay que tener muchas ganas de vivir y tener mucha fe, no sólo en Dios, sino más que nada en uno mismo, ya que creo que las cosas no vienen solas, sino que cada uno con la forma de proceder ante la vida y los demás, va formando su propio destino.

Muchas veces no es fácil, por supuesto, pero les aseguro que vale la pena seguir adelante.



En un pueblito llamado Sopa

Florencia Torterolo González

Mi abuelo nació en un pueblito de Salto llamado *Sopa*. Tenía una muy buena convivencia con toda la gente del pueblo, había mucha confianza y muchas veces lo ayudaban, ya que vivía en muy malas condiciones económicas. Eran tan pobres que sólo tenía un par de alpargatas y para no ensuciarlas se iba descalzo a la escuela, cuando llegaba se limpiaba los pies y luego se calzaba; al salir de la escuela otra vez descalzo.

Sus padres trabajaban todo el día y el sólo los veía dos veces a la semana, si bien esto era una cosa espantosa para él, comprendía la situación. Tenía que cuidar de sus dos hermanos pequeños que se portaban bastante mal ya que no veían razón por la cual hacerle caso a su hermano. Con los años fueron comprendiendo.

Muchas veces no tenía qué comer, entonces con sus amigos limpiaban los gallineros de la gente que tenía mejor posición económica y se comían los huevos crudos haciéndole dos agujeritos y chupando fuerte de uno de ellos. Para él eso era un manjar.

Su vida tornaba alrededor de sus amigos, ellos intentaban ayudarlo de todas maneras pero algunos tampoco estaban en una buena situación, eran de hacer muchas travesuras, algunas por necesidad y otras solamente por diversión. Se subían a los árboles a robar pichones de cualquier ave, para luego venderlas en la feria.

Una vez subió a un pino alto donde se encontraba un gran nido, sin dudarle metió la mano para extraer el ave y se sorprendió al palpar una cosa fría y un poco mojada, fue tal el susto que bajó lo

más rápido posible y al llegar lo más cerca del piso se tiró, entre las risas de sus amigos al ver la cara de pánico. No le dieron importancia y siguieron haciendo otras cosas.

Pasadas unas tres horas del hecho, se encontraban jugando al fútbol en un campito un poco aislado, cuando mi abuelo comenzó a sentirse un poco mareado, no dijo nada, al pensar que tal vez sería por el calor y porque no había bebido nada en todo el día o tal vez de hambre. Pero luego comenzó un dolor tan intenso que no pudo evitar tirarse al piso y gritar con todas sus fuerzas, sus amigos no muy sorprendidos se reían ya que pensaban que era otra de sus típicas bromas, pero luego de un rato comenzaron a asustarse.

En un momento quedó en silencio, dejó de gritar, todos se miraron entre sí y corrieron a ver qué era lo que había sucedido, al ver que no despertaba uno de ellos fue corriendo hasta la casa más cercana y llamaron a la ambulancia.

Al llegar al hospital, él seguía inconsciente y no sabían la causa de su estado, cuando uno de ellos recordó el episodio del árbol y así decidieron ir a fijarse.

Lo que había en el nido obviamente no era un ave sino una víbora, pero entre el susto y la caída del árbol no se dio cuenta de que ésta lo había mordido. Al descubrir la causa le dieron el antídoto, y luego de una semana ya estaba nuevamente subido a los árboles y haciendo sus típicas travesuras.



La historia de mi familia, una historia de inmigrantes

Francesca Carlomagno Martínez

Transcurría el año 1905, en Rusia movimientos sociales se oponían al Imperio Zarista, comenzando así una revolución interna, sumada a la guerra con Japón.

Fueron años de duros enfrentamientos. Pocos meses antes de comenzar la Primera Guerra Mundial hubo familias que decidieron escapar hacia la tierra americana, buscando nuevos horizontes, con el deseo de encontrar un futuro para su familia.

La forma en que se trasladaron fue en condiciones inhumanas: en grandes barcos, algunos escondidos, otros con el dolor de haberse separado de su familia, dejando a hijos, hermanos, padres a los cuales no verían nunca más.

En el año 1913 mi tátara tatarabuela llamada Tenia y mi tátara tatarabuelo Vladimir tomaron la decisión de embarcarse. Junto a ellos viajaron una de sus hijas Estokia (mi tatarabuela) con su esposo Román y sus tres hijos: Mateo, Marcos y Rosa (mi bisabuela, que tenía sólo tres años).

Tenia partió con mucho dolor puesto que a su hermana de dieciséis años no le permitieron viajar por tener infección en una muela; en el viaje era condición necesaria estar saludable. Luego nunca más supo lo que sucedió con ella.

El viaje duró muchos meses hasta llegar a tierra americana, fueron los primeros inmigrantes que llegaron al Uruguay, algunos pasajeros desembarcaron en Puerto Viejo ubicado en San Javier, departamento de Río Negro. Otros quedaron en países como Argenti-

na, Brasil o Chile.

Luego de un largo tiempo mi bisabuela Rosa Jolochín conoce en San Javier (colonia de varios inmigrantes) a mi bisabuelo Enrique Schanzenbach (descendiente de alemanes que también habían huido de la guerra y formaron su hogar en Corrientes, Argentina). Éste se trasladaba en lanchones que cruzaban el Río Uruguay desde Concordia –Entre Ríos- hacia Paysandú a una casería llamada “Casablanca”.

Luego se casaron y nacieron: Juan, Roberto y María Luisa, mi abuela. Se afincaron en Young (cerca de San Javier), en el departamento de Río Negro. Toda su niñez la vivió allí junto a sus hermanos y transcurridos sus diecisiete años se casó con mi abuelo Conrado, nacido también en Young, descendiente de españoles.

Deciden venirse a Montevideo a buscar empleo para así poder progresar, enseguida mi abuela quedó embarazada de Sylvana, mi mamá, y a los dos años nació mi tío Jorge.

En el año 1984 mi madre conoce a mi papá (descendiente de italianos y holandeses), se casaron en 1989 y un año después, el 8 de octubre de 1990 nazco yo, descendiente de españoles, italianos, rusos, holandeses, alemanes e ingleses.

Y esto último es otra historia.



La escuela pública en Lagomar

Georgina Dell'Aquila Steffano

En la década del 50, en Lagomar no había nada, ni luz, ni escuela; no habían comercios establecidos ni agua ni teléfono. No había farmacia, la primera fue en el garaje de una casa.

Mis abuelos veraneaban allí y cada vez les costaba más volver a Montevideo después de las vacaciones. Estaban enamorados de la vida tranquila, de los lagos no contaminados, naturales y de la playa; cada vez les gustaba más estar ahí.

Por lo que en el año 61 decidieron mudarse a este lugar. Su primera casa fue en la calle “Las Canoas”. Por eso mi madre, la más chica de tres hermanos varones, nació allí.

En esa época, paralelo a la poca cantidad de servicios, también había pocos vecinos, poca gente y por eso pocas casas; predominaba la naturaleza: lagos, árboles y arena.

A medida que se fue poblando, los vecinos, trabajando en conjunto, consiguieron luz. A su vez consiguieron que funcionara una escuela pública en Lagomar. La cual comenzó a funcionar en el Country Club Lagomar con el esfuerzo de los padres.

En una misma aula funcionaban dos clases. Luego la escuela funcionó en el parrillero del Club, allí se amplió un poco más. Hasta ese entonces no se logró que hubiera jardinera, ya que sólo contaba con dos alumnos.

Con esfuerzo de los padres de los catorce alumnos, haciendo kermesses, comidas, y demás, empezaron a juntar fondos para equipar la escuela. Los padres se encargaban de limpiar y lijar; mi abue-

lo fue quien se encargó de fabricar el primer pizarrón.

Tiempo después, consiguieron un predio a través de Primaria y con ayuda de todos, se formó la escuela pública que hoy funciona en Lagomar.



Gonzalo Cabrera Ciappesoni

Es la historia de una rosa. Esta flor tiene protagonismo generalmente en historias de amor y desamor. Tiene su significado según su color, hay rosas con y sin espinas y también a esta característica se le da un significado.

La protagonista de esta historia es una rosa roja, con espinas, y es símbolo del amor.

Hace alrededor de dieciséis años, María estaba preparada para tener un hijo, anhelaba mucho un hijo. Pero ese niño no venía, así que consultó médicos, se sometió a muchas pruebas y nada parecía indicar que hubiera una causa física, la paciencia se terminaba y esto empeoraba la situación. Le rogaba a Dios que la bendijera con un hijo y así llegó a la iglesia de Santa Rita, a pedirle a la Santa el milagro.

La mañana del 22 de mayo estaba fría y bastante gris, a la entrada de la iglesia, María y su mamá, quien la acompañaba ese día, compraron una rosa roja cada una para ofrecerla a la Santa, según indica la tradición. Eran dos pimpollos hermosos, cerrados, pero tenían espinas y María se pinchó un dedo, por lo que decidió tomar el pimpollo delicadamente por la parte superior del tallo muy cerca de la flor.

Comenzó la ceremonia y María parecía en otro mundo, tanto que casi olvidaba la flor en su mano. Al contarme la historia, María no recuerda exactamente el momento en el que volvió a prestar atención a la rosa, la cuestión es que el pimpollo se había abierto com-

pletamente, dando lugar a una hermosa rosa en su total plenitud. El pimpollo de la mamá de María continuaba cerrado y también los pimpollos que tenían las demás personas.

¡Todas las rosas estaban cerradas! Sólo la rosa de María estaba abierta! Sin duda habrá quien tenga otra explicación para el fenómeno, pero María está convencida de que la Santa le envió un mensaje.

Aún hoy se emociona cuando lo cuenta, después de eso los médicos encontraron la causa que impedía el embarazo.

María tiene un hijo, un niño que nació en el mes de mayo.



Guillermina Cuquejo Pittini

Su nombre es Juan Bautista Braz, para mi “Coco”. Es mi bisabuelo, que hoy en día tiene ochenta y siete años. Nació en una familia de inmigrantes con muchos hermanos, era el más chiquito. Como eran muchos y la situación económica no era nada buena, la madre decidió internarlo en el Consejo del Niño. Sus palabras fueron “Juan sobra en esta casa” y al otro día se lo llevó.

Estando internado, una cuidadora lo llevó a vivir a su casa donde encontró una familia, un tiempo después su padre lo fue a buscar. Como era maltratado decidió escaparse, siguiendo las vías del tren llegó a lo de Angelita, quien era su mamá postiza para quedarse siempre.

Allí tenía hermanos y una mamá, una hermosa familia. Todos trabajaban para ayudar a su madre. Fueron creciendo y mi bisabuelo fue siempre muy trabajador.

De joven conoció a Laureana Maciel, para mi “Coca”. Luego de unos años se casaron, y fueron progresando poco a poco. Después nació mi abuela Susana Braz, para mi “Chuchi”, quien fue criada con mucho amor.

Coco trabajaba en una fábrica de caramelos, ella hacía bolsas y él, al llegar del trabajo, la ayudaba a perfeccionarlas y decorarlas. Eso tuvo mucho éxito, y gracias a ello pudieron tener una linda casa, un auto, viajes, darle una buena educación a su hija.

Siempre fueron muy humildes, unos abuelos compañeros, generosos, buenas personas, cariñosos. De chiquita siempre me gusta-

ba ir a su casa, a Montevideo, para comer toda la comida rica que hacían. Ahora son muy viejitos y viven cerca de casa.

Yo, los quiero muchísimo y los tengo como un gran ejemplo de vida, porque de la nada, con muy poco dinero, pudieron tener una muy buena vida y darle a su hija, a sus nietos y a sus bisnietos todo lo que pudieron.



Otras realidades

Guillermina Cuquejo Pittini

Esta anécdota va a ser escrita sin nombres completos para guardar la privacidad de sus protagonistas.

Corrían los años 1940 en La Coruña, España y una familia numerosa formada por cuatro hijos no se encontraba en una buena situación económica. La guerra transcurría y esta familia no iba a salir adelante con tal número de habitantes en la casa por lo tanto decidieron mandar a uno de sus hijos -Ángel Luis de cuatro años- con uno de sus primos quien tenía su misma edad, hacia Uruguay en barco, en donde lo esperaría un tío abuelo. Ángel Luis y su primo con tan poca edad, irían solos a cargo del capitán del barco quien supo de su existencia ahí mismo.

Los niños salieron con casi nada de equipaje, sólo un morral lleno de manzanas cada uno.

Cuando el barco llegó, su tío abuelo lo estaba esperando; el capitán entregó a Ángel Luis a su tío mientras que su primo siguió rumbo a Buenos Aires. Este niño debería vivir sin su mamá, ni su papá, ni ninguno de sus hermanos; sólo estaba con el tío abuelo a quien recién conocía. Pero éste, quien era su única familia o referencia de vida, luego de un tiempo, se cansó de él y lo mando al Colegio Pío como pupilo, por lo tanto se quedaba a dormir en la semana. También los fines de semana, ya que se portaba mal para no tener que volver a casa donde estaba su tío abuelo que lo trataba muy mal.

En estas condiciones yo diría que a cualquiera le sería muy difi-

cil salir adelante, y no dudo que lo fue para él también, pero lo logró de todas formas.

El niño fue creciendo mientras estudiaba y trabajaba para juntar dinero, hasta que a los dieciocho años, cuando ya era mayor de edad y había guardado lo suficiente, decidió volver a su lugar de origen para reencontrarse con sus verdaderos padres y hermanos.

El encuentro fue muy emotivo, pero Ángel Luis volvió a Uruguay, donde ya tenía una novia con quien iba a casarse. Ellos se casaron, tuvieron seis hijos y vivieron muy felices.

Pasaron muchos años y Ángel Luis volvió a España casi a los cincuenta y cinco años donde vio por última vez a sus padres pero esta vez con Susana, su actual esposa y madre de sus hijos.

Actualmente, tres de sus hijos viven en La Coruña, mientras que él vive en Uruguay con su esposa y sus otros tres hijos y nietos. Y cada vez que siente el olor a manzana madura y jugosa, llora, no sabe si de angustia o de felicidad pero llora, porque le hace recordar a aquel viaje.

Elegí esta anécdota porque es algo que era muy común en esas épocas y nosotros no nos imaginamos qué nos hubiera pasado si nos hubiera tocado vivir lo mismo; de todos modos, ya que él lo vivió y pudo salir adelante, me pareció un gran ejemplo y por eso decidí contarlo.



Historia de mi bisabuelo materno

Guillermo Lingeri Kazakevich

Nací en 1899 en Moscú, en una familia simple: mi padre y mi madre. Somos una familia pobre y con hambre. Mi padre es trabajador de una fábrica textil y mi madre no tiene trabajo.

Ya tengo once años, estoy yendo a la escuela pública y no estoy aprendiendo nada. Mi padre ya me está mentalizando para vivir peor de lo que estamos porque se está acercando una época de hambrunas, frío, enfermedades y muertes.

Hoy ya tengo dieciséis años y esto cada vez va peor, la gente muere por frío, hambre y enfermedades que no tienen cura alguna. Hoy mi padre me ha dado una noticia impactante. Me consiguió con la poca plata que gana haciendo changas porque se quedo sin trabajo, un boleto en barco para irme a Uruguay. Le dije que no estaba preparado para esto, primero porque no sé hablar español y en Uruguay hablan español y por muchas razones más.

Mi padre me dijo que no importaba.

- Te vas a ir sí o sí.
- ¡Pero no quiero!
- No me importa.

Empaqué todo y me llevó al puerto. Y dijo:

- Allí esta tu barco, ahora vete.

Y llorando le dije:

- Bueno, si esto me tocó no hay vuelta atrás

- Adiós hijo.

Me dio apenas un poco de plata para poder sobrevivir en el barco y en Uruguay, hasta que consiguiera trabajo.

Hoy llegué a Uruguay y no sé qué hacer. Lo primero que pienso es en conseguir algún lugar para quedarme y lo logro, encontré una pequeña casa donde vivía gente muy solidaria y me aceptaron.

Ya pasó un día, con la poca plata que me quedó fui a un curso básico, muy básico de español y aprendí. Pasó el tiempo, ahora con la gente conseguí aprender más lengua española y ya casi soy un crack hablando español.

Ahora conseguí un trabajo en el frigorífico, en las cámaras de frío donde están las vacas, este es mi trabajo porque al ser ruso aguanto más el frío que los uruguayos.

El tiempo ha ido pasando y he ido creciendo. Conocí una mujer rusa como yo con la que me casé. Con ella tuve un hijo llamado Jorge; más de viejo, una nieta llamada Marina.

Ahora mi bisnieto Guillermo quiere saber mi historia.



¿Por qué soy de Rampla?

Ignacio Arispe Sartori

Esta es una pregunta que me han hecho varias veces y esta anécdota podría llegar a contestarla.

Todo comenzó a principios del 1900 cuando Bernardo Arispe se fue de los países Vascos con rumbo a América para evitar la guerra y encontrar una nueva vida en una tierra prometida.

Al corto tiempo de su llegada, comenzó a trabajar en un frigorífico, aunque fue por un pequeño plazo ya que fue despedido por realizar una huelga en pedido de mejores sueldos. En consecuencia de esto, Bernardo quedó en una lista negra por lo que no podía trabajar en ningún frigorífico del país.

Bernardo muy desesperado decide viajar a Uruguay, luego de una carta enviada por su hermano Pedro en donde decía que en este país podría vivir muy bien. Al llegar, Bernardo se instaló en El Cerro, un barrio con una cantidad inmensa de inmigrantes, en donde se podían ver culturas muy distintas.

Poco tiempo después, conoció a una bella italiana llamada Palmira que significó una razón más por la que quedarse allí. Palmira pertenecía a una familia con mucho dinero pero que luego de la guerra habían perdido todo. Años más tarde se casaron y se arraigaron al barrio.

Con el tiempo Bernardo se enamoró de esas noches interminables de verano bajo las estrellas junto a su mujer y de esas tardes frente a la bahía que tanto le gustaban para pensar en su familia. Infaltables eran los domingos en la sede de su equipo tomando algo

y conversando, sobre todo.

Bernardo había llegado al punto en que hablaba del barrio como suyo, ya que se sentía muy cómodo, no sólo por la tranquilidad y seguridad del país, sino también por esa cantidad de inmigrantes que no lo hacían sentirse solo.

Es por esto, porque su familia se situó en el lugar, que llegó a amar a una institución tan importante, al punto de que su hermano Pedro jugó en el equipo y defendió los colores celestes en las Olimpíadas de 1924 y de 1928, siendo uno de los mejores defensas de la época.



El destino equivocado

Ignacio Vázquez Machado

Esta historia se remonta al año 902, en Beirut, Líbano.

Mi familia, de parte de padre, estaba sufriendo grandes problemas económicos; algo normal en esa época.

A unos pocos días de que zarpara hacia Nueva York un barco de inmigrantes, mi tatarabuelo José Nahum logró conseguir cuatro boletos para él, su esposa María Sede y sus dos hijos Elías Antonio y Rosa; de esta manera podrían salir del Líbano por un futuro mejor.

Llegaron al puerto Guma Al Badrum en Beirut, con pocas ganas de abandonar su amada tierra, más aún al ver las precarias condiciones del barco y la gran cantidad de personas que había. Sin otra opción que la de abandonar el país, subieron al barco y zarparon dejando todo atrás sin más que algo de ropa y comida.

Por cierta razón Elías se enfermó con fiebre amarilla, siendo muy común en esos años. Ante esta enfermedad se solía lanzar al agua a las personas que la padecían para evitar la propagación. Su madre María lloró mucho para que no lo hicieran, teniendo que trabajar limpiando el barco y pelando papas, mientras su hijo debía dormir en el depósito.

Un día una enorme tormenta los tomó desprevenidos, y tuvieron que hacer un gran desvío hacia aguas del Atlántico sur. Así fue como llegaron a territorios marítimos uruguayos. Este destino hizo que cambiaran todos los planes y tuvieron que adaptarse a un país muy distinto a Estados Unidos.

José y María tuvieron una niña en Uruguay que falleció a los

nueve años a causa de tifus. Elías sobrevivió a la fiebre amarilla, casándose con mi bisabuela Lucía Belosso, con quien tuvo tres hijas entre ellas mi abuela Norma, quien fue la que me contó esta anécdota.



El Graf Spee en Uruguay

Iñaki Goicoechea Nogueira

Una tarde fui a lo de mi abuela a que me contara una historia para un trabajo del liceo. Revisando un placard donde tenía cosas antiguas guardadas, encontré una gorra y un traje de capitán con varias condecoraciones, le pregunté de quién era eso y me respondió que su padre había sido un capitán de barco uruguayo; me contó que había sido el primer uruguayo en dar la vuelta al mundo junto con la tripulación de su barco, y también me contó que estuvo el día en que el barco Graf Spee vino a Uruguay.

Me pareció que podía ser la historia que había ido a buscar y así le pedí que me contara qué había pasado ese día.

Entonces me contó que en ese momento su padre era el comandante del Crucero Uruguay. Periódicamente salían jóvenes de la Escuela Naval a hacer algunas maniobras sobre el Río de la Plata en este crucero. Éste era uno de esos días en el que ellos se encontraban en Punta del Este, cuando les avisaron de la base que había una batalla a 200 millas desde donde se encontraban y le ordenaban al padre de mi abuela que les mostrara a los barcos involucrados que se encontraban en aguas uruguayas.

Lo primero que hizo fue dejar a los más jóvenes en la isla más próxima, luego emprendió viaje hacia la batalla.

Después de dos horas de viajes llegaron al acontecimiento, se acercaron a la batalla dada entre dos barcos ingleses contra el Graf Spee, éste les hizo una señal para que se alejaran, pero empeñados en cumplir la misión que les avían asignado se interpusieron en el medio de la batalla deteniendo el fuego.

El barco alemán fue acompañado hasta el Puerto de Montevideo donde se le permitió estar veinticuatro horas. Pasaron esas horas y el barco emprendió viaje. El capitán del barco alemán preocupado porque los ingleses le asaltaran el barco y siguiendo la ideología alemana de que no se descubriera la tecnología de este país, bajó a toda la tripulación en botes y voló el barco, quedando los restos del barco en el fondo del mar hasta hoy en día.



La tarde de Juan

Javier Gregorio Iannino

- Las visitas son jueves y domingos de diecinueve a veinte y treinta horas - dijo don Ernesto con mucha firmeza y autoridad a su yerno Juan, mi abuelo.

- Bueno, muchas gracias y que tenga un buen día - dijo Juan con el mayor respeto posible.

Era viernes y las ansias de ver a Olga, su novia, cada vez eran más grandes, pero no podía hacer nada más que esperar, ya que en esa época, se respetaban mucho los días y horarios de visita.

Por fin había llegado el domingo, era el día en que iba a ver a su amada. No podía esperar más, eran las tres y él ya estaba listo para ir; sentía un poco de nervios, ya que era su primer visita a la casa de Olga, pero las ansias eran mucho más grandes, por lo que nada iba a impedir que fuera.

Golpeó la puerta, y esperó a que alguien saliera, era don Ernesto, Juan lo saludó respetuosamente, mientras el padre de Olga lo miraba fijamente, advirtiéndole que no hiciera nada de lo que pudiera arrepentirse. A pesar de que la relación entre mi abuelo y don Ernesto no era muy amistosa, él lo respetaba mucho, ya que don Ernesto era viudo y su vida no había sido muy fácil.

- Ya viene - le avisó don Ernesto.

La visitas eran en el zaguán, una especie de pórtico, hasta que la pareja hubiese cumplido un año, en ese momento podían entrar a la casa. Juan esperó ahí ansiosamente a que Olga llegase. Hasta que la

vio; estaba muy feliz. Hablaron durante un rato, parecieron segundos, pero en realidad se habían hecho las ocho y media de la tarde. Juan debía irse, pero no lo hizo.

De pronto, latas de aceite que eran usadas como macetas, comenzaron a volar por el aire, era don Ernesto, que al ver que las palabras no funcionaban, usó una técnica un poco menos ortodoxa. Juan entendió el mensaje inmediatamente y comenzó a correr aterrizado mientras esquivaba las macetas.

Desde ese momento en adelante, Juan cumplió los horarios estrictamente, lo que nos muestra que la técnica empleada por don Ernesto dio un resultado inmediato.



Reliquias de guerra

Javier Gregorio Iannino

Mariano Gregorio era un español que trabajaba en Francia en 1916, y también era el abuelo de mi padre. Tenía una oficina en París de una gran tienda Argentina. Vivía en un hotel y un día conoció a un corresponsal de guerra que sacaba fotos en el campo de batalla, éste lo invitó a ir con él al frente de batalla. Una proposición un tanto disparatada, pero su espíritu aventurero rugía por salir, "debo estar loco, pero lo haré", se dijo.

El frente de batalla quedaba a unos pocos kilómetros de París, por lo que no le causaba demasiados problemas en cuanto a su hospedaje.

Increíble, los dos en el frente tomando fotos y hoy creo que ninguno se percataba de que sus vidas estaban en peligro. Mientras el fotógrafo tomaba las terribles imágenes de la guerra, mi bisabuelo recogía granadas vacías, cascos, cartucheras de soldados, y todo tipo de cosas. Era como ir a una tienda para él.

Luego de los enfrentamientos, ambos volvían a París a dormir; Mariano siempre exhibía sus nuevos tesoros y también guardaba las fotos tomadas.

Un día, mientras estaba en el frente de batalla, encontró, una bomba de algún avión, que no había explotado y la tomó para luego llevarla al hotel. Cuando llegó la guardó en su cuarto y llamó al dueño del hotel para contarle la maravilla que había encontrado. El dueño comenzó a gritar y a decirle que sacara esa arma de su hotel. Mi bisabuelo, encontró una solución muy sencilla: tirarla al río Sena

que pasa por el medio de París.

Pasaron días, semanas, meses, y el fotógrafo no venía a buscar las fotos que habían tomado; Mariano tenía que volver a Argentina donde se encontraba toda su familia, así que asumió que el fotógrafo había muerto, o había sido capturado por el enemigo, por lo que se llevó toda las fotos con él a Argentina.

Estas fotos nunca fueron editadas ni exhibidas.



Construyendo mi historia de vida

Joaquín Papich De Gregorio

Hola, me llamo Francisco Papich, y no voy a contar una historia de fantasía, de cosas heroicas ni nada por el estilo, lo que voy a contar es una simple historia de vida, mi historia de vida.

La misma comenzó en el litoral de Grizane, en Yugoslavia, donde pasé toda mi niñez y adolescencia. A la edad de dieciocho años, cuando se declaró la Primera Guerra Mundial, me alisté en el ejército Austro-Húngaro hasta la finalización de la misma.

Luego de este acontecimiento volví a mi país natal, pero permanecí muy poco tiempo con mi familia, dado que enseguida fui a Francia donde estuve hasta los veintiún años.

Después de mi corta estadía allí, emigré en un barco a Uruguay.

Ya en tierra, decidí viajar a Piriápolis para vivir, ahí desarrollé mis actividades como constructor con mi hermano, al que hice traer de Yugoslavia. Juntos trabajamos en muchas obras importantes, como por ejemplo, en el Hotel Argentino, Hotel Nogaró, Palacio de la Luz y muchísimos más. Pero lo más importante que me sucedió en Piriápolis fue conocer a mi actual esposa, Alba, que también es inmigrante yugoslava.

Luego de vivir un tiempo allí, decidimos mudarnos a Montevideo, donde seguí trabajando en importantes construcciones, pero más allá de éstas, mi más importante obra fue hacer mi casa con mis propias manos en la calle Vidal y Fuentes.

Cuando estaba colocando el último ladrillo, pensé que después de todo lo vivido, de la lucha por salir adelante, había logrado mi

objetivo: dejar una marca para la gente que me rodea y para mí mismo.

Más allá de construir mi casa, fui constructor de mi propia vida.



Estación Bifurcación

Jorge Escarcena Rodríguez

Los leños vestían de calor el ambiente sencillo y acogedor de la casita de Parque del Plata. Mi abuelo iba ganando en la Escoba de 15 y se arriesgó a sugerir:

-¿por qué jugamos?

Mi abuela, con una sonrisa y un espíritu que desmentía sus setenta y cinco años, aprovechó con picardía para apostar por un viejo sueño: volver a su casa natal, buscarla junto a su escolita rural a la que asistía a caballo compartiéndolo con su hermana mayor. Poco le quedaba de sus ancestros, padres y hermanas fallecidas, sólo recuerdos que parecían desdibujarse en el tiempo.

Unas manos después, el triunfo le sonrió a ella y para cumplir la promesa se organizó un viaje familiar para el primer sábado de las vacaciones de invierno. Las pocas referencias comenzaron a dibujarse, Estación Bifurcación, ya ni en el mapa existía, así que mi madre buscó en mapas más viejos y encontró que ahora se llamaba Juan Soler y que quedaba a unos quilómetros de San José de Mayo.

En dos autos salimos con toda la familia: abuelos, hijos, nietos; con canasta de picnic, mate y termo, mapas y máquina de fotos.

Se reunieron datos de lo que la abuela recordaba. La escuela era un único salón alto donde se atendía a todos los alumnos sin importar las clases; al frente tenía un cantero y para llegar a ella desde la casa había que cruzar el arroyo con el caballo compartido. La casa de la chacra era de material, pero muy simple, la cocina era un rancho de terrón y paja con piso de barro tan duro que se barría con escobas de chirca que fabricaba su madre. El baño quedaba a varios

metros. Al frente estaba el aljibe y un gran ombú donde se acomodaban las artesanías de barro que hacía con sus dos hermanas. El vecino más cercano se llamaba Quevedo, su casa era la más importante y se encontraba hacia la puesta del sol.

Ruta 11 de por medio, la pequeña caravana llegó a Juan Soler, pueblo pequeño y sin plaza que nos acogió en la siesta tranquila del campo. Preguntamos por la escuela y nos indicaron dos posibles. La primera era la Escuela N° 57 de Juan Soler, coqueta, sencilla, blanca con techo de chapa roja que no se parecía en nada a sus recuerdos. La segunda, de ladrillo y muy parecida a la anterior, nos tenía una sorpresa: oculta detrás estaba la escuela antigua, “un único salón alto” coronado con un cartel que la identificaba como la Escuela Rural N° 69 de Laurel inaugurada en 1889, ¡ciento dieciocho años atrás!

Estaba abandonada pero fácilmente identificable como la escuela que buscábamos. Ahora faltaba encontrar la chacra en la que mi abuela había crecido y en la que vivió hasta los seis años. Preguntando, mi tío llegó al vecino más viejo de la zona. Era alambrador. Fue un placer escucharlo ya que había trabajado delimitando las propiedades de la zona desde adolescente, recordaba muchas historias, inclusive a los Quevedo y su casa hacia la que nos orientó. Cruzamos el arroyo Pavón y dejando atrás la ruta 11 entramos por caminos vecinales.

La tarde caía, ya no se distinguía más allá de las porteras y aún no habíamos localizado la chacra de mi abuela. Era hora de retirarnos; con la promesa de volver emprendimos el regreso.

Mi abuela en este viaje recordó muchos momentos de su infancia, y disfrutó compartiéndolos con nosotros. Para ella fue muy importante haberse reencontrado nuevamente con su primera escuela, con el arroyo tan conocido y temido, con ese paisaje de lomas y cardenales que le traían muchos recuerdos.

Lo disfrutamos mucho y volvimos de regreso con un poco más de la historia de la abuela en nuestros corazones.



Mis raíces gallegas

José García López

Probablemente, mi abuelo Francisco López García, para todos conocido como Paco, no sabía que el día que su tío, hermano de su madre, llegaba de visita a su casa desde América vestido con un importante traje, su vida cambiaría. Tal vez no supiera que atravesaría muchos años dotados de espinas para luego alcanzar la prosperidad.

El motivo de la visita del tío al pueblo de Miño, cerca de la ciudad de Coruña, era para hacerle la proposición a su hermana de que su hijo mayor Francisco lo acompañara a América para prosperar, ya que España luego de la Guerra Civil había quedado resentida. Lo invitaba a trabajar con él en su negocio, ya que precisaba una persona de confianza para estar en la caja. Mi bisabuela aceptó, sin saber la evasiva mentira que se ocultaba tras esa promesa.

Una vez en el puerto de Vigo donde abordaría el barco que le hospedaría por dos semanas con destino a Montevideo, mi bisabuela lloraba y maldecía a Cristóbal Colón por haber descubierto las Américas; lo culpaba por la lejanía en la que tendrían que vivir ella y su hijo a partir de ese día.

Ya en el barco se enteró de boca de su tío que debía trabajar dos años para pagarle el boleto del barco y lo que en él comiera, o sea que como decía mi abuelo, no vino al Uruguay teniendo cero, sino mucho menos que cero: ya debía dinero.

Al arribo a Montevideo lo primero fue ubicarlo en una pensión, lo que para un chico de dieciséis años con una vida siempre en fami-

lia fue un duro golpe; lo segundo fue llevarlo al negocio, el importante “Bar Montevideo” ubicado en la principal avenida 18 de Julio frente al diario “El Día”, que en la época era muy famoso ya que era centro de reunión de importantes políticos. Ya allí le indicó “ve al baño y haz todo lo que tengas que hacer porque durante las próximas doce horas no te mueves de la caja”, y así lo cumplía día tras día los 365 días del año, sin descansos ni vacaciones.

Pasados los dos primeros años y saldada su deuda, pudo mejorar su vivienda y pasó de la pensión con habitación compartida a tener una habitación para él solo, la que sentía su palacio y se puso como meta traer a sus hermanos menores, primero a Agustín y luego a Antonio. Por supuesto, él corría con todos los gastos, ya tenía muy claro a quién no se quería parecer.

Con sus hermanos acá, la responsabilidad era muy grande y empezó a acariciar la idea del bar propio. Aunque las personalidades de los tres eran diferentes, el amor fraternal y el conjunto deseo de mejorar su estilo de vida les mantenía unidos y tolerantes entre sí. Fueron aquellos lazos los que los impulsaron hacia algo mejor, algo que les haría encontrar la comodidad y el placer luego de años tan tempestuosos.

Ese gran día llegó y el trío gallego con mi abuelo Paco al mando inauguró el Bar “Logar” frente al cine Metro; uno trabajaba en la mañana, otro la tarde y otro la noche, ya que en esa época los bares abrían de continuo. A éste le siguieron dos bares más en la principal avenida, el “Bar 18 de Julio” y “Bar el Gaucho”. Ahora sí cada uno estaba a cargo de un negocio, aunque éstos pertenecían a los tres. Aquello trajo como consecuencia que la relación entre los hermanos se viese distanciada y obstaculizada. Mientras su situación económica mejoraba, no podía decirse lo mismo sobre la cercanía emocional entre ellos.

Mi abuelo se casó con mi abuela y tuvieron a mi madre y luego a mi tío.

El trío decidió vender los tres bares y luego, cada uno con su parte del dinero, seguiría su propio camino. Siempre con ansias de seguir prosperando, mi abuelo compró una pequeña cervecería en la Plaza Independencia, bajo los arcos de la Pasiva, como así se la

conocía y por su incomparable mostaza. Aún recuerdo sentarme junto a él a saborear esos ricos panchos.

Ya hacía años que se había alejado de estar sentado frente a la caja como se lo habían indicado ese primer día, ahora él ya se había convertido en el señor de importante traje.

Siempre incansable compró el “Chez Piñeiro” en 21 de Setiembre y Ellauri donde estuvo siempre regalándole una sonrisa a sus clientes y amigos hasta que falleció en febrero de 2006.

Gracias a la tenacidad de mi abuelo, cuando hoy entro al “Chez Piñeiro” y me parece verlo en el salón saludando a los clientes, no dejo de pensar “qué grande eres abuelo”.



Mis bisabuelos

Josefina Villarmarzo Grisoni

En el año 1897, en Uruguay, mis bisabuelos Antonio y Juana se conocieron y se enamoraron. Después de un tiempo decidieron casarse.

Antonio era un anarquista radical, por lo tanto no religioso y menos que nada cristiano, y Juana era una cristiana de toda la vida y una persona de mucha fe, ella tenía planeado que su boda fuera por iglesia. Antonio, siguiendo su ideología, se negaba a casarse de esa forma, y Juana no estaba dispuesta a casarse si no era ante los ojos de Dios. Ella le especificó que si no se casaban por iglesia no se casaría; él la amaba, pero le pidió que lo entendiera y que se casaran por otro método, recordándole que nunca entraría a una iglesia. Juana aseguró que no era necesario entrar, que el cura podía ir a su casa a casarlos, y, tras varias discusiones Antonio accedió a casarse en su casa por iglesia.

Más adelante tuvieron su primera hija; Juana, como era lógico requería que ella fuese bautizada, al recibir la negativa por parte de Antonio decidió hacerlo a escondidas. Cuando él se enteró hubo una gran discusión y pelea, en la que, muy enojado, Antonio acordó que ella podría bautizar a todas las hijas mujeres que tuvieran pero que ninguno de sus hijos varones iban a ser bautizados. Juana muy enfadada con él le dijo: “entonces no te daré ningún varón”.

Dicho y hecho, tuvieron siete hijas, todas mujeres, todas fueron bautizadas y todas se llamaron con nombre de flores: Rosa, Azucena, Violeta, Margarita, Diamela, Aroma y Hortensia.



Mi tatarabuela

Josefina Villamarzo Grisoni

Hacia 1840 en una plaza de Asturias, España, a eso de las cinco de la tarde -una hora perfecta, donde no hace ni calor ni frío y es un momento mágico con el anochecer, momento para los enamorados- llegó un lujoso carruaje tirado por dos caballos.

De él bajó mi tatarabuela, una joven de tan sólo quince años, rubia, alta y de ojos celestes bien vestida y arreglada para conocer a quien sería su futuro esposo, tal como sus padres habían arreglado al ser ella una niña.

Seguida de ella bajó su nana, una mujer mayor y con la debida experiencia para estas ocasiones.

En la plaza las esperaban dos jóvenes bien arreglados, uno de ellos era el hijo de la familia Guzmán vestido con un elegante traje y el otro era un sirviente que para no desencajar también estaba bien vestido.

Al ver a los dos jóvenes la nana se acercó al hijo de la familia Guzmán y comenzó a hablarle sobre la señorita Nicolasa, su futura esposa. Mientras Nicolasa, una niña si se hace referencia a su conocimiento en la vida amorosa, al levantar la mirada se enamoró del caballero que tenía delante, sin suponer que éste era el sirviente del que sería su futuro esposo.

Al final de esta historia Nicolasa terminó cumpliendo con su casamiento arreglado, al convertirse en la esposa del señor Guzmán y al ser la madre de sus hijos.

Y este sirviente no significó un simple enamoramiento de

Nicolasa ya que esta historia fue contada de generación en generación hasta llegar a mí.



Liceo Cardona

Juan García González

Eduardo García nació en Cardona donde cursó gran parte del liceo. Cardona era una ciudad relativamente chica.

Ingresó al liceo en el año que comenzó la dictadura, por lo que estuvo varias semanas sin clase luego del 27 de junio del 73. Para él y sus amigos, a esa edad ignorantes, era una fiesta, unas vacaciones extras.

En segundo año, con la dictadura a pleno, cambiaron muchas cosas con respecto a lo que era el liceo antes: uniforme estricto y obligatorio (camisa blanca, pantalón gris, buzo azul escote en V, corbata bordó, zapatos negros, identificación prendida en el pecho, y el pelo corto no podía tocar el cuello de la camisa).

El antiguo director del liceo fue reemplazado por otro más “botón”, éste era resistido por mucha gente del pueblo.

Echaron también a varios docentes que fueron sustituidos por otros que no estaban formados para tal profesión. Esto, sumado a ciertos cambios en los programas, provocó que el nivel en secundaria descendiera bastante.

Agosto de 1974, siete y media de la mañana suena la campanilla del despertador. Muerto de frío, me levanto, me visto rápidamente. Todavía es de noche, voy a la cocina, agarro los fósforos, prendo el primus. Mientras apronto los cuadernos y libros para ese día, voy calentando el café con leche en el jarrito esmaltado, un clásico de la época. Termino de desayunar, me lavo la cara y los dientes, el agua congelada me adormece la piel. Me abrigó, salgo a la oscuridad,

camino hasta el liceo. Cuando voy llegando veo a un grupo de estudiantes haciendo fila para entrar. En la puerta, con cara de mal humor, Castillo, el portero:

-¡Señorita, esa falda está corta y usted sabe que con medias de rombos a colores no puede venir! Hoy pasa, pero la próxima se vuelve para su casa.

Mientras voy avanzando en la fila, me doy cuenta de que mi pelo estaba largo y que iba a ser difícil disimularlo. Con una mano intento acomodarlo para que suba lo más posible por la nuca, con la otra tironeo la camisa hacia abajo intentando que no se toquen.

-García ¿a ver ese pelo?, ponga la cabeza derecha, deje de mirar al piso y suelte esa camisa. Ah no, no. Está demasiado largo, no puedo dejarlo pasar. Para mañana vuelva con el pelo corto.

Acumulando la mayor cantidad posible de puteadas que se venían a mi cabeza, volví cada vez más congelado para mi casa. Al ser Cardona un pueblo chico y lejano a la ciudad de Montevideo, las personas no se daban cuenta de las peores cosas que sucedían por el régimen militar. La vida de los adolescentes en esta ciudad-pueblo, era generalmente asistir a los clubes a reunirse con compañeros. En estos clubes se bailaba, se armaban campeonatos de truco, billar, futbolito, actividades típicas de la época.

Un clásico era el cine, en donde se pasaba tardes enteras, y cada uno se mandaba alguna, bueno, alguna de la época: metían gatos con latas atadas a la cola, tiraban caramelos con hondas, y un montón de cosas más que hacían del cine un verdadero relajajo, de tal manera que se armaban las tales piñatas como te podés imaginar.

Había un grupo de parroquia, donde asistían jóvenes generalmente no creyentes, pero era un espacio para juntarse a armar un picadito de fútbol, fogones y tener actividades mixtas.

A los diecisiete años, este muchacho se va a vivir a Montevideo. Empieza a estudiar Facultad de Medicina y conoce nuevas personas, establece nuevas amistades.

La dictadura proseguía por lo que se vivía todo el tiempo en un clima de represión y vigilancia. Los ciudadanos eran detenidos dia-

riamente en la calle y revisados.

Una noche, alrededor de las doce, volvía caminando por General Flores con mi amigo Álvaro. Como solía pasar, nos detuvo la policía, nos pidió documentos y nos revisó los bolsos.

- ¿A ver ese papel que tiene ahí ?

Mi amigo empezó a desplegar un enorme mapa.

- ¿Qué es esto? Explíqueme - exigió el policía con tono autoritario.

- Un mapa bioquímico en el cual se observan las moléculas de CO₂ de la sustancia X.

Cada vez menos entendía el comisario y sospechando vaya a saber qué, estuvo a punto de llevarnos a la Seccional pero por suerte esa vez zafamos.

Vinieron varios años de represión, movilizaciones y malos momentos, pero también de grandes amistades, causas en común y significativos logros.



Juan García González

Todo comenzó un viernes 7 de enero de 1978, pleno verano, día de sol; mucho, pero mucho calor en Punta Carretas, barrio de Montevideo. Sin exagerar, había como treinta y cinco grados.

Fuimos a la plaza de deportes con todos los gurises del barrio. Antes de entrar, junto al portón de la entrada principal, se encontraba Héctor, el sereno, cuidador y encargado del mantenimiento de la plaza.

- ¿Cómo anda la gurisada? ¿ Se van a poner a pelotear un rato con este calor?

- Sí, usted sabe que a pesar de todo, no dejamos de practicar, para algún día cumplir nuestro sueño, el de obtener un campeonato - afirmó Gastón.

Enseguida nos fuimos para la última cancha, aquella, la más lejana, la que nadie visitaba, la que tenía pasto en todo su terreno, entre arco y arco, líneas y líneas.

- ¡Martín! Dale, ¿en qué estás pensando?, hace cinco minutos que estás parado ahí - me gritó bruno.

- No, en nada - le contesté.

La realidad era que esa cancha con la que fantaseaba, no era la del fondo ni a la que nos dirigíamos, era aquella que la intendencia había hecho, con el fin de hacer un campeonato alguna vez.

Llegamos a la cancha, la de todos los días, la de pedregullo, la

de arcos de madera, la que no tenía redes en los arcos, ni banderines en los córners. Cuando llegamos, nos repartimos para entrar en calor con un partidito. Entre pelota va pelota viene, se nos fue la tarde.

Alrededor de las siete de la tarde, con el sol por ocultarse en mi espalda, llegué a casa, con mucho hambre, preparando mi estómago para tomar una rica y gran merienda.

Luego pensé en tirarme a ver la televisión, así lo hice, pero apenas recosté la cabeza, el sueño me venció y ahí quedé, con los ojos cerrados hasta el otro día.

El día sábado 8 de enero amaneció distinto completamente al anterior. Era un día nublado, el viento soplaba y metía frío en mi cuerpo, así que decidí abrigarme bien e ir por un rato a la computadora.

Sonó el timbre, diez y cuarto de la mañana. Era Martincito mi tocayo que llegaba con una noticia que me cambiaría la vida.

- ¡Martín! ¡Martín!

- ¿Qué pasó tocayo? ¿Por qué esa desesperación?

- Estaba yendo a la panadería de Joselo y me detuve a hablar con Héctor

- ¿Qué Héctor?

- Héctor, el portero de la plaza, y me dio una noticia muy buena

- Dale Martín, hacela rápida que tengo que irme a bañar.

- Bueno, pero agárrate porque lo que vas a oír es lo mejor que hayas oído en tu vida.

Notó que lo miré con cara de “éste esta loco” y afirmó:

- Bueno no sé si en tu vida pero, en el mes sí.

- ¿Qué pasó? ¡Dejá de estirla y contarme de una buena vez qué es lo que está pasando!

- Bueno, como te decía, en la plaza hay un afiche pegado contra la columna que dice **campeonato de fútbol local, todo aquel equipo de la zona que quiera participar llamar al 504 78 82 los lugares son limitados fecha tres de febrero.** ¡NO LO PUEDO CREEERR!

Aún no me había caído la ficha y le respondí:

- ¿Y qué pasa con eso Martín? ¿Me querés dejar bañar? ¿Qué

dijiste? ¿Un campeonato?

- Sí, un campeonato

- ¿De equipos de la zona?

- Sí, de equipos de la zona

- ¿Y nos podemos anotar?

- Sí, ¡nos podemos anotar!

- Bueno, ¡vamos a llamar ahora! Tenemos el equipo confirmado ¿no?

- Sí, falta el golero, podemos poner a Nacho o a Felipe, los dos quieren jugar.

- Bueno, tiramos moneda.

- Salió Felipe como golero.

- 504 78 82, hola ¿con quién hablo?

- Buenas tardes, buen día digo, era para anotarnos en el campeonato. Entonces, ¿sólo tenemos que presentar las cédulas? Bueno, hoy de tarde pasamos por ahí, saludos.

Así fue, nos anotamos y todo salió perfecto. Practicamos muy duro todos los días, el padre de Nacho que estaba en principio enfadado porque su hijo estaría de suplente, de muy buena manera se ofreció para ayudarnos a entrenar.

Así se pasaron los veinte días antes del partido cuando me llega una carta, una carta con el fixture del campeonato. Jugaríamos en la primera fecha, contra un equipo de nuestro liceo. Si perdíamos, quedábamos afuera si ganábamos, pasábamos.

Llegó el día del partido, nadie se lo imaginaba, todos los padres, abuelos, Héctor el portero, todos mirando. Es más, había gente con banderas, era un verdadero espectáculo por lo menos para nosotros.

Pelota en movimiento, como acostumbro a decir yo, la primera pelota que toca Joaquín se escapa por el lateral derecho, levanta un centro para que cabecee Montelongo...

- ¡¡¡GOLLLLLLLLL!!!

Y nos pusimos en ventaja, espectacular, saltábamos de la alegría. Comenzaron a transcurrir los minutos y se nos hacían lentos, muy lentos, mientras que el rival se iba hacia adelante en busca del

empate, nosotros nos quedábamos atrás defendiendo. Así culminó la primera parte. Locos de la vida fuimos a hablar con el viejo de Nacho, quien nos dijo que contragolpeáramos al adversario, que los esperáramos atrás y que cuando se descuidaran atacáramos.

Arrancó el segundo tiempo, nosotros tirados atrás, ellos que comenzaron a atacar. Primera pelota ¡pega en el fierrito! Nos salvó la vida esta vez. Felipe sacó un zapatazo que dejó el balón en cancha rival, venía derecho a mí, la paré de pecho, una bolea inalcanzable para el golero y...

- ¡¡GOLLLLLLLLLL!!

Otra vez la alegría en nuestros rostros, habíamos cerrado el partido. Pitazo final, la locura de todos nosotros y la tristeza de los vencidos, que ya quedaban fuera del campeonato.

Con el tiempo, transcurrieron los demás partidos, que los ganamos a todos por el mínimo, y en muchas circunstancias, los penales, expulsiones incorrectas, en fin, arbitrajes malos nos salvaron la vida, pero eso no nos importaba habíamos llegado a la semi final y enfrentaríamos a un rival que venía invicto, al igual que nosotros.

Llegó el día del partido, el de la semi final, muy pero muy nerviosos entramos en la cancha, más público que se hacía presente en esta ocasión, cualquier tipo de gente era la que se sumaba a ver lo que para nosotros era un espectáculo, llegaban camiones con gente, tambores y gente disfrazada. Por suerte la gran mayoría nos alentaba a nosotros.

El estar bien cerca de la plaza de deportes, lugar donde se disputaban los partidos, provocaba que la mayoría de la gente nos conociera y nos alentara.

Otra vez pelota en movimiento, se la apodera el cuadro rival, quien comenzó con una pared de lado a lado impresionante, que nos dejó la verdad pintados y llega el gol. El gol que nos entristeció a todos. Sabíamos que no podíamos bajearnos, sino lo contrario, debíamos meter y meter más que nunca.

Casi al final del primer tiempo, penal; el querido y esperado por todos los cuadros y equipos del mundo. Sí, penal para nosotros, cambiamos de golero para que entrara Nacho y tuviera la oportuni-

dad de meter un gol, entró muy entusiasmado y despacio pinchó la pelota por arriba del golero para poner el empate en el pitazo final.

Arranca el segundo tiempo, una jugada idéntica a la del primer partido, centro atrás y Montelongo, esta vez con el pie, no con la cabeza, la mandó a guardar, otras vez conseguíamos una victoria sobre la hora, pitazo final.

No lo podíamos creer, ¡acabábamos de pasar a la final! Teníamos el campeonato a un paso nuestro, lo sentíamos, ya lo entrábamos a saborear.

Salimos a festejar en una caravana, caravana de bicicletas, no se piensen que salíamos en autos Mercedes Benz ni BMW.

Nos juntamos en la casa de Gabriel a comer todos juntos y a festejar, sabiendo que la semana siguiente era el partido, el gran partido, mejor dicho, la gran final.

Transcurrió una semana de mucha tensión, nervios, alegrías, y nosotros, que nos hacíamos los jugadores, ya en esta etapa cuidábamos la dieta según el padre de Nacho, no salíamos de noche ni nos acostábamos muy tarde.

- Martín, ¿ vamos a practicar?
- ¿ahora de noche Gabriel? Estás loco.
- Es que... estoy nervioso de perder el partido.
- ¡No importa si lo perdemos! Mirá hasta dónde llegamos Gabi.
- Si, tenés razón, lo mejor en estos caso es tranquilizarse.

Llegó el día de la final, esta vez no había tanta gente, por ahora, porque sabíamos que nuestros seguidores iban a llegar después con tamboriles y lo de siempre, para darle impulso al equipo.

Pitazo del arbitro. Se jugaba un partido muy parejo, muchas faltas, una plancha tremenda de Gabriel, que como me había dicho estaba nervioso, ¡roja directa! Sí, roja directa, quedábamos con diez jugadores, nos fuimos todos arriba del árbitro a protestar.

En ventaja el equipo adversario, que comienza a atacar. Por medio de un zurdazo de su número nueve marcaron el uno a cero.

Comenzaron las discusiones calenturas puteadas y sobre todo: desilusión. Por parte de nosotros y de la gente que miraba de afuera y la que en ese momento estaba entrando.

Comenzamos a sentir el hombre de menos que teníamos dentro del campo de juego.

Otra vez atacando el rival, no había manera de pararlos y el golero, Nacho, que ese día sí estaba en el arco por decisión de Felipe que decía que Nacho se merecía jugar la final

Ataja el pelotazo de afuera del área. Se va la primera parte, estando tanto abajo y con un jugador menos.

Después de las aclaraciones del padre de Nacho, arrancó el segundo tiempo. Comenzamos a parar un poco más al equipo adversario.

Ya pasando la media hora de juego del segundo tiempo, nos atacaban muy fuerte, habían dejado sólo a dos jugadores atrás, practicaban un juego muy ofensivo, lo contrario al nuestro que estábamos asustados acorralados atrás. Un delantero flaquito, que corría como *la grampa de la puerta*, se entreveró al borde de nuestra área y caí al piso, por lo que perdí la pelota, la recuperó Brunito, quien corriendo como nunca en su vida, eludió a los dos defensas y la metió ahí en el medio del arco donde cuelgan las toallas los goleros de primera división.

- GOLLLLLLLLLLLLLLLLL!!!

El más festejado, el que trajo más alegría. Ni te imaginas la que se armó, el gordito, el golero que atajaba en el cuadro rival, fue y le rompió la boca al flaquito que se había enredado y había perdido la pelota, lo echaron y quedamos en igualdad de jugadores.

Sacaron de medio campo ellos como correspondía, y la pelota se les va para el lateral de los nervios y la bronca. Nosotros seguimos las instrucciones del viejo de Nacho y nos hicimos los sotas, ninguno fue a sacar el lateral.

Ya iban cuarenta minutos del segundo tiempo, el juez que empezó a desesperar, no sabía qué hacer, nunca había tenido un caso así, comenzó a decir:

- ¡Vamos gurises! ¡Vamos que se nos va el partido!

Nosotros quietos duros. El juez como loco. Empezó a sacar amarillas pero no sabía a quién y el árbitro de línea que le decía que

no era así; comenzaron a discutir entre ellos y el tiempo que seguía pasando. En resumen, un despelote, nosotros tentados de la risa más que nada por los nervios de ir empatando. “¿El padre de Nacho no nos estaría haciendo perder el campeonato?”, era la pregunta que nos hacíamos.

Teníamos la mitad del cuadro con amarilla, el juez sacaba tarjetas por cualquier cosa.

Aparte nosotros para disimular hacíamos que nos atábamos los cordones, uno sacó un peine y se puso a peinar, Gastón se puso a inflar globos, otros que decían:

- ¡ah!, soy yo que tengo que sacar.

Y amagaba que iba y después decía:

- ah no, mejor no saco nada.

La calentura de los rivales fue tanta, que le comenzaron a tirar piedras al juez y a nosotros que le dábamos más color, haciendo como que aquello que hacían los adversarios era un disparate, que cómo iban a hacer eso. Se metió gente de la tribuna se armó una de aquéllas, y el partido que se iba de las manos del juez y de todos.

Se decidió dejar en pausa al partido por un fin de semana, mientras que los jueces resolvían qué iban hacer y en tanto se calmaba un poco el tema.

Hasta que llegó un comunicado, que decía:

Felicitaciones, son los CAMPEONES. Por la falta de respeto del cuadro rival, por los insultos, golpes y proyectiles que se arrojaban a la cancha.

No podíamos creer pensábamos que era joda, saltábamos por los sillones, se nos acababa de cumplir nuestro sueño. Nos tirábamos agua, comida, de todo, éramos campeones y recibiríamos un pase para un campeonato interdepartamental.

Así fueron los días siguientes, la felicidad bajaba poco a poco o era que ya no se notaba tanto.

Esperando que llegara el campeonato interdepartamental, esta historia se va terminando, y así fue como de tan poco que éramos,

de esas prácticas en verano con pleno sol y a mucho sudor, salió su fruto que valió la pena.



Reuniones de familia

Juan Pablo Acevedo Martínez

Los padres y abuelos de mi abuela eran italianos. Llegaron al Uruguay en 1936. Primero llegaron los abuelos y luego hicieron venir al resto de la familia. Venían a instalar fábricas textiles. Su abuelo materno había sido primeramente contratado para ir a Chile, pero un terremoto destruyó el edificio de la fábrica en la cual iba a instalar máquinas industriales textiles, y a raíz de eso su destino fue Uruguay.

Después de instalar maquinaria en una fábrica textil en Montevideo, sus años restantes de trabajo los realizó en la “Papelería P.A.M.E.R.”, en la ciudad de Mercedes.

Ella se acuerda de las reuniones en familia con amigos italianos. Durante esos encuentros se hablaba de Italia, “la patria lejana” como ellos solían llamarla. La conversación siempre tocaba temas de guerra, las necesidades que padecían, los peligros que tenían que enfrentar. Recuerda dos o tres situaciones que quedaron en su memoria y no se borraron ni se borrarán jamás. Los días que atacaban con bombas las ciudades donde vivían sus padres y abuelos. Eran las ciudades de Schio y Bassano. En esos días, cuando sonaban las sirenas de la ciudad, todos sabían que tenían que correr al refugio, y si era de noche, salían con la ropa de cama, un abrigo y corrían a refugiarse.

También dice que, siendo ella adulta, su abuela le contó que una noche estando sola con sus tres hijas entró a su casa un oficial alemán que la quería violar. Su abuela se defendió y le tiró con una

plancha de hierro. El oficial enojado le dijo: “no te mato porque tienes tres hijas”, y se retiró de la casa.

Muchas otras historias compartían los amigos italianos acompañándose en los sentimientos que guardaban de la querida Italia. Las reuniones casi siempre daban lugar a cantos italianos y sus comidas eran también continuación de las viejas costumbres.

Solían concurrir al “Coro Guarda e Passa”, y a fiestas italianas. Se apoyaban, se divertían dentro de ese microclima.

Habla también de las nostalgias de sus padres y tíos por su país natal durante los primeros años de estadía en Uruguay. Sin embargo, dice que poco a poco fueron habituándose a este país, hasta aprender a quererlo.

Fruto de esas reuniones fueron los casamientos. De allí surgió la familia de mi abuela: dos hermanas casadas con dos hermanos.

Su madre siempre decía en sus reflexiones, fruto de su experiencia como inmigrante: “piensen detenidamente antes de decidir emprender partida hacia otra tierra”.



Un antepasado

Juan Pablo Kosec Milán

El padre de mi abuelo se llamaba José María Milán, nacido en Paysandú en 1907. Sólo había cursado la primaria.

Ya de mayor trabajaba criando ovejas, era el encargado de alimentarlas bien, mejorando los campos y siempre tenía que ver el estado de los animales cuidándolos de las enfermedades.

También criaba caballos de carrera, esto le llevaba mucho trabajo ya que tenía que criarlos bien para lograr buenas ganancias y poder tener una vida favorable. Además debía cuidar de que los animales no sufrieran fracturas ya que de ser así debían matarlos; a los caballos los traía para Montevideo, para su venta.

José era una persona sumamente responsable para esta serie de trabajos que necesitaban de mucha paciencia y también de habilidad. Llegó a casarse y tuvo nueve hijos, por eso se tuvo que mudar ya que donde vivía no había lugar para todos, entonces arrendó un establecimiento donde empezó a criar vacas, éstas eran engordadas para poder llevarlas a Montevideo y rematarlas.

Paysandú tiene una ubicación privilegiada ya que por sus condiciones climáticas, con costas sobre el río Uruguay, permiten un muy buen desarrollo de los campos y esto lleva a tener buen ganado, también es centro de una zona clave con comunicaciones que lo vinculan con todo el país y Latinoamérica.

Era muy dedicado a su trabajo, amaba lo que hacía, ya que no había ningún día de la semana que descansara, porque debía ganarse la vida para criar a sus hijos.

El 8 de noviembre de 1930, fue habilitado el servicio de agua potable, realizándose un total de catorce conexiones. El mismo se inició con un pozo semisurgente, esto llevó a mejorar las crías que él producía ya que podía criarlas con una mejor alimentación debido al agua potable. A la edad de sesenta y seis años, José María Milán falleció y heredó todas estas cosas a sus hijos que siguieron con el negocio.

Hoy en día el negocio no existe más, debido a que los hijos no se interesaron mucho en el tema.



Un domingo en el barrio Porvenir

Lorena Romero Morisio

Esto sucedió hace un tiempo, once años exactamente, cuando mis abuelos aún vivían en Montevideo en el barrio Porvenir.

Recuerdo cuando esperaba con ansiedad a que llegara el fin de semana para poder ir a quedarme a dormir con ellos en aquella casa. Era costumbre juntarnos a almorzar en familia todos los domingos y cocinar dos o tres comidas diferentes. Lo que nunca faltaba como primer plato era la pasta casera que amasaba mi abuela con su respectiva salsa.

Luego de la sobremesa, mi abuelo solía ir a dormir la siesta, porque por las noches trabajaba como sereno en un laboratorio, pero el resto de la familia ayudaba en las tareas de la cocina.

Uno de esos tantos domingos mientras mi abuelo descansaba, escuché un sonido fuerte que venía de la habitación en donde se encontraba. Era tanta mi curiosidad que decidí acercarme a escuchar. Lentamente abrí la puerta y fui hacia la cama donde estaba durmiendo boca arriba. Allí me di cuenta de que ese sonido salía de su boca y que al producirlo sus bigotes se movían. Tanto llamó aquello mi atención que le agarré los bigotes y pegué un tirón. Tan grande fue el salto y el grito que pegó mi abuelo, que se vinieron todos corriendo de la cocina para ver que le había pasado.

Del susto que tenía me puse a llorar y salí corriendo a esconderme detrás de un árbol que se encontraba en frente de la casa.

Cuando supieron lo que realmente había sucedido, terminaron todos muriéndose de la risa.



Una historia de familia

Lucía Agustina Machado Lategui

Un día como tantos otros fui a visitar a mi tía abuela Elsa Lategui, que hoy tiene ochenta y tres años y vive en el Cerrito de la Victoria, a media cuadra del Santuario.

Es un placer escuchar sus historias familiares y de nuestros antepasados inmigrantes.

Cuenta la tía Elsa que allá por 1915 vino su madre María Luisa García desde España, acompañada de su hermana Florinda y dos de sus doce hermanos: Alonso y Constante. Previamente se había venido otra hermana, la tía Lola, que ya se había casado, y llegó aquí en 1913.

Su familia era originaria del Consejo de San Juan Real de Campos de Cazo, en Asturias, cuyo padre era el Alcalde. El Consejo reunía cuatro pueblos, donde resolvían los problemas de las comunidades, por ello a pesar de ser pequeños reunían importancia política, y San Juan Real era el más importante. En el salón del Consejo había una biblioteca que contaba con todas las leyes de España, y la tía Carmen, otra de las hermanas, ya las sabía todas con pocos años de edad.

La familia tenía algunas propiedades y campos en la zona, pero se vinieron a América porque eran muchos hermanos, las mujeres no acostumbraban a trabajar y sufrían la inestabilidad de la guerra.

El viaje en barco duraba como un mes y medio, y era el único medio de transporte que los traía a América. Viajaban en tercera o cuarta categoría ya que los pasajes eran muy costosos. Durante ese

viaje, Alonso y Constante quienes eran adictos al juego, no pudieron resistir la tentación, abrieron por el fondo el baúl donde traían todas las cosas y le sacaron las pesetas que les había dado su padre para mantenerse mientras se instalaban, y las perdieron en el juego.

Si bien ellos llegaron como inmigrantes, tuvieron la posibilidad de elegir el trabajo, dado que se quedaban en lo de su hermana, la tía Lola, que ya estaba establecida desde hacía algunos años y vivía bien, en una casa del Cordón.

Mi bisabuela Luisa, como muchas españolas, comenzó trabajando de mucama en una familia y después pasó a ser cocinera en lo de un importante ingeniero catalán, donde trabajó hasta que se casó en 1923 con mi bisabuelo Martín Lategui Lacunza que era oriundo de Navarra, en el País Vasco.

Ellos tuvieron cuatro hijos, Elsa, quien nos contó estas historias, María Luisa, Luis Alberto y el más chico era Martín Horacio Lategui García, mi abuelo.



Mi tía abuela fue una monja

Lucía Agustina Machado Lategui

La tía menor de mi abuelo, llamada María del Olvido, vino a Uruguay huyendo de la Guerra Civil Española. Llegó aquí junto a diez hermanos, después ella se fue a la Argentina y terminó siendo monja.

Cuando regresó a Uruguay se internó en el convento San José ubicado en la calle Benito Blanco.

Cuenta María del Olvido:

Mientras yo estaba allí internada, mi sobrina preferida estaba enferma muy grave. De esto yo no sabía nada. Cuando me enteré mediante una carta enviada por mi familia me puse muy mal y fui llorando a pedirle a la madre superiora que me permitiera ir a verla, y ella me sorprendió diciendo: “no sé por qué lloras tanto si ya está muerta”.

En ese momento decidí abandonar el convento; entonces acordé con una familia amiga que me esperara en la puerta de la capilla ya que era el único lugar al que podía ir fuera del convento. Pedí a la madre que me permitiera ir a rezar y allí me estaban esperando en un auto, me subí y escapé desapercibida.

Luego de unos días envié los hábitos en un paquete con un mensajero junto a una carta anónima. Cómo habrá sido la carta que cuando la monja recibió el paquete se cayó al piso desmayada.



Lucía Kapcprzyński Pérez

Mi bisabuelo Esteban era un ciudadano común y corriente, un hombre de familia. Vivía en Polonia con sus dos hijos y su esposa. Les gustaba su país y no tenían intención alguna de emigrar de allí. Así fue, hasta que en Polonia comenzaron momentos difíciles. Por el año 1940, las personas comenzaron a vivir con miedo.

Esteban era de sangre polaca y no era judío, podía andar por la calle sin problema. Era un hombre que disfrutaba tanto su hogar como su trabajo y amistades. Tenía la costumbre de reunirse con compañeros de trabajo dos veces a la semana, después de la jornada, en un café de la zona para distraerse. Eran un grupo bastante grande, con muchas diferencias, tanto políticas como religiosas, pero esto no era un obstáculo para pasar buenos momentos.

Con el tiempo estos encuentros fueron disminuyendo, cada vez eran menos las personas disponibles. Esteban cada vez que escuchaba que uno de sus compañeros había sido transferido se llenaba de un sentimiento de angustia e impotencia, ya que sabía que no volvería a sentir de él jamás.

Cuando la situación se volvió transparente, al punto de que al salir a dar un paseo se veía cómo maltrataban y se llevaban a personas inocentes, Esteban no pudo seguir. Él sabía que era injusto y no pensaba ignorar la situación y el destino del lugar donde creció.

Así empezó refugiando judíos, ayudándolos y escondiéndolos. Él sabía que ponía en riesgo su vida tanto como la de su familia, pero era cauteloso colaborando con la resistencia. Salvó muchas

vidas, pero con el tiempo la situación empeoraba, los riesgos eran mayores y la cantidad de judíos refugiados era cada vez más grande. Esteban seguía con su trabajo y nunca dudó de su máxima prioridad: su familia.

Un día, volviendo a su casa del trabajo, se encontró con uno de sus compañeros con los que había compartido infinitas reuniones, éste le pidió para ir al café ya que tenía que hablar un tema urgente con él. Al llegar al café Esteban percibió el nerviosismo y tensión de su amigo, y desde allí empezó a sospechar lo que podría estar sucediendo. Al escuchar la peor noticia que podrían darle, le confesó que sabría que llegaría el momento. Sabía que corría riesgos, y que la probabilidad de que lo descubrieran refugiando personas era muy alta. De todas formas le agradeció la advertencia y esa fue la última vez que Esteban vio a su amigo.

Al hablarlo con su familia se dio cuenta, como otras tantas personas, que la mejor solución sería escapar, no quería vivir y criar a sus hijos con tanta violencia, miedo y en medio de personas que morían de una forma tan injusta.

Decidieron emigrar a América Latina, lo que realmente les importaba era que hubiese paz. No tenían un rumbo fijo; en el barco iban muchísimas personas, todas amontonadas; Esteban y su familia nunca se separaron, estuvieron todo el viaje sentados en el suelo abrazados a su equipaje, que era muy poco. El barco hizo varias paradas, pero Esteban optó por Uruguay dada la recomendación del ayudante del capitán, quien le había comentado que era un país bastante chico pero con paz y trabajo.

Al llegar a Uruguay no fueron fáciles los primeros momentos, pero el hecho de que hubiera paz predominaba ante todo. Eran muy pobres pero felices. Tuvieron ciertas dificultades con respecto al idioma, de todas maneras había un club polaco donde tanto los niños como los mayores iban con frecuencia, en donde mantenían el espíritu nacional vivo.



Una historia oculta

Magdalena Piacenza García

Todo sucedió hace mucho tiempo en un pequeño pueblo de Salto, en el que vivía una mujer de treinta y cinco años llamada Libaibadiva a la que todos llamaban cariñosamente “Baba”.

Fue en ese mismo departamento, donde esa mujer encontró al amor de su vida. Un hombre alto, canoso y algo mayor que ella, más o menos de unos cuarenta y cinco años. Este hombre, llamado Jorge, vivía en Montevideo, pero adoraba el campo, la caza y la pesca. Toda su familia tenía campo en Salto y fue así como en una estadía de tres semanas conoció el amor.

Su primer encuentro fue en un baile organizado por los vecinos para recaudar fondos, ahí fueron presentados por Lola, una vecina gordita, un poco chusma que siempre estaba armando parejas y que según dicen, hacía las mejores tortas fritas del mundo.

Luego de esa noche siguieron viéndose a diario, pero el final de la estadía de Jorge pronto llegaría, y ya no se verían por algún tiempo. Fue entonces cuando vieron que no soportarían estar lejos uno del otro tanto tiempo y decidieron casarse.

Se casaron en una bonita Iglesia de Salto y fueron a vivir a Montevideo, donde tuvieron a sus cinco hijos, entre ellos a mi padre. Esos hijos crecieron y formaron sus propias familias. Estuvieron sin conocer la verdadera historia de su madre, ellos nunca conocieron otra familia que la paterna, hasta que Claudio, uno de sus hijos -mi padre- tuvo a los mellizos -mi hermano y yo-.

Con el tiempo Claudio y su esposa debieron retomar el trabajo,

por lo que decidieron dejar a los mellizos con María, una empleada que los cuidaba.

Con el paso del tiempo se dieron cuenta de que María era más que una simple empleada, ella estaba casada con un sobrino de la hermana de “Baba”, del cual nadie tenía idea de que existía.

Fue así como todos conocieron a la familia de la abuela, que se ocultaba por ser humilde.

Pero la verdadera historia de la abuela continúa siendo un misterio para esta familia, ya que ella nunca quiso aclarar su historia.



Un viaje no realizado

Magdalena Piacenza García

Siendo un adolescente, a mi padre se le presentó una oportunidad única e imperdible para todo joven de su edad. Sentía que debía aprovecharla, una oportunidad de esas no se presenta todos los días.

Cuenta que nunca olvidará ese día en que sus amigos lo invitaron a realizar un viaje. Todos esperaban ansiosos a que llegara el momento, pero a mi padre se le presentó un problema, sus notas en el colegio no eran muy buenas, y eso le preocupaba, ya que el viaje se acercaba y su madre era muy estricta. Él no sabía si iría o no, aunque lo deseaba muchísimo como todos sus amigos.

Llegó octubre y con él el carné, las notas definitivamente no eran buenas. Y por más que ir a este viaje era lo que más deseaba, su madre no se lo permitió, ella al ser muy estricta no toleraba ese tipo de notas y actitudes. En ese momento mi padre se sentía destruido, todos sus amigos viajarían y él no podría; sentía que su sueño se había desmoronado.

Recuerda haberle dicho a su madre que nunca la perdonaría, a lo que su madre -mi abuela- respondió al igual que todas las madres: “ya me lo agradecerás” creyendo que nunca lo haría; mi padre debió aceptar así que no viajaría.

Llegó el día del viaje rumbo a Chile, día en el que él daría su examen de dibujo, obviamente antes de eso fue al aeropuerto y despidió a sus amigos. Dio el examen y luego fue al campo con su familia como hacían todos los años, como no podía ser de otra manera. Al llegar del campo recibió la peor noticia de toda su vida, el

avión en el que viajaban sus amigos se había caído y estaban extraviados desde entonces.

Durante días los buscaron sin obtener resultados, ya los daban por muertos, mi padre se sentía destruido, todos sus amigos habían muerto en un viaje al que había deseado ir con tanto entusiasmo.

Cuando se había resignado a perderlos, habiendo transcurrido ya setenta y dos días, sucedió algo increíble: un milagro, sus amigos habían aparecido. Fue increíble la forma en que estos muchachos lograron sobrevivir.

Luego de esta horrible experiencia los jóvenes regresaron a Uruguay, aunque no fueron todos los que llegaron, el mejor amigo de mi padre, Alex, no regresó.

Fueron tiempos muy feos para aquellos jóvenes, pero luego de un tiempo el dolor fue pasando.

Finalmente mi padre agradeció a mi abuela por no haber permitido que él realizara el viaje.

Hasta el día de hoy mi padre sigue compartiendo asados con sus amigos, ellos nunca olvidarán a los compañeros que faltan, ni los momentos que debieron pasar.



Mi abuelo Roberto

María Eugenia Flores Valli

Mi abuelo Roberto, padre de mi madre, era un hombre sencillo, lo que no significaba que careciera de gustos refinados, “mi gusto es muy sencillo” afirmaba siempre, sentado frente al hogar encendido con un vaso de whisky en su mano derecha, “sólo prefiero lo mejor”.

Hace poco descubrí que la frase que repetía mi abuelo en realidad era de Oscar Wilde y ciertamente reflejaba su pasión por la vida, la buena vida, y su rechazo por el trabajo y las complicaciones. Su vida fue larga, falleció a los ochenta y cinco años de edad, y de esto hace ya diez años. Mis recuerdos de sus anécdotas están enriquecidos por los cuentos siempre presentes en las reuniones familiares. Mis padres, mis hermanos mayores y mis tíos lo recuerdan siempre que hay algo para celebrar.

Resulta difícil limitarme a elegir una sola anécdota, pero en el esfuerzo regresa jovial, delgado, calvo e impecablemente vestido. Igual que en una de las fotografías que mi madre guarda con singular celo, en la que en una tarde en Maroñas recién inaugurado, en su cuello cuelgan los prismáticos que le asignaban categoría de entendido en la materia, y en la que está rodeado por sus amigos de siempre.

Roberto se casó con mi abuela a punto de cumplir sus cincuenta años. El amor siempre fue un motor en su vida, pero el compromiso fue postergado hasta tanto no hubo mas remedio. La tarde de la fotografía fue una tarde muy especial. Diego me cuenta que era tarde y el abuelo Roberto estaba celebrando con sus amigos el com-

promiso con mi abuela. Los festejos duraron una semana. Comenzaron aquel domingo al medio día almorzando en el hipódromo. La comida se abrió con vitel-toné, siguió con pato a la naranja y evitó el postre, todo regado con whisky. Luego a la pista, con boletos que caían en el piso entre risas y carcajadas, hasta que sobre las cinco de la tarde en la ante última carrera, la suerte, esquivada hasta entonces, le regaló el premio setenta y cinco pesos, que mi padre asegura que en el año 50 eran una fortuna.

Decidieron la prolongación de los festejos "... que uno se casa una sola vez en la vida..." cuentan los amigos que repitieron durante una semana ante cada brindis, que también aseguran se repetían no menos de una vez por hora. A la noche, el mismo domingo, la cena los llevó hasta el restaurante "El Águila"; a los postres y bebiendo cognac, conoció a un hombre también en tren de festejo que enterado del motivo de la celebración se incorporó a la banda.

El lunes a la tarde en un apartamento del centro donde estaba instalado, el nuevo amigo, mientras preparaba el mate, le propuso a mi abuelo un regalo muy especial, le vendió en una suma ínfima el boleto de reserva para la instalación de un quiosco en una zona nueva que apenas en un año se anexaría el centro de Montevideo. Cuentan los amigos que el abuelo Roberto compró el boleto, sin mayor entusiasmo y durante tres meses se olvidó de él. Para ese entonces, recientemente casado, lo encontró de casualidad en los bolsillos de un saco. El boleto en cuestión le permitía explotar por cincuenta años la esquina que forman la avenida 18 de julio y Ejido. En esa manzana se estaba construyendo el Palacio Municipal donde funcionarían las oficinas administrativas y recaudadoras de la Intendencia. El escándalo de la obra de construcción y la perspectiva de tener que trabajar todos los días lo desanimó y optó por regalárselo a un amigo con ganas de trabajar. El amigo amasó una fortuna en apenas diez años.

El abuelo siempre decía: "*cuando tengo ganas de trabajar me quedo quieto esperando que se me pasen*".



Mis padres

María Inés Pasarón Graña

La historia se desenvuelve en el año 1970, en la ciudad de Montevideo. En aquel año mis padres se conocieron y luego de muchos obstáculos pudieron iniciar una relación.

Mis padres vivían a una cuadra, por lo tanto se cruzaban diariamente pero no se animaban a hablarse porque a mi abuelo por parte de madre, sólo le gustaba que su hija estudiara y no que anduviera con “*dragoncitos*”.

A mi padre se le ocurrió, para poder acercarse a mi mamá, hacer un comité de vecinos, el cual era sólo una excusa para tocar la puerta en la casa de mi abuelo y con esto ver a mi madre. Estuvieron varias horas charlando sobre muchas cosas que nada tenían que ver con el comité, incluso mi abuelo ya se había dado cuenta de la situación, y al saber que mi padre no tenía conocimientos de campo, lo invitó a cazar para reírse de él.

Fueron a cazar y mi papá fingía que sabía todo sobre campo y de animales con el fin de caerle bien al futuro suegro y poder conquistar a mi madre, pero de lo que no se daba cuenta era de que mi abuelo se quería burlar de él, y fue por eso que le gritó:

-¡Arriba del árbol hay una liebre!

Y mi padre disparó creyendo que en los árboles andan liebres, ¡qué ingenuo! Al volver del campo papá busco mil formas de agradecerle al abuelo, hasta que fue directo al grano después de haber conocido bien a mamá, y le pidió a mi abuelo la mano de su hija.

Hoy en día ya hace veintiséis años que están casados.



El Redueyo

Martín Pessano Martínez

Esta historia habla del carnaval en el Uruguay en la década de los 50, cómo se vivía, qué cosas se hacían.

El carnaval era una gran fiesta; según lo contado por mis abuelas se colocaban grandes estructuras que aparecían como pasacalles y en las mismas había una cantidad enorme de lamparitas con las que se formaban figuras de carnaval, como podía ser un hombre tocando el tambor; además éstas otorgaban una gran luminosidad principalmente sobre la calle 18 de Julio.

Los distintos corsos recorrían varios barrios de Montevideo con sus carros que se caracterizaban por ser muy coloridos.

Dentro de estas competencias existió un hecho muy peculiar ya que uno de los carros llamado “*El Chaná*” ganaba todas las competencias, y debido a esto, el mismo fue descalificado.

En las casas particulares esta fiesta era vivida en forma muy distinta a como ahora se hace. Para situarnos geográficamente, la fuente proviene del barrio Palermo, de una calle llamada Redueyo la que tenía únicamente una cuadra de longitud. Todos los habitantes de la misma se disfrazaban, adornaban sus balcones, colocaban luces de calle a calle, se tiraban papelitos y serpentinatas, colocaban música en los tocadiscos con la que bailaban hasta largas horas de la noche.

O sea, existía una amistad entre todos los habitantes de esa cuadra.

Muchas veces en algunas casas se realizaban fiestas, sacaban

todos los muebles de una determinada habitación y allí se juntaban la familia y sus amistades, y allí los pebetitos eran lo común a la hora de comer algo.

Hacían juegos con los que se entregaban premios, y para participar se debía tener una máscara, la que no permitía que se le viera la cara a los participantes, generando así una mayor intriga.

Mientras que por el día los niños jugaban con agua, muchas veces subían a las azoteas de sus casas y desde allí tiraban baldazos de agua. Esto lo hacían únicamente en su cuadra debido a que sus padres no les permitían ir más allá.



Una de las tantas de René

Martín Rochinotti Echande

La anécdota se desarrolló en un pueblo del interior llamado Ismael Cortinas ubicado actualmente en el departamento de Flores. En el año 1935 pertenecía a cuatro departamentos: Colonia, Flores, San José y Soriano, por lo tanto ocurrían cosas muy curiosas; por ejemplo, la familia de mi abuela vivía en el departamento de San José pero cruzaban la ruta para concurrir a la escuela ubicada en el departamento de Colonia.

A aquella escuelita muy humilde concurría René, un niño de nueve años. Un día la maestra al ver que se estaba portando mal, le advirtió que si volvía a interrumpir la clase lo iba a mandar a la dirección y debería hacer un trabajo solo.

René continuó haciendo bromas y distraendo a sus compañeros sin hacer caso de la advertencia de la maestra. Entonces, ya enojada, lo llevó a la dirección que servía de dormitorio de la maestra directora -ya que la escuelita se constituía en parte de la casa- y allí lo encerró.

René aburrido, solo y sin ganas de trabajar vio que había una canasta con tortas fritas. Como era muy pillo, sin dudarle se las comió todas y ya con su pancita llena se acostó en la cama de la habitación.

Como todas, aquellas tortas fritas -hechas de harina, agua y sal, formando una masa que estirada a palote de madera se le da una forma redonda con un agujero en el medio, para finalmente fritarlas en una sartén con grasa vacuna bien caliente- estaban recién prepa-

radas y por lo tanto, deliciosas.

Al terminar el horario de clase la maestra fue a ver como había hecho el trabajo y al abrir la puerta se encontró con la canasta de tortas fritas vacía al lado de la cama y a René durmiendo muy plácidamente. Ante esta situación la directora sonrió, lo despertó y se dio cuenta de que, más que penitencia había sido un descanso para René.

René hoy tiene ochenta y dos años, nueve hijos, veinticuatro nietos y once bisnietos; le siguen encantando las tortas fritas y a todos ellos les cuenta esta historia.



Una receta peligrosa

Martín Steglich Crosa

Era un verano como todos para mi padre y su familia en su casa de Punta del Este. Iban a la playa todos los días; en la mañana y en la tarde, comían asado, y hacían todas las cosas propias de un verano. Mi padre, un niño en ese entonces, jugaba con uno de sus hermanos y hacían varias picardías. Pero un día, ese verano cambió por completo para mi padre y su hermano.

Ese día mientras sus padres dormían la siesta, ellos fueron al bosque que estaba junto a su casa a jugar a algo poco común: poner fósforos encendidos dentro de una botella. Reían y se divertían mucho, sin tener conciencia de lo que esto podía ocasionar. Así pasó un rato, cada vez, fueron tirándolos desde más arriba, y en mayor cantidad, al principio de a uno, luego de a dos y así sucesivamente. Hasta que un error en la puntería del hermano de mi padre ocasionó un incendio en el bosque. Salieron corriendo como niños en peligro. Los padres se dieron cuenta del incendio y llamaron enseguida a los bomberos. El fuego fue muy difícil de combatir. Mi padre desapareció, mis abuelos lo buscaron desesperadamente, sólo estaba mi tío viendo cómo su juego había causado un desastre pero mi padre seguía sin aparecer. Al rato apareció somnoliento, escondido debajo de la cama, se había quedado dormido.

Su padre los rezongó y les puso una penitencia. Pero, a los dos días de estar sin salir de la casa, les dio una propuesta; les dijo: “ya que les gusta prender fuego, yo les saco la penitencia con la condición de que ustedes dos hagan el asado para todos por toda la sema-

na”. Los dos niños aceptaron la propuesta ya que pensaron que hacer un asado no iba a ser muy complicado, y además tenían ganas de ir a jugar a la pelota con el resto de sus hermanos a la playa.

Su padre por supuesto les iba a enseñar a realizarlo; entonces, les dijo que lo primero que tenían que hacer era preparar el fuego, cosa que ellos sabían muy bien, tuvieron que ir a buscar leña y piñas y comenzaron. Una vez que tenían brasas, las distribuyeron por debajo de la parilla, como les había indicado su padre. Y al calentarse el hierro, removieron la grasa de asados anteriores con un papel de diario. Luego de limpiar la parrilla colocaron la carne, ésta la debían colocar con la cara más grasosa mirando hacia las brasas, para así obtener una mejor cocción. Mientras esperaban que se terminara de asar la carne, mi abuela les enseñó a hacer el chimichurri. Les dijo que se realizaba con vinagre y aceite agregándole ajo, pimentón, cebollas, orégano y adobo. También tuvieron que preparar la ensalada con la que iban a acompañar el asado, ésta era de lechuga, tomate, cebolla y huevos duros, condimentada con aceite y vinagre.

El asado se terminó de hacer, y mientras sus padres y todos sus hermanos esperaban sentados en la mesa con ansias el primer asado de los dos hombres más chicos de la casa, éstos sacaban el asado de la parrilla, un poco quemado por cierto.

Lo primero que les dijeron sus hermanos molestándolos fue que estaba quemado, pero no les importó, ya que tenían mucha hambre. Luego de comer el asado, mi padre y su hermano fueron a la playa con toda su familia y jugaron a la pelota con sus hermanos como ellos querían.

Es así como mi padre aprendió a hacer un asado, la típica comida uruguaya, y es quien ahora realiza el asado todos los fines de semana, fiestas y reuniones familiares y de amigos.

Ya no se le quema, sino que lo saca crudo, o como dice él “jugoso”; sus hermanos lo siguen molestando, pero ahora se suman sus hijos y su suegra.



De la oreja al corazón

Martina González Bottino

Todas las personas tienen una historia, algunas nos conmueven o nos dejan enseñanzas por más que no sean reconocidas públicamente.

Finalizando el siglo XIX, en otro Uruguay y en otro Montevideo, hija de anarquistas italianos, nacía en la Ciudad Vieja mi bisabuela Anunciata quien iba a tener una vida muy larga, llena de amor, reconocimientos, sacrificios y adversidades.

Apenas finalizada la primaria y entrando a la adolescencia, contrajo matrimonio y formó una gran familia: tuvo once hijos.

En uno de los partos quedó sorda y luego enviudó con menos de cuarenta años.

A pesar de eso sacó adelante a sus hijos trabajando como lavandera, de sol a sol, sin descanso; les pudo dar comida, salud, educación a todos, pero lo más importante que les dejó fue un ejemplo de vida, de la que cada uno de sus once hijos se sintió siempre orgulloso por tener una madre ejemplar.

La vida le regaló más de cincuenta nietos y bisnietos, a los que tuvo la dicha de conocer, incluida la narradora de esta Gran Historia de Vida y Amor, quien se enorgullece de tener sangre “Anunciata”.

Sorda se quedó y aprendió a leer en los gestos, los labios y en la mirada lo que cada persona le comunicaba, y a pesar de su discapacidad siempre estuvo en sintonía con el mundo, su pequeño gran mundo que la rodeaba.

Siendo mi madre una lactante tierna de pocos meses, mi abuela

“María” le pidió que se quedara unas horas cuidándola mientras concurría el médico. Al volver la situación era insostenible: vecinos tocando timbre en la casa y mi madre gritando y llorando hasta levantar los techos, frente a lo que Anunciata con un aire angelical, le respondió a mi abuela “se portó divino, ni chistó”.

Todo lo que le faltó a mi bisabuela de audición le sobró de corazón y tesón para afrontar la adversidad, el viento en contra, y el partido en desventaja.

Murió a los noventa y tres años, como vulgarmente se dice de “vieja”, después de haber pasado por esta vida no en vano ni desapercibida y cuando ya había dado todo lo que uno puede dar, se fue a descansar, sin lugar a dudas en donde descansan las BUENAS y GRANDES PERSONAS de esta tierra.

Yo sé que la vida tiene millones de historias como éstas, pequeñas, menores para muchos, porque no llegan a los informativos, a la narrativa, o sea no son exitosas ni famosas, pero son de una grandeza tal, que me hacen sentir orgullosa de ellas y de mi país por permitir superar contrariedades, y sin lugar a dudas por haber recibido manos solidarias para salir del pozo.

Y que muchas Anunciatas nos dejen como legado una lección de vida: “con sacrificio con corazón se puede, claro que se puede”.

Este es mi humilde homenaje a mi bisabuela que con su ejemplo me ayuda cada vez que me bajoneo por pequeñas adversidades, y que titulo en su honor: DE LA OREJA AL CORAZÓN.



Un principio muy duro

Matías Recoba Blanco

Era conocido en la familia como Tato, un hombre polaco que vivió en su tierra natal junto a sus cinco hermanos y sus padres hasta los once años.

En aquel momento le tocó atravesar un momento muy duro debido a la muerte de su padre, a la situación de guerra de su país natal y al hambre que estaban pasando. Por estas razones fue que su madre, pensando en el futuro de sus hijos, decidió embarcar a los dos más pequeños, porque sus hermanos mayores estaban en la guerra.

Luego de un viaje de aproximadamente treinta días hacia América, su hermano decidió desembarcar en Buenos Aires por motivos que no se conocen. Se separaron quedando su hermano ahí y él siguió en el barco que vino para aquí.

Tato llegó a Uruguay, solo, donde fueron pasando los años, fue construyendo su familia acá, aunque aún tenía la nostalgia de su tierra, su madre y sus hermanos, inclusive del hermano que viajó con él.

Durante su vida en Uruguay Tato se dedicó a construir las vías de tren. Contaba que plantaba zapallo al costado de las vías de tren y se lo vendía a las personas cuando pasaban por allí.

Luego, con el correr de los años, ya anciano, su situación económica había cambiado para bien. Por razones de la vida se encontró con aquel hermano que viajó con él. Había ido a parar a Buenos Aires y estaba de visita en Uruguay.

Las anécdotas que recordaba Tato sobre su país natal eran tam-

bién de su madre, de quien nunca más tuvo noticias.

Finalmente, Tato falleció en el año 2003 con noventa y nueve años.



Matías Recoba Blanco

Transcurría el 13 de agosto cuando todo Montevideo vio las llamas. En el final de la noche, cuando todavía el personal de limpieza culminaba la puesta a limpio de todo el Palacio de la Luz, en el octavo piso se produjo un cortocircuito en el cableado eléctrico, de allí salió una chispa y de ésta se llegó al incendio.

Inmediatamente tomó fuego todo el octavo piso y los pisos superiores. Había personal de limpieza trabajando allí, por lo que al constatar las llamas, algunos lograron bajar mientras que otros subieron hacia la azotea.

Las personas que llegaron a la azotea no tenían cómo ser rescatadas, por lo que se alertó al servicio de rescate de helicópteros. Es en ese servicio que mi padre trabaja. Y fue uno de los pilotos que rescató a estas personas. Este rescate se realizó, según me cuenta mi padre, en condiciones poco comunes, ya que se produjo en la madrugada y a las personas tuvieron que levantarlas con una grúa.

Al principio era muy complicado, ya que no se podía ver bien debido a la gran cantidad de humo. Para poder llevar a cabo el rescate, y poder así salvar a las personas, el helicóptero se tuvo que mantener quieto en el aire. Un bombero debió bajar la grúa y reunir a las personas que estaban por toda la azotea para así, de dos en dos, ir las subiendo.

Lamentablemente no todas las personas que estaban trabajando en el Palacio de la Luz sobrevivieron, ya que algunas se encerraron en una habitación y el intenso humo las asfixió.

Por lo que me cuentan, fue algo realmente trascendente, debido a que nunca se había practicado esta clase de rescate. Este hecho tuvo gran repercusión tanto a nivel nacional como internacional. Por eso este hecho hoy es recordado y ha adquirido un alto valor histórico para este equipo de rescate.



Historia de Francisco Liporace

Maximiliano Boggiani Liporace

En 1938 nació Francisco Liporace, en una familia humilde, en el barrio de Maroñas.

Vivía con sus padres y su hermano Luis. Iba a la escuela de su barrio, que era de monjas, junto con su prima.

En un día normal su prima lo hizo reír, como de costumbre, en medio de la clase, esto implicó que la maestra le pegara en los dedos de las mano con una regla (eran métodos de la época) y él respondió, cuando la maestra estaba de espaldas, tirándole un libro por la cabeza. Luego de este episodio fue expulsado del colegio.

Fue inscripto en otra escuela, en esta se encargaba de vender bizcochos para recaudar dinero para un emprendimiento escolar, aunque mientras que sus compañeros vendían, él se los comía. De esta institución también fue expulsado.

En fin, solamente llegó hasta cuarto de primaria. Estuvo aproximadamente diez años trabajando con su padre.

A la edad de dieciocho años comenzó a trabajar en ANTEL y allí conoció a su futura esposa y madre de sus tres hijos.

A los treinta años comenzó a estudiar para ser árbitro de fútbol y llegó a dirigir hasta la *B* del fútbol Uruguayo.

En un partido de la *B*, fuera de el estadio, un dirigente de un cuadro le ofreció pagarle mucho dinero para que cobrara a su favor, este partido era definitorio. Él aceptó dicha propuesta, el pago se efectuaría en el vestuario, antes del partido. Cuando este dirigente llegó y en momentos en que le iba a entregar el dinero, aparecieron

dos policías -que sabían de esta situación, ya que Francisco les había informado- y arrestaron a este dirigente; esta noticia salió en los diarios.

Un problema familiar lo marginó de seguir dirigiendo. Lo que sucedió fue que su hermano le había prometido que lo iría a ver dirigir su último partido en la *B*, ya que ascendería a la Primera del fútbol Uruguayo. Desafortunadamente su hermano sufrió un infarto, falleciendo luego.

Después de este episodio, Francisco Liporace abandonó su cargo como juez de fútbol.



Buscando familiares conocí a Tito

Natalia Bado Boam

Cuando estuve la última vez con abuelita le pregunté sobre sus antepasados, cómo se llamaban, dónde vivían. Ella me dijo que algunos venían del Valle de la Lucania y otros de un pueblo que se llamaba Tito. Fue así que emprendí un viaje de búsqueda.

Cuando llegué a Roma tomé un tren para Nápoles, donde pasé una noche y al día siguiente salí para la ciudad de Salerno. Allí pasé una noche más y estuve averiguando cómo se hacía para llegar hasta el Valle de Lucania o a Tito. Me dijeron que el Valle de la Lucania era muy grande, de cuatro o cinco pueblos, y que si no sabía el nombre no valía la pena ir, por lo tanto empecé las averiguaciones para ir a Tito.

Tomé un tren para Salerno y Potenza, que pasaba por Tito. El viaje fue fantástico porque comenzó en Salerno que está sobre el mar, y el tren comenzó poco a poco a subir por las montañas de piedra. Fui por todas las pequeñas aldeas donde suben campesinos que van de un lugar a otro.

Durante el viaje le pregunté al guarda del tren cómo era Tito y me dijo que no sabía porque era muy lejos de la estación, que había una cantera entre las montañas que llegaba hasta el pueblo; cuando escuché esto me decepcioné un poco porque pensé que a lo mejor no encontraba manera de llegar al pueblo.

Finalmente llegó el tren a Tito y fui el único pasajero que bajó en aquella estación de dos casas, una era la oficina del ferrocarril y la otra de una familia que tenía un pequeño negocio. Había un señor

solo en la estación a quien le pregunté en italiano si podía conseguir un taxi para ir al pueblo. Pero él me respondió que no los había, que me parase en el borde de la carretera a ver si algún auto me llevaba. Mientras esperaba vino la señora del negocio y me preguntó a dónde y por qué iba, luego de unos diez minutos de charla pasó un amigo de ella en auto y me llevó al pueblo.

La llegada a Tito fue algo sensacional y difícil de contar. Era un pueblo chiquito de más o menos cinco por cinco cuadras; las casas estaban todas pegadas y no había calles, sino unos callejones angostos de adoquines; allí los balcones de una casa casi se pegan con las casas de enfrente. Todas las construcciones eran viejísimas, con paredes de piedra y techos de tejas.

Paramos el auto en una pequeña plaza que había en el centro y donde se encontraban varios grupos de gente conversando.

Al día siguiente por la mañana se veían solamente hombres, las mujeres estaban en misa. Todos eran campesinos y vestían de oscuro, con botas o polainas, gorra de visera y algunos con capa negra, eran gente rústica, de manos grandes y llenas de callos de trabajar en la tierra, nunca se lavaban los dientes y tenían los cachetes colorados porque en las montañas el aire es muy bueno.

Mi llegada al pueblo fue la noticia del año y a los cinco minutos estaba toda la plaza llena de gente rodeándome, y todos comentaban: “es un americano, viene de Sudamérica”, y se asomaban a los balcones para observarme. El pueblo tiene cinco mil habitantes, yo creo que todos me vieron y muchos vinieron a hablar conmigo. Yo mientras tanto observaba las caras para ver si encontraba a alguien de nuestra familia.

Vino el jefe de policía y tuve la oportunidad de hablar con él, por supuesto en italiano, mientras todos los curiosos observaban y escribían en un papel los apellidos Perrone y Oddone para ver si alguien conocía. Enseguida me dijeron que Perrone había varias familias, que Oddone también. Allí apareció un hombre que me dijo que era Oddone Salvia y le dije que en mi familia también había Salvia, pero no pudimos llegar a ninguna conclusión.

Con este hombre –Rocco- y el policía, me dirigí hacia la iglesia para hablar con el cura a ver si sabía algo. En el camino nos íbamos

encontrando con más y más gente que me venían a saludar y querían saber qué apellido buscaba, pero nadie coincidía.

Cuando llegamos el cura estaba detrás del altar en medio de misa, pero la llegada del americano era tan importante que primero me atendió a mí y luego siguió con su trabajo. Me dio la dirección de los Perrone y los fuimos a ver; pero fue imposible, ellos no se acordaban de nadie que hubiese venido a América. Entonces a alguien se le ocurrió ir a la casa del prefecto de la ciudad. Éste me dijo que en las oficinas del municipio se guardaban todos los registros de nacimientos.

Aunque era domingo, el prefecto junto con el policía, Rocco y otras personas fueron a buscar las llaves del edificio municipal para buscar los archivos. Entonces le dije al prefecto que mi abuelo se llamaba Giuseppe Perrone Oddone. Me preguntó en qué año había nacido, y yo respondí que en el 1869. Fuimos a los archivos donde había libros grandotes, todos llenos de polvo y gastados. Fue una exclamación popular cuando el prefecto dijo aquí está Giuseppe Perrone. Me es difícil explicar la emoción que sentí en ese momento. A decir verdad, ni soñaba con encontrar la partida de nacimiento de abuelo con todos sus detalles.

Entonces el prefecto empezó a leer: “hoy 16 de noviembre de 1867, a la hora catorce, yo Nicola Perrone hijo de Vincenzo de treinta años de edad, registro el nacimiento de mi hijo Giuseppe, venido el día 10 de noviembre de 1867, de mi matrimonio con Anunciatta Oddone de veintiséis años de edad. El nacimiento tuvo lugar en mi casa de la Vía Libertad en Tito...”.

Me dijo el prefecto que el verdadero apellido era Pirrone, pero que después algunos lo cambiaron a Perrone.

Más tarde fui en busca de la calle Libertad que todavía existe y estaba la casa donde nació abuelo, además ésta todavía es propiedad de los Perrone. Quise conocer a mis parientes, pero me dijeron que el señor había fallecido y que la señora junto con un hijo se había mudado a Potenza y a la casa la alquilaron. Ésta es de dos pisos, de piedra y techo de tejas como el resto, y se encuentra sobre un callejón angosto. La pendiente es tan grande que en lugar de calle hay una escalera de piedra. A la vuelta de la casa vivían unos

parientes de esos Perrone, a quienes visité y me hicieron acordar al tío.

Finalmente me llevaron a la estación en caravana para volver a Salerno, y en el momento que partía el tren, un muchacho vino corriendo, resultó ser quien se había mudado a Potenza, pero de casualidad ese domingo se encontraba allí. Éste sí que se parecía a la familia más que otros, lamentablemente no pudimos hablar casi nada porque el tren ya se ponía en marcha, pero él con el afán de conocer algo de la familia, recogió un papel del suelo y me pidió que le escribiera mi dirección. Logré tirar el papel cuando el tren ya estaba en marcha.

Así fue que conocí un poco más de mi abuelo y su familia, ya que abuela poco se acordaba.



Engaños hacia mi bisabuela

Natalia Bado Boam

Estábamos hablando mi madre y yo en el comedor de nuestra casa cuando de repente ella me dijo: "te voy a contar algo pero no le podés decir a tu abuela que te lo conté".

Entonces enseguida presté atención a la historia oculta que se trataba de mis bisabuelos Sydney Ellis y Florence Mc Clellan. Ambos nacidos en Inglaterra en 1890.

Florence, mi bisabuela, tuvo dos hermanos que junto a ella y sus padres -mis tatarabuelos- pasaron a vivir a Argentina en el año 1907 por causa del desempleo de su padre quien trabajaba en una fábrica que había sido cerrada.

Con la guerra de 1914-1918, sus dos hermanos fueron de vuelta a Inglaterra como voluntarios. El mayor, George desapareció en los campos de batalla en Francia por haber vuelto a buscar a un compañero herido; y al terminar la guerra, el menor, Tomás, volvió de Inglaterra casado con Mabel.

En el viaje en barco de regreso a Argentina, que generalmente duraba tres meses, Mabel, la cuñada de Florence, conoció a Sydney, mi bisabuelo, quien quedó completamente enamorado de ella.

Ya en Argentina Sydney concurría seguido a la casa de Florence, mi bisabuela, para poder ver a Mabel que estaba casada con Tomás, el hermano de Florence. Como mi bisabuela era soltera, sus padres terminaron casándola con Sydney. Éste aceptó porque así vería más seguido a Mabel de quien realmente estaba enamorado, aunque ella ya poseía compromiso.

Así fue como nació mi abuela Beatriz y su hermano Alfred, de padres que realmente no se amaban.

Florence con sesenta años, luego de una vida junto a una persona que no soportaba, que se iba muy seguido a “pescar al Delta del Tigre”, luego de sucesivos engaños, que pasaba la mayor parte del día fuera de la casa y era muy mujeriego, fue que decidió hablar con su abogado para pedirle el divorcio a Sydney. Pero como en Argentina en esos tiempos el divorcio era un trámite muy complicado y lento, su abogado le dijo que no le convenía por su edad.

Pocos años más tarde mi bisabuelo, Sydney, cayó de un banco sobre una mesa mientras cambiaba una lamparita quedando así tres días en coma que luego concluyeron con su muerte.

Muchos sospechan de este suceso.

Mi bisabuela vivió hasta los noventa y seis años. Si ella hubiera vivido junto a mi bisabuelo hasta su muerte, tendría que haber soportado treinta y seis años más ese inestable matrimonio.



Dos polos opuestos

Orana Magnani Dietschi

Mi bisabuelo materno Bernhard Grinvalds era polaco y luego de servir por diez años en el ejército ruso, volvió de la Siberia para casarse y formar una familia, porque ya tenía más o menos treinta años. Su padre le comentó que allí cerca vivía la familia Zirke que tenían varias hijas en edad de casarse, así que se fue a elegir una.

El padre de estas mujeres le presentó tres, pero él se enamoró de una que estaba más apartada, cocinando en un fogón a leña. Le dijeron que ya estaba un poco pasada de años para casarse, pero Bernhard dijo: “Yo quiero ésa”. Fue así que se conocieron mis bisabuelos maternos en Polonia, aproximadamente en el año 1922.

En el año 1924 tuvieron su única hija, Olga, mi abuela materna. Como eran tiempos muy difíciles -fines de la Primera Guerra Mundial- decidieron emigrar a Brasil, junto con una hermana de mi bisabuela y su esposo.

Resulta que en el barco esta hermana cambió de idea y se fue a Estados Unidos llevándose gran parte del dinero –que ya no era mucho– de mis bisabuelos.

Mis bisabuelos con lo poco que tenían, pero con una gran energía para el trabajo, vivieron por muchos años en la ciudad de Río Grande, en el sur de Brasil.

Cuando mi abuela Olga tenía unos once años se mudaron a Porto Alegre, allí mi abuelo trabajó como obrero en las usinas de gas de la ciudad; hoy esta usina “*gasómetro*” es un museo.

Olga era muy bonita y le gustaba divertirse. Hacía mucho de-

porte y le gustaban los bailes. Por esas cosas curiosas que tiene la vida, se enamoró de Siegfried Dietschi, un estudiante de la Universidad de Letras de Porto Alegre, hijo de un pastor luterano -Ernst Dietschi- y de su esposa Ida Dietschi.

Según mi abuela Olga, sus suegros eran muy severos y habían educado a sus hijos con una disciplina tipo militar. A Siegfried no le gustaban los deportes ni los bailes -era un tronco- y era más del tipo intelectual. Dice mi madre que seguramente se casaron porque uno tenía las características que al otro le hubiera gustado tener. Tuvieron siete hijos, mi madre es la penúltima.

Siegfried era una persona muy popular y cuando mi madre tenía unos cinco años, el abuelo asumió la dirección de un liceo de la ciudad de Sao Leopoldo, donde vivían. El edificio estaba en muy malas condiciones y cuenta mi abuela, que Siegfried hipotecó la propia casa para sacar un préstamo para arreglar este liceo.

Luego mi abuelo se fue a Alemania para dar clases de portugués, para construir una escuela para los hijos de los pescadores de un balneario llamado Rondinha Nova. Esta escuela hoy lleva su nombre.

Murió cuando mi madre tenía ocho años, y ella cuenta, que como Siegfried había sido muy querido entre la gente trabajadora, muchas veces en la calle le preguntaban: “¿Vos sos la hija del profesor?” Después de su muerte, pasó a ser la “hija del fallecido”.

A mi abuela Olga le encanta hablar del pasado y, de esa manera y con la ayuda de mi madre, tenemos muchos cuentos de esa parte de la familia.

Todas estas historias de parte de mi madre ocurrieron en Brasil, por otra parte hubo una historia de parte de mi padre que surgió en Italia - Parma, Roccabianca.

De allí salió la Parmalat y el queso parmesano.

Mi tatarabuelo Gino Lázaro Cayetano Magnani Benvenuto trabajó en la empresa que arreglaba barcos y vio el hundimiento del acorazado Graf Spee. Mi abuela materna Nadir también es brasileña y conoció a mi abuelo Gino en el ombú de Bulevar España.

Bueno, hay muchísimos cuentos más.

Algunas expresiones ya forman parte de nuestras reuniones

como “Viejo Rivero” cuando alguien repite algo que ya dijo, o “Ilegó doña Rosa” si alguien se sienta primero a la mesa sin esperar a los demás. No sé exactamente como surgieron, pero me divierten mucho.



Una historia campestre

Orana Magnani Dietschi

Esta historia trata de mis abuelos paternos y de las aventuras que tuvieron cuando eran jóvenes.

Mi abuela se llama Nadir Correa y me contó que en su adolescencia vivía momentos muy divertidos y a la vez peligrosos, como aquella vez que se reunió con sus primas en un pueblito cerca de Melo.

Ellas iban a caballo todos los días al pueblito que quedaba a ocho quilómetros del campo en donde vivían.

Un día, el caballo de una de las primas de mi abuela se asustó porque había visto a una culebrita, que allá es lo más común. El caballo se paró en dos patas, tiró a Micha la prima de mi abuela y se fue corriendo a galope tendido.

Dos de las primas fueron tras el caballo, mientras que mi abuela y otra prima se quedaron para ayudar a Micha que aullaba de dolor porque se había caído en un suelo asfaltado.

Cuando mi abuela ayudó a Micha a levantarse, notó que en la pierna de Micha había un corte del que salía mucha sangre. La colocaron en uno de los caballos y fueron al hospital más cercano, en aquella época era muy difícil conseguir un hospital a menos de trece quilómetros de distancia.

El único hospital que conocían era el del pueblo. Cuando llegaron tuvieron la mala suerte de que el médico que las iba a atender estaba ocupado y tuvieron que esperar como una hora y media para ser atendidas. Cuando al fin fueron atendidas, el médico examinó el

corte que tenía Micha y luego se lo cosió. Micha, como era muy paisana, gritaba a cada rato cuando el médico le cosía la herida. Cuando salieron de la sala, mi abuela notaba cómo todas las personas que estaban en el corredor se quedaban mirando en dirección a ellas a causa de los gritos que daba Micha cuando la cosían.

Subieron a los caballos y partieron al campo en donde ellas vivían y le contaron a la madre de Micha lo que había pasado. Como era costumbre, la mamá se puso rabiosa y obligó a Micha a irse a la cama sin comer, pero mi abuela era muy lista y le dijo a su otra prima que agarrase un trozo de pan y la jarra con agua. Mi abuela se fue al patio y buscó unas manzanas para llevárselas a Micha.

Cuando estaba colocando las manzanas en un cesto, escuchó unos ruidos de cascos.

Levantó la vista para poder distinguir de dónde provenían esos ruidos y notó que venían sus primas con el pingo todo bañando por el sudor. Luego llevaron al caballo a la caballeriza, lo bañaron, lo cepillaron y al poco rato se tumbó en el piso muerto de cansancio.

Finalmente, mi abuela junto con sus primas fueron al cuarto de Micha y le llevaron las manzanas, Micha le contó a sus otras primas cómo se había caído y su horrorosa estadía en el hospital. Estuvieron charlando como una hora y media hasta que el sueño las venció y se durmieron todavía pensando en todas las aventuras que habían tenido en ese día.



La vida de mi bisabuelo

Pablo Freire Caporale

La historia de mi bisabuelo se remonta a las últimas décadas del siglo XIX y principios del XX. Su nombre era Pedro Freire, vivía con sus cuatro hermanos y sus padres en Galicia. Nació en 1870 y fue el tercero de los cuatro hermanos.

Debido a la situación socio-económica que se vivía en Europa en ese momento, una parte de la sociedad tenía un cómodo estilo de vida y la otra parte vivía en pésimas condiciones. La familia de mi bisabuelo vivía en condiciones casi insalubres. Pedro Freire fue a la escuela pero no pudo terminar sus estudios ya que tuvo que ayudar a sus padres con a la economía de la casa.

La pobreza en la que vivían en España –Galicia- era extrema. Luego de años de pasar realmente mal, decidió irse de España a buscar suerte en otro sitio. Sin casi saber por qué, con su hermano José Carlos llegaron a Uruguay en los años 90.

Al llegar se instalaron en el interior; más precisamente en Sarandí Grande, en el departamento de Florida. Al tiempo se separaron y José Carlos se fue a San José.

Pedro, que no conocía a nadie, consiguió un empleo rápidamente. Lo primero que consiguió fue un trabajo de peón en una estancia y de a poco empezó a generar algún ingreso. Vivía en un ranchito que alquilaba y estaba en malas condiciones, trabajaba más diez horas por día y casi no tenía vida social. Su pobreza era tan extrema que sólo contaba con tres mudas de ropa y un par de zapatos que eran unos zuecos.

Allí en Sarandí conoció a su futura esposa, Felipa Sagaceta, hija de vascos que casualmente también probaban suerte en Uruguay.

A medida que pasaron los años fue consiguiendo nuevos y mejores trabajos hasta que logró poner su propio negocio. Era un comercio en donde se vendía desde yerba y azúcar hasta monturas de caballos. Tuvieron once hijos, de los cuales el último de ellos es mi abuelo Guillermo Freire.

Con mucho esfuerzo y trabajo consiguieron que les fuera mejor, que lo económico ya no causara problemas y que se les abrieran posibilidades.

Junto con su hermano lograron traer a sus padres de Galicia y así establecerse totalmente en el país.

En el año 1937, con una vida no muy larga, falleció en Montevideo.



Un enfrentamiento entre blancos y colorados

Paola Verdes Mariño

En el año 1909, en Uruguay, se da inicio a la guerra civil. En ésta, el Partido Colorado y el Partido Blanco se enfrentaron.

Unos meses antes Ángela Rey había quedado embarazada de Benjamín de Melo, su esposo, un hombre del Partido Blanco al que reclutaron para asistir a la guerra

Mientras que el tiempo pasaba, en casa de Ángela no había noticias de aquel hombre. La mujer tuvo a su hija sin la presencia del padre, mientras que éste seguía viviendo situaciones que lo ponían constantemente al borde de la muerte.

En uno de los tantos enfrentamientos, un hombre de su mismo partido, es herido. Éste, quien se encontraba al límite de su vida, pidió ayuda, sabiendo que en ese mismo instante era casi imposible poder brindársela. Cuando otro de los hombres que se encontraba presente notó la situación de aquella persona, se dirigió al resto del grupo y les dijo: ¡Mejor será sacrificar al hombre, y así, seguir adelante! El resto se negó a hacer lo que el hombre proponía, pero, sin embargo, éste sacó de su cinto un cuchillo y lo pasó a degüello. Luego de matarlo, se retiró sin decir nada.

Los que quedaron allí, desconformes ante lo que había sucedido, tomaron la decisión de cambiarse de partido. Esa ideología que habían mantenido durante tanto tiempo, junto a todo lo que sentían, había cambiado.

Cuenta mi abuela que tanto a Benjamín como al resto de los hombres, este incidente hizo que se les "*abriera la cabeza*", y por

eso tomaron esa decisión tan importante.

Al finalizar la guerra, Benjamín volvió a su casa; fue recibido por su esposa y mi bisabuela, Rosa Melo Rey, quien en ese momento ya tenía siete meses.



¿Quién dice que tomar mate es cosa de viejos?

Patricia Otero Reyes

Hace muchos años atrás, mi abuela, María Borda era una chica de siete años que vivía con sus padres y sus dos hermanas en una humilde casa en Santa Rosa, Canelones.

Llevaba una vida normal, era una chica estudiosa, y le gustaba pasar tiempo con sus amigas. Claro está que esos tiempo no eran como los de ahora para ella, sino que se divertían de otra manera: tomando mate, entre otras cosas.

La historia comenzó una tarde cuando mi abuela y sus amigas decidieron salir a conseguir un mate para tener algo con que pasar sus tardes charlando y divirtiéndose. Uno de los vecinos de la zona tenía una planta, y les ofreció sacar una calabaza para poder tener el suyo propio. Luego trataron de ingeniárselas ellas solas para hacerlo, pero terminaron pidiendo ayuda a algún padre, ya que no tuvieron mucho éxito.

Esto llevaba su tiempo, ya que antes de usarlo había que curarlo, ponerlo a secar. Siempre se peleaban por quién lo preparaba, quién lo cebaba y por dónde empezaba la ronda, ya que era costumbre tomarlo así y que el mismo fuera pasando de mano en mano.

Beba, mi tía abuela, siempre era elegida para cebar, ya que era la única que sabía cómo hacerlo correctamente y no lavarlo para que la yerba no perdiera el gusto. Como era costumbre en ellas reunirse alrededor del mate, comenzaron a probar en hacerle variaciones en su gusto.

Una tarde, una de ellas trajo unas cascarillas de naranja que su

madre tenía, y se las agregaron al mate con una cucharadita.

Luego a medida que iban conociendo sobre los beneficios del yuyo, comenzaron a agregárselos. Por ejemplo, manzanilla, tilo, marcela, cedrón, entre otros.

Algunos cebadores suelen agregar aditivos a esta bebida como miel, gajos de menta, cedrón, boldo, una yema de huevo revuelta en azúcar molida en cada “cebada”, para modificar su sabor, aroma o apariencia. Esto comencé a saberlo desde que la abuela María me contó lo exquisito y diferente que se siente con estas variaciones. Ellas se entretenían todas las tardes buscando y haciéndole variaciones.

A todas les gustaba el mate amargo, menos a una de las chicas. Pero como su intención era pasar un rato juntas y divertirse, no le importaba en lo absoluto.

Tanto para ella, como para otros uruguayos, el mate tiene su historia y mi abuela la cuenta así:

“Los españoles y portugueses conocieron el mate gracias a los guaraníes. Luego de mucho tiempo el mismo se convirtió en una bebida tradicional para distintas partes de América del Sur, como para Argentina, Paraguay, Brasil, Bolivia, Chile y finalmente Uruguay. Pero cada país lo prepara a su manera. En estos tiempos, los que más consumen mate son Argentina y Uruguay. Pero hay una diferencia en el mate uruguayo. El uruguayo siente el mate de otra manera, ya es parte de la costumbre de muchos llevarlo a trabajar, a la cancha, mientras esperas el ómnibus, a la plaza o a cualquier lado, cosa que en otros países no. El mate es parte del ser uruguayo. No es una bebida que uno se sienta a tomar solo. En la mayoría de los casos se toma entre un grupo de amigos o conocidos incluso hasta de a dos. Los uruguayos ceban el mate con un termo, el cual esta preparado para mantener el agua caliente por el mayor tiempo posible y hacer del mate una bebida que no sea sólo para tomar en el hogar. Una costumbre uruguaya es tomar el mate acompañándolo con tortas frita o bizcochos.”

Puedo imaginarme a ellas, sentadas en algún jardín, divirtiéndose y tomando mate, quizás imaginándose que sería de esta tradi-

ción en un futuro. No sé si éste resultó como ellas pensaban, pero lo que sí sé es mi abuela siente felicidad al ver que la misma sigue y que definitivamente tomar mate no es cosa de viejos.

Ahora mi abuela ya no puede compartir con todas sus amigas como antes, pero cada vez que pasa por la rambla de Pocitos en el auto, siente nostalgia al ver a los jóvenes charlando y compartiendo en ronda el tan famoso mate.



Historia de un soldado

Renzo Cianci Fleitas

Había una vez un niño llamado Giuseppe Cianci, hijo de padre y madre italianos. Fue allí, en Treviso, Italia donde nació y se crió. Treviso es una pueblo a cincuenta quilómetros de Venecia, muy chico y con no más de docientos habitantes.

Los Cianci eran una familia muy pobre, había días que no comían y el plato más común era la polenta, que a su padre se la daban en la fábrica como parte de pago. Su madre tenía una forma de que sus hijos -Renzo, Giusseppe y Guilletta- no comieran tanto y se sintieran con sus pancitas llenas, ella les daba cucharas con agujeros. Y cuando no había comida, el padre los llevaba al bosque de la montaña, engañándolos de que era para que buscaran frutos como forma de diversión, pero a la vez conseguían comida para la noche.

El niño creció y se alistó al ejército, no por decisión de él, sino porque el servicio militar era obligatorio, allí eligió la caballería que era lo más popular en el momento, y llegó a ser sargento de caballería.

Un día estaba comiendo cuando le llegó una carta diciendo que lo reclutaban para servir al ejército, y lo enviaron a Somalía, que para llegar hay que atravesar el Mediterráneo y un desierto muy seco y sin agua a la vista.

Giuseppe llegó a Somalía, pero le habían prometido algo diferente, le dijeron que iba a ser algo muy corto y casi sin tener ningún enfrentamiento contra los somalíes, pero no; ni bien llegaron tuvieron que ir a buscar las carabinas y empezar a matar somalíes. Él

estaba con un miedo terrible porque el arma que le habían dado le permitía disparar diez balas y cuando recargaba tardaba mucho, no se quería morir allí ya que en Italia tenía una novia a la que amaba, la que años más adelante sería su esposa. Es por eso que se quería mantener vivo.

Las condiciones en las que tenía que estar en Somalía eran deplorables, no había comida, ni agua, esto lo llevó a principios de deshidratación, y además siempre estaba el peligro de que en cualquier momento apareciera el enemigo y no contara la historia.

Era de noche y Giuseppe había encontrado una paloma, el hambre era tal que por miedo a que sus compañeros se la robaran se la comió a escondidas y cruda. Esa misma noche apareció un somalí, los italianos lo vieron, Giuseppe lo vio, le apuntó a la cabeza para matarlo, pero algo en él lo hizo dudar, y menos mal porque el somalí les estaba dando información valiosísima, él les dijo dónde podrían encontrar agua y dónde se ocultaba el enemigo.

El lugar donde se encontraba el agua parecía un cementerio porque estaba lleno de cuerpos en descomposición, a causa de esto el laguito estaba contaminado y con gusanos, pero era tomar de ahí a morir de sed.

Giuseppe, con dudas, le preguntó al somalí por qué los ayudaba y éste respondió que él tenía una familia, que pensaba que los italianos iban a ganar la guerra y que prefería estar con el bando ganador.

A los italianos esto les pareció de lo más bajo, pero como les había dado esa información prometieron no matarlo y encontrarle un lugar seguro a la familia.

Por la falta de tecnología, refuerzos, infantería y muchos factores más, finalmente Italia perdió y se retiró de Somalía. En la caravana de retirada se les habían acabado las provisiones y les quedaba un largo trayecto por recorrer. Como no tenían comida, la única solución era sacrificar a los caballos y camellos para que se transformaran en el plato del día.

En el muelle cuando esperaban el barco que los llevaría a Italia con sus familias y amigos, Giuseppe se encontró un mono, un monito chico y muy juguetón, que se convirtió en su mascota, en el barco el

mono estaba jugando, saltando de acá para allá y en uno de esos saltos ensució a un soldado con sus desperdicios; éste, que estaba tomando sol después de unos meses muy duros, lo agarró, lo tiró al agua y el monito se ahogó, Giuseppe se quedó muy triste.

Giuseppe Cianci era mi bisabuelo, él vivió en Uruguay con una familia formada junto a la mujer que amaba. Yo no llegué a conocerlo, pero me hubiera encantado y estoy muy orgulloso de haber tenido a un miembro de mi familia como él.



Historia de Isolina Morganti de Mussio

Rodrigo Miranda Mussio

Isolina Morganti, así me dicen, vivo en Uruguay al lado de la confitería “*Del telégrafo*”. Eh vivido aquí desde 1872, es decir desde los dieciocho años, ahora vivo sola y estoy exhausta, pero hoy tengo una historia para contarle, mi historia.

Todo comenzó un día, cuando vivía en Livorno, ciudad de Toscana, en el centro de Italia. Eran las once de la mañana y recién levantada me preparaba para festejar mis diecisiete años con mi madre. No me sorprendió no verla en casa, ya que había estado ausente en otros momentos importantes de mi vida; desde que falleció mi padre, ella estaba muy rara.

Ya llegando la noche, no me había enterado nada de ella, y decidí al fin no preocuparme. Pero antes de irme a mi cuarto, la puerta principal se abrió y entraron dos personas: mi madre y un hombre al que no conocía; muy apuesto, aunque en ese momento no quería hacer otra cosa que alejarme de mi madre.

No había noche que no llorara por mi padre, y no estaba preparada, y tampoco quería que otro ocupara su lugar. Me tuve que soportar dos semanas al “caramelito” de mamá, hasta que un día común, creo que era un martes, yo llegada del liceo, estaban los dos parados contentos y sonriéndome, pero antes de preguntar a qué se debía esa felicidad, vi un hermoso diamante en el dedo de mi madre, resaltaba como oro, ¡se había casado!

Nunca había estado tan molesta, por fin, decidí lo que había estado planeando desde que había visto a este hombre: me fui de

casa a vivir con mi abuela.

A pesar de que ella tampoco me apreciaba mucho, me hospedó en su casa como si fuera su hija. Dejé el colegio y comencé a trabajar para ganar plata. Ya terminado el mes había recaudado lo suficiente para el viaje que me esperaba, un viaje de tres meses hacia una vida totalmente nueva. Irme sola, en un barco con apenas diecisiete años, no era algo que se veía todos los días.

Los tres meses parecieron ser bastante rápidos. A veces me iba con un par de chicos de mi edad, que volvían a su país natal Uruguay.

Ya llegada a la ciudad montevideana, sin un peso encima, debería empezar a trabajar y eso fue lo que hice. No tenía muchas opciones; hice limpiezas, lavado de ropas, y viví con una familia muy linda que me dejó quedarme con ellos un par de años. Hasta que conocí a Lorenzo Santiago Musssio, que sería el chico con el cual me casaría. Lorenzo era una persona con mucho carácter y se convertiría en juez en 1879.

Los recuerdos más lindos que tengo de la vida juntos fueron las cantidad de veces que íbamos en carruaje a la playa, o cuando caminábamos al Teatro Solís, que siempre al terminar la función corríamos a tomar los deliciosos chocolates que actualmente hay en la confitería “*Del telégrafo*”.

En realidad nunca pensé que llegaría a formar una familia, a tener una casa, ¡y decir que empecé sin un peso!

Hoy me encuentro con noventa y nueve añitos escribiendo esta carta, redactando en pocas palabras lo que fue mi vida.



Vapor Ciudad de Asunción

Santiago Birriel Martínez

La historia la vivió una prima de mi bisabuela alrededor del año 1960. En el invierno de ese año, esta señora que se llamaba Alcira, realizaba un viaje desde Montevideo hacia Buenos Aires en el Vapor de la Carrera “Ciudad de Asunción”.

Era una travesía de rutina, que llevaba alrededor de cuatrocientas personas entre tripulantes y pasajeros y se realizaba en la noche.

El Vapor de la Carrera salió de Montevideo sin inconvenientes, pero ya estando en el río se cubrió la noche con una espesa niebla y sucedió un inevitable choque con un barco de carga. La situación parecía que se podía controlar de alguna manera pidiendo los auxilios correspondientes, pero se transformó en una gran tragedia cuando se advirtió que en el Vapor se empezaba a producir un incendio.

Ante este problema se generó un caos total ya que las lanchas no daban a basto por el pánico que se generó, y todos querían subir a ellas; otras personas optaron por tirarse directamente al agua entre las que estaba Alcira. Saltó intentando protegerse del frío con un tapado de piel, aferrándose a unos palos o maderas que estaban sobre el agua y, según contaba, la lucha por sobrevivir fue muy intensa ya que esas maderas estaban totalmente cubiertas de petróleo y esto hacía muy difícil mantenerse firme y a flote.

Comenzaron a llegar varios barcos en auxilio del Vapor de la Carrera y pudieron rescatar a una gran cantidad de personas entre las que estaba Alcira.



Buscando oportunidades

Santiago Birriel Martínez

Mary pertenece a una familia compuesta por cinco hermanos varones y ella.

Todo comenzó hace muchos años cuando sus hermanos mayores buscando oportunidades laborales decidieron emigrar de nuestro país, el destino elegido fue Venezuela.

Uno de ellos era orfebre y se instaló en Isla Margarita. El contacto con turistas de alto poder económico le permitió desarrollar su oficio con éxito profesional y económico. Disfrutando de unas vacaciones por islas del Caribe conoció Aruba; nunca más dejó esa isla, se estableció allí, desarrolló su oficio, formó su familia y logró una sólida situación económica.

Mientras tanto Mary formó su familia en nuestro país. El contacto entre los hermanos era permanente y así como ella sabía de los logros de su hermano, él también sabía de la situación difícil por la que estaban pasando ella y su familia.

En una de esas comunicaciones su hermano le planteó la posibilidad de ir a trabajar a Aruba por una temporada de tres meses, le ofreció su casa para hospedarse y sus contactos para encontrar trabajo.

Después de conversarlo con su propia familia, todos estuvieron de acuerdo en que era una buena posibilidad de aportar dinero para ir solucionando los problemas que estaban atravesando.

La decisión estaba tomada, se fue a Aruba a trabajar en un restorán como ayudante de chef. Las condiciones laborales no eran

las mejores, el clima caluroso se hacía insoportable, los horarios eran extensos, sin pausa y a todo esto se sumaba la presión permanente de estar indocumentada para trabajar y estar expuesta a las inspecciones de las autoridades de migración. Sin embargo seguía adelante, ya no podía echarse atrás, necesitaba cumplir con su objetivo.

Pasaron los tres meses y el plan resultó, los beneficios económicos que obtuvo la entusiasmaron al punto de que se planteó la posibilidad de hacerlo todos los años ya que lo ganado en esos tres meses era superior a lo que podía ganar en un año trabajando en nuestro país.

Fueron tres años viajando para trabajar la temporada, pero comenzó a sentir que cada año le costaba más desprenderse de su familia y de su casa, es por eso que decidió hacerlo por última vez pero por un período mayor de tiempo.

Partió un 8 de diciembre de 2005, como siempre llegó a la casa de su hermano a trabajar al mismo restorán, en las mismas condiciones, con la tensión de las inspecciones que realizaba Migración a través de los *guardacostas* que se hacían cada vez más seguidas. Pero todo estaba previsto para esas situaciones, cuando los divisaban con sus uniformes camuflados corrían a esconderse a lugares ya establecidos que debían tener salida al exterior para poder llegar a la calle, también tenían acondicionado un lugar detrás de unas estanterías y todo lo que la imaginación les permitiera hacer en esos momentos.

Ya estaba acostumbrada a esas situaciones que nunca habían pasado de un susto y una corrida

En una oportunidad estaba como de costumbre trabajando en la cocina, vio pasar un hombre vestido de particular, por lo tanto no reparó en él, pero al instante la alertaron que era de Migración. En la desesperación lo único que se le ocurrió fue encerrarse en un baño porque sabía que por ahí había comunicación con una despensa; pero cometió el error de cerrar la puerta con llave, después de que esperaron un tiempo y observaron que nadie salía, comenzaron a sospechar de que alguien estaba escondido ahí, en varias oportunidades preguntaron si había alguien adentro, al no tener respuesta

los guardias respondieron con un estruendo que paralizó a Mary, habían tirado la puerta abajo. No había alternativa, tuvo que salir y enfrentar la situación.

Tal como estaba, con su ropa de trabajo, la detuvieron. Inmediatamente la llevaron ante un juez para que le tomara declaración y lo primero que le pidieron fue los documentos que la autorizan a trabajar, documentos que no tenía.

Luego de tomarle la declaración, las autoridades hablaron de que la trasladarían a Kía, Mary no entendía de qué hablaban pero no pasó mucho rato en darse cuenta de que Kía era la prisión. Su desesperación era total, no le daban explicaciones y no le permitían comunicarse con nadie. En Kía la instalaron en una celda en condiciones precarias junto a otras personas en la misma situación.

La solidaridad entre los inmigrantes se puso de manifiesto en esa situación; así es que los compañeros de trabajo le avisaron a su hermano lo que estaba pasando. Con la visita de él comenzó a sentirse más tranquila y a tener sentimientos encontrados ya que sentía que estando en prisión estaba más cerca de su verdadera libertad: la iban a deportar, volvería a su casa.

Según las leyes de Aruba, cuando se encuentra a una persona trabajando indocumentada, el empleador debe pagar hasta el último día de trabajo y el pasaje de regreso. Para hacer estos trámites la trasladaron desde la prisión al lugar de trabajo.

La prisión quedaba en el extremo opuesto de la isla y cuando la trasladaban al restorán tuvo la oportunidad de, estando presa, poder admirar y disfrutar de las bellezas naturales de Aruba que en todo el tiempo que estuvo no había tenido tiempo de admirar, ya que su objetivo era otro.

Recién en suelo uruguayo recobró totalmente la libertad. Su pasaporte hasta ese momento había estado en poder del comandante del avión y fue entregado por los agentes de INTERPOL en nuestro país, recién ahí se lo devolvieron.

De todas maneras Aruba no le cerró las puertas, si enviaba una carta al Ministro de Justicia pidiendo perdón, podría volver. Mary tenía muy claro que debía ser agradecida, pero esa carta no la escribiría.

Hoy está trabajando en nuestro país durante todo el año, pero junto a su familia.



Un fin de semana con muy mala racha

Soledad Añón Vázquez

Todos siempre tenemos historias sobre nuestras vacaciones, anécdotas felices o tristes de las que con el paso del tiempo nos reímos al recordarlas.

Hace mucho tiempo, cuando tenía dieciocho o diecinueve años, nos fuimos mi amiga Adriana y yo a una cabaña en el balneario Las Toscas que amablemente nos había prestado una familia de amigos.

El préstamo, muy generoso por cierto, resultó ser una deteriorada cabaña de costaneros de madera apolillada, con techo de quincho, construida en el fondo de un frondoso bosquecillo de árboles y yuyos crecidos en abundancia aprovechando el olvido de los dueños.

Era noviembre, fuera de la temporada veraniega, en un poco habitado balneario canario que no se caracterizaba por los servicios públicos, entiéndase como muy poco iluminado.

Cuando llegamos, nos dio miedo atravesar ese terreno para llegar a la cabaña, pero igual lo logramos.

Al caer la noche, decidimos comprar y colocar una bombita de luz en el caminito de acceso. Lo hicimos en una precaria instalación sobre un árbol que resultó estar habitada por una enorme araña negra que intentando salvarse de la silla eléctrica que le fabricamos, entre el soporte y la bombita de luz, saltó hacia fuera de su casa-luz con el resultado nefasto de: yo caída de la silla, aterrorizada, la araña muerta electrocutada, y lo que fue peor, ¡toda la cabaña a oscuras por el cortocircuito que esto produjo!

Así pasamos la noche, si ya estábamos asustadas, imagínense el

mismo panorama pero a oscuras y sin solución inmediata.

Prendimos velas, cenamos y luego de mucho rato logramos conciliar el sueño. En la madrugada me despertó un espantoso ruido, igualito al que hacía la puerta al abrirse con mucha dificultad por lo hinchada que estaba la madera. Me desperté presa del pánico, convencida que alguien había entrado. No quería hacer ruido, pero tampoco soportaba esperar adentro del dormitorio a que apareciera una figura en las sombras, pero lo que más difícil me resultaba era despertar a mi amiga Adriana, la que se caracterizaba por tener un sueño extremadamente pesado y ser sonámbula. Era capaz de mantener un diálogo coherente en la noche, y no recordar absolutamente nada a la mañana siguiente.

Mi desesperación era no poder huir, por no dejar a mi amiga que no se despertaba con nada, quedarme y defenderla a ella y a mí...no sabía qué hacer.

Casi susurrando para no ser advertida por el extraño hombre amenazador, logré despertar a mi amiga, ponernos en guardia y salir del cuarto para enfrentar al individuo que seguía produciendo ruidos del otro lado de la casa.

Así logramos ver de qué se trataba: ¡era una enorme rata que se había metido atraída por el olor a la comida de la cena!

Al ver al animal, nos reímos y festejamos porque nos habíamos imaginado lo peor hasta que nos entró el asco y el pánico de estar compartiendo el mismo hábitat con tan inmundos y amenazante ser. Fue cuando empezó una larga búsqueda para ahuyentarla, lo que nos llevó el resto de la noche en vela sin poder pegar un ojo.

Al amanecer, el día nos alivió y nos venció el cansancio, por lo que caímos dormidas hasta que un extraño ruido acompañado por alarmantes gritos nos despertó. ¡Era fuego! Eso, y los gritos de auxilio de la vecina del fondo, a la que se le había ido de control el fuego que inició en pleno mediodía caluroso para evitar cortar el pasto de su casa. Éste avanzaba hacia la cabaña que se ofrecía como hojita de otoño para ser devorada.

Lo que vino luego fue locura y tensión: Adriana mojando la cabaña con baldes, discutiendo con la inconsciente de la vecina y yo en camión pidiendo ayuda a los vecinos hasta lograr llegar a la

policía en procura de los bomberos.

Los bomberos, nosotros y la suerte evitaron que la cabaña quedara en un montoncito de cenizas, pero esto nos llevó toda la tarde, las fuerzas y las ganas de hacer turismo.

Por supuesto, nos volvimos inmediatamente, aunque todavía no había pasado lo más sorprendente.

Cuando Adriana fue a devolver la llave, y obviamente a contar lo que había pasado, la situación de riesgo en la que había estado la casa y la buena suerte que habíamos tenido al poder rescatarla, la respuesta de los propietarios fue:

- ¡no te puedo creer, la tendrían que haber dejado incendiar, porque esa casa está asegurada y habríamos ganado más cobrando el seguro que lo que ganaríamos vendiéndola!

¿Recuerdan al porteño Isidoro Cañones? Así fue como nos caímos los dos.



Parque de Vacaciones

Valentina Igorra Scaffo

Mi bisabuelo Jerónimo Medarno Dutra Miranda un día fue al Parque de Vacaciones de UTE con su familia y quedó encantado con la belleza del lugar. Entonces como se dio cuenta de que le faltaban cosas para ir y quedarse un fin de semana o en alguna semana de vacaciones, decidió trabajar honorariamente para que fuera aprovechable y la gente lo pudiera disfrutar como él lo imaginaba.

Una de esas faltantes, y no menos importante, era el agua, él decía que los gurises iban y tomaban agua de allí y se podían enfermar de diarreas o vómitos.

Entonces decidió purificar el agua de ese lugar. Para ello necesitaba unos caños, los mismos los sacó de la central, él mismo los preparó, limpió y arregló, y comenzó a trabajar.

Alquiló el camión más grande que había en Montevideo en ese entonces, y después de un largo viaje cuando estaba llegando al lugar se le rompió el camión y estuvieron unos días parados. Luego comenzaron a trabajar y ahora gracias a él, el Parque de Vacaciones de la UTE tiene agua potable.

Al pasar el tiempo la gente comenzó a ir más al Parque y Jerónimo se dio cuenta de que la gente que iba se quedaba sin lugar para dormir porque no había capacidad para muchas personas. Entonces habló con el presidente y le propuso que si él le ponía la mitad de la plata para construir casitas nuevas, él las hacía. Y esa fue la gran historia de mi bisabuelo que mi abuela Pilar cuenta con mucho or-

gullo, y no se cansa nunca de contarla.

Ahora cada vez que la llevamos al Parque a pasear, nos muestra la placa que hay con el nombre de él y se le llenan los ojos de lágrimas, eso nos conmueve mucho.



Central eléctrica

Valentina Igorra Scaffo

Mi bisabuelo trabajaba en la central eléctrica de UTE de Montevideo y un día todo Montevideo se quedó sin luz.

Entonces fue a ver qué había pasado y se dio cuenta de que un gato, buscando el calorcito en el invierno, quiso ir a meterse en las turbinas, y eso había sido lo que había ocasionado el apagón.

Luego arreglaron todo y sacaron al gato que había muerto calcinado.



La abuela Hilda

Valentina Pan Beliciarte

Hilda crió a mi madre y luego a mí. Los padres de mi madre trabajaban prácticamente todo el día, de manera que eran sus hermanos mayores quienes cuidaban de ella siendo ésta recién nacida.

Fue ahí que Hilda Sosa y Óscar Montero, su esposo, quienes vivían a una cuadra de su casa y mantenían una muy buena relación con los padres de mi madre, se ofrecieron a cuidar de ella mientras que sus padres trabajaban. Ellos la querían como una hija, y para mi madre, Hilda, era como una segunda madre que siempre estaba muy pendiente de ella. Fue así que a los tres meses de nacida, Óscar se ofreció para ser su padrino.

Hacía unos años que Hilda había perdido a su única hija al nacer. Juntos, Hilda y Óscar, tenían una fábrica de pastas que fracasó y la vendieron. Como Hilda conocía todo acerca de costura, comenzó a dar clases en su propia casa de corte y confección. Fue Hilda quien le hizo el vestido del cumpleaños de quince de mi madre y el de su boda también.

No sólo daba clases, sino que también, al vivir en frente a una escuela de sordos, empezó a cuidar de ellos. Éstos se quedaban de lunes a viernes en su casa. Mientras tanto a Óscar le ofrecieron un trabajo como chofer de carpintería.

Ya adolescente, mi madre, llamaba a Hilda “tía”. Óscar e Hilda decidieron pagar los estudios de mi madre y así fue que concurrió a los Maristas de la calle 8 de Octubre.

Cuando mi madre se casó, ella y mi padre se fueron a vivir a su casa y cuando yo nací mi madre me dio a entender que Hilda era mi abuela y así la adopté como tal. Ella fue quien cuidó de mí también y recién a los cinco años me enteré de que nadie puede tener tres abuelas, de que todos sólo podíamos tener dos abuelas y me desilusioné mucho al enterarme de eso, pero a pesar de aquello, para mí seguía siendo también mi abuela.

Cuidó a muchos sordos que llegué a conocer. Dos de ellos, quienes se quedaban de lunes a viernes en su casa, resultaron ser para mí los hermanos mayores que nunca tuve. Logré comunicarme con ellos perfectamente desde muy chica, adquirí su lenguaje gracias a ellos y a mi madre que me enseñaba las señas.

Así fue como Hilda fue llamada “tía” para mi madre, a pesar de significar una segunda madre para ella y una abuela para mí.



Valentina Viana Merialdo

De chica lo que más me gustaba hacer era ir a los desfiles de carnaval. Era una época donde las calles de Montevideo deslumbra-
ban con luces, música, colores y alegría.

Los niños solíamos jugar todo el día con agua, por el calor que abraza esas últimas semanas de febrero.

Los corsos pasaban llenos de colores y carteles brillantes. Tam-
bién lo hacían los famosos carros alegóricos, que eran como esce-
narios sobre ruedas; mi preferido era el del Chaná, que además siem-
pre ganaba los concursos por el gran show que hacía, era impresio-
nante, montaba un espectáculo de música, bailarinas, colores, luces
combinadas, todo coordinado y de un motivo especial que cambia-
ba cada año; esto resaltaba entre la multitud y opacaba a los demás,
que aunque eran coloridos y musicales, no llamaban tanto la aten-
ción.

La reina del carnaval, siempre una chica joven y muy linda que
cautivaba la mirada de todos, los tamboriles y su comparsa de baila-
rinas que lo seguían, llenaban la Avenida 18 de Julio donde ocurría
el gran desfile de las llamadas.

Nosotros los niños nos divertíamos muchísimo, estábamos fas-
cinados contemplando esa ensalada de colores y brillos. Usábamos
por supuesto las infaltables caretas de colores para la ocasión y las
serpentinatas que tapaban la avenida haciendo una especie de col-
chón de colores, la pesadilla de los barrenderos.

Mis personajes favoritos del carnaval eran y siguen siendo los

cabezudos, hombres vestidos a todo color con una inmensa cabeza y con facciones exageradas que llamaban mucho mi atención.

Me acuerdo claramente que una vez le agarré la nariz a uno de ellos que tropezó y cayó al suelo. Con una pícaro sonrisa lo fui a ayudar a levantarse y me dijo:

- No m'hija, no es nada, la vida te va a enseñar lo que son los golpes verdaderos.

Y con un guiño y una sonrisa cómplice se puso su cabeza de nuevo y continuó.

Han pasado ya muchos años, pero la sabiduría de vida de aquel hombre varias veces me ha recordado que los golpes te hacen crecer y en medio de tanta alegría madurar, con la emoción de vivir.



Mi abuelo Ernesto Saavedra

Valeria Rodríguez Saavedra

Mi abuelo, Ernesto Saavedra, vivió toda su vida en un pequeño país de América del Sur llamado Uruguay.

Es en ese país donde millones de vidas fueron conformando su historia. Hoy quisiera contarte un simple fragmento de una de ellas, que si bien es pequeña, abarcó una gran etapa de la vida de un hombre

Ernesto vivió, creció y fue educado durante quince años en el campo. Tiempo suficiente para que su niñez pasara a ser tan sólo un recuerdo. Si bien su mente retenía buenos momentos de su infancia, la vida le había hecho despertar muy tempranamente, ante un mundo en el que sus fantasías, imaginaciones absurdas y pura inocencia sólo permanecían en algún lugar de su interior, al que no le era fácil llegar. Ese niño jamás saldría plenamente a la luz, pero era el que iluminaba su alma.

Todo comenzó un invierno frío y ventoso. Las hojas de los árboles se balanceaban de un lado a otro estableciendo un dulce movimiento cuyo misterio nadie pudo descifrar.

En una mañana calma, las hojas se habían detenido. En ese momento un solo hombre pudo ver con claridad, y fue así que le dijo a Ernesto “era la danza de la despedida”. Ese hombre era su padre Horacio. Ernesto no pudo entenderlo, pero percibió que algo extraño sucedía. El cielo estaba casi gris por completo, las nubes parecían guardar millones de secretos, pero al ver que el sol lentamente se asomaba, Ernesto comprendió que algo debía ser revelado de inmediato.

Horacio tardó unos minutos en hablar, pero en aquel silencio su hijo no se animó a preguntarle nada. Sabía que en ese momento no tenía nada para decir ni para hacer, sólo esperar.

Tras un profundo suspiro, Horacio le dijo a Ernesto que Dios le había abierto la puerta a su madre para que entrara. Ernesto entendió enseguida lo que sucedía, pero no dijo una sola palabra, pues Ernesto, si bien no tenía más que quince años, era una persona fuerte pero sensible a la vez. Lo que no sabía aún, era que toda esa sensibilidad iba a llegar a quebrar con ese hombre fuerte algún día.

El silencio continuó durante minutos, horas, y días. Ambos quisieron dejar su pasado atrás, por lo que decidieron comenzar una nueva etapa en la ciudad.

El ruido de la ciudad contrastó inmensamente al silencio del campo, sobre todo a aquel silencio que fueron adquiriendo como una parte de ellos en las últimas semanas.

A los pocos meses de estar en la ciudad, comenzaron a sentirse algo aturdidos. Un ruido fino y penetrante susurraba en sus mentes a la mitad de la noche. Tuvieron la necesidad de encender la radio para apagar el sonido en su mente. Pues un leve ruido pasaba a ser silencio.

Poco tiempo después Horacio se reencontró con unos amigos. Una familia humilde y solidaria con la cual ya se conocían desde hacía años. La hija de ese matrimonio, Gloria Pintos, mi abuela, fue el único gran amor de Ernesto. Ambos tuvieron una historia, la cual construyeron entre varios obstáculos que no pudieron destruir ese gran amor.

Ernesto decía que había pasado por muchos momentos que le parecieron eternos, pero que por primera vez un sentimiento penetraba en su piel hasta llegar a lo más profundo de su alma, siendo éste parte de la verdadera eternidad.

Luego de haber transcurrido un tiempo, Horacio decidió volver al campo obligando a Enrique a que fuera con él. Sucedió que la casa del campo donde ellos habían vivido durante once años iba a ser desocupada. No sólo alguien debía ir a cuidar el campo y mantenerlo, sino que Horacio, con la ayuda de Ernesto siendo aún un niño, había construido allí su propio rancho que tenía mucho valor

para ellos. No podían permitir que fuera descuidado el techo que los había defendido del frío y la lluvia durante años. No podían desvalorizar su trabajo, ni dejar atrás tanto orgullo y satisfacción.

No fue esa la única razón. Sus condiciones en la ciudad habían empeorado y no satisfacían sus necesidades al igual que lo hacían en el campo. El dinero comenzaba a tener un rol más importante y veían limitada su capacidad adquisitiva. No veían aquel verde que se perdía en el horizonte, y habían incluso perdido el silencio que acostumbraban a oír. Su vida comenzaba a materializarse de un modo excesivo, y eso les causaba rechazo.

Los motivos de aquella decisión fueron importantes, pero no tanto como el amor que sentían mutuamente Gloria y Ernesto. Ese sentimiento superaba todo aquel entorno material. Generaba la armonía que Ernesto necesitaba para permanecer allí. Sin embargo, parecía que su padre ya había olvidado lo que aquel sentimiento generaba, pues no había comprendido que su hijo estaba enamorado.

Gloria no podía irse con Ernesto, ella tenía asuntos que resolver en la ciudad. De todas formas quedaron en verse pronto. Decían que era el amor quien los mantendría unidos tras aquella larga distancia que los dividía.

Ernesto continuó trabajando en el campo, pero enseguida pudo notar que él no estaba bien. Recaídas anímicas lo habían llevado a profundas crisis. Poco tiempo después Horacio fallece. Ernesto comenzó entonces una etapa de decaimiento profundo, perdiendo así todo aquel optimismo que antes tenía.

Lejos de Gloria y sin su padre, sentía que la felicidad se iba alejando poco a poco. No creía en una recuperación cercana ni en un Dios que fuera a cambiar su situación. No era más que una gota de agua con una grano de sal. Toda esa negatividad se traducía en su vida día a día. Ernesto quería superarse, pero tropezaba en el intento.

Fue así que unas semanas más tarde se fue a la ciudad a reencontrarse con Gloria.

No quería dejar atrás todo aquello que en verdad le importaba. Pero ese querer no fue más que un deseo para él.

Al vender el campo, a causa de que lo nuevos dueños sólo querían las tierras, se vio obligado a destruir ese rancho que tanto significado tenía, tanto para él como para su difunto padre.

Fue en ese entonces que comprendió que durante toda su vida iba a seguir teniendo pérdidas. Que sólo necesitaba ser fuerte y verlas como un aprendizaje más en la vida. Él sabía que tenía la llave para abrir todas las puertas enfrentando cualquier tipo de dolor y tristeza. Y no fue nada más ni nada menos que aquello que lo acompañó durante toda su vida.



Hacia una mejor vida

Verónica Chiparelli Castro

Luego de la Segunda Guerra Mundial, la familia Bosio, junto a otras tantas familias, se vinieron de Italia-Lombardía hacia Argentina. El padre de familia Ángel Bosio nació el 3 de diciembre de 1905 y María Ángela Cletiloni nació el 10 de marzo de 1907.

Ángel pertenecía al servicio militar de Italia habiendo participado en la Primera y en la Segunda Guerra Mundial. En ésta última estuvo en una batalla muy importante en África. Él también se dedicaba a las carreras, era corredor de autos.

Maria Ángela era modista, trabajaba para los alemanes confeccionando la ropa. De esta manera los alemanes les otorgaban los alimentos porque en ese momento pasaban un desabastecimiento a causa de la guerra.

El 29 de enero de 1931 tuvieron a su único hijo al que llamaron Osvaldo. Creció allí y al comenzar sus estudios lo mandaron a un colegio pupilo. De joven realizaba ciclismo y llegó a ser campeón de Italia.

Como en Italia el servicio militar era obligatorio y Ángel no quería que su hijo pasara por lo mismo, el 27 de setiembre de 1951 se embarcaron en el barco Santa Cruz para que Osvaldo de 21 años no hiciera el servicio militar. Ellos creían que su destino era Estados Unidos, pero hacia donde se dirigían era hacia Argentina.

Antes de llegar hicieron una parada en Brasil. Y finalmente el 15 de octubre de 1921 desembarcaron en Argentina.

Se dirigieron a Córdoba capital y se instalaron en el barrio Alberdi

pero luego se mudaron a Maipú.

María Ángela puso una casa de modas y comenzó a dedicarse a la alta costura. Su esposo abrió una casa de juntas. Viajaban cada seis meses a visitar a la familia que habían dejado y a comprar telas.

Oswaldo, su hijo, conoció a su futura esposa en 1957. Ella, María Luisa Rodríguez, era descendiente de indios. Su familia pertenecía a la tribu Comechingones que estaba ubicada en la zona de Wincarinanco, Córdoba.

Oswaldo y María Luisa tuvieron a su primer hijo en 1959, Orlando; el segundo en 1961, Gabriela; y el último, en 1967, al que llamaron Eduardo.

Ángel vio nacer a sus tres nietos pero falleció en el año 1981 con setenta y seis años. Su mujer, debido a la angustia, cerró la casa de modas y su hijo quedó a cargo de la casa de juntas.

María Ángela siguió recibiendo una pensión desde Italia, ya que su marido había estado en la guerra.

Su nieta Gabriela se mudó para Uruguay luego de doce años de la muerte de su abuelo, en 1993. Allí conoció a Sergio, un uruguayo con el que comenzó una vida juntos.

Su hermano Orlando y su familia se quedaron en Córdoba donde continuaron su vida.

Con noventa y tres años, María Ángela falleció en el año 2000.



En busca de un futuro

Verónica Chiparelli Castro

En el año 1841, en España, Ponte Vedra, nació Ramón Castro Mandian, quien les habla. Viví toda mi infancia y mi adolescencia en mi ciudad natal, hasta los diecisiete años.

En 1858, ya cumplidos los diecisiete, me vi obligado a irme hacia tierras sudamericanas. Emigré a Uruguay por motivos económicos ya que buscaba un lugar donde las posibilidades fueran mejores.

Me embarqué en España y desembarqué en Uruguay en la Aduana de Oribe, donde mi primo me esperaba.

Conseguí trabajo en el almacén de mi primo, trabajando duro con la esperanza de progresar y así poder tener y mantener una familia. Tal es así que años después conocí a Josefa Antonia Díaz Viera, una española viuda con un hijo. Luego de un tiempo nos casamos y me hice cargo de su hijo como si fuera mío.

Mis esperanzas se hicieron realidad, pude formar una familia y mantenerla ya que con el paso de los años me independicé. Hice dinero y junto a patacones que traje de España comencé mi propio negocio como mayorista.

Me transformé, entonces, en uno de los más importantes mayoristas del país y debido a esto renuncié a herencias ya que mi posición económica era muy buena. En ese entonces compraba las mercaderías y las pagaba al año, de la misma manera mis clientes me pagaban a mí.

Las transacciones las hacía a través del banco Maguá donde

depositaba mi dinero. Este banco quebró en el año 1870 provocando el quiebre de mi empresa y las de mis clientes.

Ya con una familia formada, mi mujer, su hijo y el nuestro de apenas un año, tuvimos que salir adelante y empezar de nuevo.

En ese momento me arrepentí de haber renunciado a las herencias, también me enteré de que algunos familiares sabían que la situación del Banco Maguá no era segura y no me advirtieron de la posible quiebra en la que terminó. A pesar de eso, tomé fuerzas para volver a luchar y para progresar como lo hice desde un principio cuando llegué.

Sin creerlo, lo que me salvó fue el trabajo de talabartero; confeccionaba botas de cuero, accesorios de caballería y calzados.

En 1889 nació mi sexto hijo al que llamé Antonio. Junto con mi mujer y siete hijos viví el resto de mi vida en La Aguada.



La historia de Roberto Tellechea Ávila

Victoria Maresca Vique

En Palmares de Quebracho, ubicado en el departamento de Paysandú, nació en el año 1914 mi bisabuelo Roberto Tellechea Ávila.

Vivía junto a su padre, su madre, sus dos hermanos y sus tres hermanas. Su padre era estanciero y tenía tambo.

Como era costumbre, él aprendió al lado de su padre todo sobre del campo y sus negocios; cuando mi tatarabuelo falleció, heredó gran parte del campo y la casa principal.

Era un hombre buen mozo, muy simpático y carismático, muy solidario, a quien todos buscaban para pedir consejos y ayuda económica, pero su característica principal era ser un seductor.

Le gustaba bailar, pero también las apuestas de raid (carreras de caballos); cuando se reunían jugaba a la taba y al gofo, un juego de cartas por dinero. No le gustaba la bebida alcohólica ni el cigarrillo.

Con diecinueve años, conoció a Clara Soria, mi bisabuela. Al poco tiempo de conocerse ella quedó embarazada, entonces mi bisabuelo quiso llevarla a vivir a la estancia con él, para luego casarse, pero ella no aceptó esa proposición, porque quería salir de su casa casada, como correspondía.

El 4 de noviembre de 1934 nació mi abuelo, Roberto Santa Ana Vique Soria, su primer hijo. Mi bisabuela no quería que su padre lo viera, pero él nunca dejó de verlo gracias a que los padres de Clara, mis tatarabuelos, siempre le permitieron ver a su hijo, mi abuelo.

A los dos años, su madre Clara se fue a trabajar a una estancia y lo dejó al cuidado de sus abuelos y de un tío a quien él quería como a un padre.

Mi abuelo a pesar de que era muy chico, recuerda este momento con mucho dolor y cuenta que su madre se fue en un caballo blanco para no regresar.

Cuando mi abuelo tenía once años lo bautizaron, el cura lo anotó con el nombre de Roberto María Telechea Soria.

Mi bisabuela conoció a Lucio Vique, el domador de la estancia, con quien se casó. Mi abuelo la volvió a ver cuando tenía veintiséis años de edad.

Cuando el Estado comenzó a pagar asignación familiar, su madre y Lucio lo reconocieron, mi abuelo se enteró de esto a los dieciocho años, cuando fue a sacar la credencial y no encontraban ningún dato a nombre de Roberto María Telechea Soria. Cuando mandaron los datos de su madre apareció con su nuevo y actual nombre: Roberto Santa Ana Vique Soria; quedó con el apellido del segundo esposo de su madre.

Mi bisabuelo no sólo era un seductor, también era un mujeriego. Un año después de dejar a mi tatarabuela, conoció a Micaela y la llevó a vivir a la estancia a una casa a unas tres cuadras de la casa principal, con ella tuvo nueve hijos.

Al poco tiempo de conocer a Micaela, conoció a Juana una mujer menor de edad, quien también quedó embarazada, él tuvo que casarse con ella a punta de revólver, ya que por primera vez se encontró con un padre firme.

A ella la llevó a vivir con él en la casa principal y tuvieron tres hijos. Después de casarse con Juana tuvo tres hijos más con Micaela, mellizas y un varón.

Juana y Micaela tenían una buena relación, a ninguna de las dos les molestaba tener que compartir al padre de sus hijos. Todos convivían en la estancia normalmente y sin ningún problema.

Micaela y sus hijos vivieron en la estancia hasta que mi bisabuelo la vendió y les compró una casa en Quebracho, él, Juana y sus hijos se fueron a vivir a Paysandú capital, donde hasta el día de hoy vive Juana.

Socialmente siempre se lo vio con su esposa oficial, sólo reconoció a los hijos del matrimonio.

Fue el presidente de la Comisión de la escuela de Palmares, a la

cual concurrían sus hijos y en la que él frecuentaba a la maestra directora. Con ella tuvo un romance sin compromiso, éste fue uno de sus últimos romances.

Falleció en Paysandú capital, a los setenta y cinco años, dejando trece hijos.

A mi abuelo todos estos recuerdos lo formaron y lo transformaron en un buen hombre, en un buen padre y en un muy buen abuelo.



Andrés Donabella

Victoria Maresca Vique

En Grosseto, una ciudad de Génova en Italia, nació en el año 1945 Andrés Donabella, un amigo de mi tío abuelo.

Vivía en una humilde y sencilla casa, junto a su padre, su madre y sus dos hermanos. Su padre trabajaba muy duro para poder mantener a su familia, mientras su madre era ama de casa. Ella los cuidaba el día entero, ya que no iban a la escuela, pero, aunque no tenían una situación económica muy favorable, eran felices y unidos.

Una tarde su madre le dijo que tendrían que mudarse, ya que su padre había perdido la casa en una apuesta, y como no les alcanzaba el dinero, no podrían encontrar otro techo para ellos.

Unos días después, su madre vendiendo muebles de la casa consiguió boletos de barco para que él y sus hermanos viajaran hacia Uruguay donde vivía una tía de su madre, mientras ella y su padre se quedarían trabajando para conseguir más dinero para volver a estar todos juntos nuevamente.

Y así fue como en el año 1952, cuando Andrés tenía siete años, los Donabella llegaron al Uruguay.

Ellos vivieron muy cómodos junto a su tía abuela, pero siempre extrañando demasiado a sus padres; tal vez fue este sentimiento el que los impulsó a salir adelante: estudiaron mucho, trabajaron duro e hicieron todo lo posible para conseguir dinero y así viajar a ver a sus padres.

Gracias a esta enseñanza, maduraron, crecieron y se convirtie-

ron en grandes hombres.

Andrés trabajó en muchos lugares, a los que tuvo que ir renunciando por bajo salario, y cuando encontró un empleo con el que ganaría bien, no lo aceptaron por su nombre de nacimiento, Andrea Donabella, ya que contradecía su sexo y entonces a los veintidós años fue cuando él cambió su nombre a Andrés Donabella.

Hace cuarenta y ocho años que viven en el Uruguay, cada uno formó su propia familia, y ahora luego de muchos años, todos viajaron a Italia a visitar al resto de la familia.



Gladys y el Gordo

Victoria Novelle Cubilla

Intentar buscar una buena anécdota de alto valor y contenido no me fue una tarea fácil.

Después de indagar sobre varios recuerdos familiares los cuales no llegaron a ningún resultado, decidí recurrir a mi segunda familia. No exactamente mi familia de sangre, pero seguro que sí de corazón: Gladys y el Gordo.

Los conozco desde que nací, o por lo menos así me los puedo imaginar: fuera de la sala de partos esperándome con ansias.

Mi llamada telefónica los sorprendió ya que dicen que los tengo olvidados, pero rápidamente ante mi pedido de auxilio, surgió entre los dos -amén de variadas discusiones por quién tenía la versión más certera- la descripción de lo que fue una historia de amor que empezó hace unos cuarenta y tres años.

Simplemente la historia de cómo se armó lo que hoy veo como una palabra compuesta : *Gladysyelgordo*.

El Gordo había quedado en encontrarse con su primo y su novia en una cafetería de la zona de pocitos, hoy conocida como el "*Café de la Paix*". el motivo era conocer a Gladys, hasta entonces una desconocida, amiga de la novia de su primo.

El Gordo -que no hace falta describir porque lo hace por sí solo su apodo- actualmente está un poco avejentado, pero no dudo de que en su época de juventud tuvo su buena pinta. De exigente puntualidad que conserva hasta hoy día, y vestido impecablemente como siempre, esperó en la puerta de la cafetería por varios minutos a los

citados que nunca llegaron.

Contrariado, decidió ir hasta otro bar llamado "*La Vitamínica*", que distaba unas tres cuadras del lugar de la cita, donde estaban sus amigos a quienes había reemplazado para conocer a esta nueva "desconocida".

Sus amigos le insistieron para ir a otro bar en el palacio peñarol –entre risas, el Gordo lo recuerda como una terrajería- pero quizás llevado por la intuición, los rechazó nuevamente y se dirigió a la cafetería.

Ni bien llegó, se encontró con su primo también bastante ofuscado por el plantón. Conversaron sobre la situación y se dieron cuenta de que ambos habían sido víctimas de un mal entendido.

Entraron a la cafetería los cuatro, y fue ahí donde se encontraron por primera vez Gladys y el Gordo. Seguramente se gustaron y acordaron con el primo ir a bailar a la zona de carrasco a una boite muy conocida de la época llamada "*Chez Carlo*".

No menor fue la sorpresa del Gordo al ver cómo Gladys se disponía a subir al auto de su primo dejándolo manejar su auto solo hasta el lugar.

En el camino a la boite -cuenta el Gordo- pensó varias veces en abandonar la cita, pero su espíritu caballeresco primó y lo obligó a presentarse.

Llegaron al local, bailaron toda la noche (al mencionar esto me los puedo imaginar en el estar de mi casa pidiéndome algún tango, para bailar con su mirada de aún enamorados).

Todo resultaba bien, a él le gustaba esta mujer desconocida y aparentemente a ella también, por lo que pensó que un beso inocente no sería mal recibido.

El resultado no fue del todo alentador, sin mediar palabras el Gordo recibió una bofetada en medio de la pista.

Quizás fue el destino o la insistencia de su primo a olvidar el suceso de la bofetada lo que motivó al Gordo a invitar nuevamente a Gladys para salir y conocerse mejor. La cita se concretaría nuevamente en la castellana, donde simplemente se tomarían un café.

El Gordo, muy preparado para la ocasión, se presentó con un impecable traje de alpaca muy cotizado en esa época. La conversa-

ción transcurría muy animosa entre los dos, pero Gladys, con su típica torpeza que conserva hasta hoy en día, sin querer, derramó el café en el traje del hombre que años después sería su esposo, tal como cualquier comedia norteamericana.

Los días y los meses transcurrieron y la relación se iba poniendo cada vez más seria. El Gordo visitaba tres veces a la semana la casa de una hija única, por lo que algunas veces lo llevó a sortear algunos obstáculos con los padres de la novia. Ejemplo, las miradas fulminantes que le daba su suegro Alberto quien un día no se sabe si por celos o no, terminó tirándole un latón de agua caliente encima; o las manías de su suegra quien ponía el despertador a las doce de la noche para gritar desde su dormitorio:

-¡Leandro, son las doce!

Leandro, quien estaba sentado cómodamente en el sillón del living con Gladys, prefería no tener conflictos con sus suegros por lo que daba el último beso y abandonaba rápidamente la casa de la calle Rivera.

Así fue como comenzó a tejerse la historia de amor de aquellos que son mis abuelos, segundos o primeros, no importa, abuelos de corazón.

Esos que me tomaron de la mano y me pasearon por la niñez, que me llevaron al cine, al zoológico, que me consintieron y me consienten hasta el día de hoy. Los que nunca faltaron a mis fiestas escolares, a mis cumpleaños, los que me cocinaron cosas ricas, me cosieron los agujeros de las medias y alguna vez me arroparon leyendo el cuento *Las medias de los flamencos*, esa vieja y querida historia que tantas veces me hizo dormir.



Echando raíces

Victoria Novelle Cubilla

Hitler firmó la directiva Nº 25 cuyo primer párrafo decía:

“La revuelta militar en Yugoslavia ha cambiado la situación política en los Balcanes.

Yugoslavia, aún haciendo declaraciones de lealtad y respeto al Pacto Tripartito, debe ser considerada como un enemigo y debe ser derrotada cuanto antes”.

Antonio Malesic -hombre de familia y padre de cinco hijos- quien estaba relacionado con el gobierno de Yugoslavia, al recibir esta noticia llegó a su casa y le comunicó rápidamente la noticia a su esposa Slavisa Gerian. Sin pensarlo mucho, decidieron enviar cuanto antes al exterior a sus hijos para que comenzaran una buena vida lejos de ese mundo armado.

Las caras de los muchachos entristecieron. Ya no eran tan pequeños como para no darse cuenta de que esta noticia estaba por llegar. No les apetecía la idea de abandonar su tierra, sus costumbres y sus amigos, pero definitivamente era lo mejor para ellos y para su madre quien vivía nerviosa por la seguridad de aquellos cinco hombrecitos de entre diecisiete y veintitrés años.

Su padre movió contactos rápidamente y al cabo de una semana los chicos estaban embarcando con sus pocas ropas hacia distantes partes del mundo. Las despedidas con fuertes abrazos traslucían por sí solas el temor de lo que no se debía mencionar: por mucho tiempo o tal vez nunca más se volverían a ver. Para los padres era muy duro el hecho de no tener a sus hijos cerca pero pensaban en un buen futuro para ellos.

El hijo mayor, heredero del nombre de su padre Antonio Malesic, fue embarcado hacia Uruguay y a los otros cuatro jóvenes restantes los enviaron a Estados Unidos.

Antonio cuenta que la situación del barco era pésima, algo de lo que nunca se olvidaría en su vida, recuerda sus vanos intentos por no derramar lágrimas despidiendo a su familia. El barco estaba saturado, había gente por doquier. Familias enteras y chicos solos de apenas ocho o nueve años que se cuidaban entre ellos mismos inventándose historias divertidas pero con caritas tristes pese a su intento de sonreír. En el barco se olía a hambre, la situación económica de los pasajeros no era nada buena y todo el tiempo corría el riesgo de contagiarse ciertas enfermedades de las cuales para la mayoría no hubiera habido cura.

En el barco tuvo la necesidad de hacerse amigos, era un viaje largo donde la necesidad de compartir penas se hacía imprescindible. Se hizo muy buenos amigos con los cuales mantuvo contacto por varios años y fue con ellos mismos con quienes a su llegada alquiló una pensión en el centro de la ciudad. Su situación económica no era nada alentadora y no sentían la bienvenida de los habitantes del lugar, no les fue fácil encontrar trabajo y no se acostumbraban al idioma por lo que la comunicación era escasa.

Fueron muchas las penurias de dinero y sentimientos que debieron sufrir hasta lograr una adaptación. Al pasar del tiempo comenzaron las primeras ofertas de trabajo, las cuales para Antonio no aumentaban del rango de albañil. Cuenta que se levantaba muy temprano y su jornada de trabajo duraba hasta muy tarde. Al terminar, la mayoría de las veces volvía extenuado a la pensión siendo su única diversión en contadas ocasiones tomar un café con leche con sus amigos, rascando las monedas extras que hubiera ganado en la semana.

Una vez por semana escribía una carta a sus padres en Yugoslavia. Éstos se encargaban de enviarla a la otra parte de la familia que se encontraba en Estados Unidos, un poco para mantener de alguna forma la unión de una familia desintegrada por la guerra. Era difícil para él recibir cartas donde las malas noticias abundaban causándole mucho dolor las muertes de diferentes familiares.

Así transcurrió la vida de este hombre, de forma muy difícil, muy sacrificada pero con una entereza sin igual.

Años después de su arribo y habiendo salvado los obstáculos del idioma, creó su propia empresa constructora, se casó y tuvo dos hijos convirtiendo a su apellido Malesic, en el único sobreviviente de América del Sur.

Hoy en día se dedica a recibir estudiantes extranjeros en su granja de Colonia, donde con mucho cariño y paciencia ayuda a aquellos europeos de pocos recursos a conocer nuestro país.



Mi abuela Josefa

Virginia Rodríguez Moreira

Mi abuela materna llamada Josefa, nació en España, un año antes de que se desencadenara la Guerra Civil Española que se produjo entre los años 1936 y 1939.

Ésa era una época muy dura para el pueblo español que estaba sometido a muchas presiones internas ya que era una guerra entre los propios ciudadanos. Esto hacía que existieran muchos sentimientos encontrados, porque debían elegir entre sus sentimientos y sus convicciones.

A causa de esa guerra y entre otras cosas, el pan era racionado según la cantidad de integrantes de la familia. Para ello tenían que llevar una libreta como constancia y de acuerdo a ello era la cantidad de pan que se le entregaba a cada familia.

Cuando mi abuela tenía cuatro años de edad, a causa de la guerra fallecieron sus padres. Siendo única hija pasó a vivir con sus abuelos con los inconvenientes que ello aparejaba, ya que eran personas mayores que tuvieron que hacerse cargo de una niña chica que obviamente extrañaba a sus padres, sus juguetes y su hogar. De todas maneras ellos le dieron el cariño que tanto necesitaba y que hoy luego de sesenta y ocho años todavía recuerda surgiéndole muchas emociones.

Estando su abuelo enfermo y teniendo ella apenas doce años, debió hacerse cargo de la obra en la que él se desempeñaba controlando la llegada de los obreros. Esto hizo que tuviera que soportar las presiones por parte de los mismos, quienes en caso por ejemplo

de llegar tarde le pedían a mi abuela que no lo comunicara para que no fueran sancionados. Así fue que desarrolló una gran personalidad que conserva hasta hoy.

A sus trece años sus abuelos fallecieron, por lo que quedó a cargo de una de las hermanas del padre porque la otra había emigrado al Uruguay con su esposo e hijos a causa de la guerra.

Cuando mi abuela tenía 22 años vino a Uruguay reclamada por esta tía. Para eso su tía debió hacer una carta para el Consulado Español, dejando constancia de que se iba a hacer cargo de ella.

La travesía duró quince días en el barco “*Yapeyú*”. De ese viaje mi abuela cuenta que tenía una gran mezcla de emociones, por un lado la alegría de reencontrarse con su tía favorita a quien extrañaba muchísimo, y por otro lado la tristeza de dejar su país al que no sabía si volvería, sus cosas, sus amigas, su lugar. Pero traía consigo los buenos momentos vividos y la esperanza de lograr una familia como la que ella no pudo tener.

Como anécdota del viaje recuerda que al cruzar el Ecuador se hacía una fiesta en el barco celebrando el hecho.

En el puerto de Montevideo la estaban esperando sus tíos y un amigo de ellos que ella no conocía.

De tanta emoción, su tío al verla no presentó a su amigo por lo que él mismo se presentó diciendo su nombre: Juan.

Estando mi abuela viviendo con sus tíos, Juan fue invitado a la casa y a partir de ahí comenzó una relación, quizás por ser también emigrante español, quizás por tener una historia similar, quizás por la necesidad de afecto de ambos o sin tantos quizás, por haberse enamorado ambos, es que Juan pasó a ser mi abuelo.



Índice

<i>Prólogo del Prof. Sergio Migliorata</i>	5
<i>Prólogo del Prof. Luis Lorenzo</i>	7
Agustín Nieves Bello	
<i>La historia de Francisco Bello Alayón</i>	13
Alan Pizzo Barrios	
<i>El baile, un Asalto de Máscaras</i>	15
Alejandro Igarabide García	
<i>Unos vascos en peligro de extinción</i>	17
Ana Clara Escutary Trujillo	
<i>Un asado para todos</i>	19
Analaura Mussini Bagnulo	
<i>¡Vaya vida!</i>	21
Cecile Boubet Forcella	
<i>Crónica de Montevideo antiguo</i>	25
Cecilia Santamaría Peña	
<i>Severo: un descendiente español</i>	27
<i>Los Dzikowski</i>	29
Cristian Cristoff Brusich	
<i>Su deseo</i>	31
<i>Su deseo II</i>	33
Elizabeth Rosano Caraballo	
<i>Un viaje inolvidable</i>	35
<i>Un viaje, una emoción</i>	37
Emily Cabrera Motta	
<i>Una milonga especial</i>	39
Eugenia Viana Merialdo	
<i>Maestros defendiendo sus derechos</i>	43
<i>Historia de cómo se conocieron y enamoraron mis bisabuelos maternos</i>	45

Índice

Fabiana Luragi López	
<i>Federico Saroldi</i>	47
<i>Jobelina</i>	49
<i>El regalo tan deseado</i>	51
Felipe Ipar Fierro	
<i>Ser digno de ser</i>	53
Fiorella Barraco González	
<i>La pizza della mamma del cuento</i>	55
Florencia Juliano Inglés	
<i>Los cuentos de mi tío</i>	57
<i>Recuerdos de mi tía abuela Tona</i>	61
Florencia Lluberías Bustos	
<i>En memoria de mi bisabuelo</i>	65
Florencia Torterolo González	
<i>Una historia de vida</i>	67
<i>En un pueblito llamado Sopa</i>	71
Francesca Carlomagno Martínez	
<i>La historia de mi familia, una historia de inmigrantes</i>	73
Georgina Dell'Acqua Steffano	
<i>La escuela pública en Lagomar</i>	75
Gonzalo Cabrera Ciappesoni	
<i>Mensaje</i>	77
Guillermina Cuquejo Pittini	
<i>Coco</i>	79
<i>Otras realidades</i>	81
Guillermo Lingeri Kazakevich	
<i>Historia de mi bisabuelo materno</i>	83
Ignacio Arispe Sartori	
<i>¿Por qué soy de Rampla?</i>	85
Ignacio Vázquez Machado	
<i>El destino equivocado</i>	87

Iñaki Goicoechea Nogueira	
<i>El Graf Spee en Uruguay</i>	89
Javier Gregorio Ianinno	
<i>La tarde de Juan</i>	91
<i>Reliquias de guerra</i>	93
Joaquín Papich De Gregorio	
<i>Construyendo mi historia de vida</i>	95
Jorge Escarcena Rodríguez	
<i>Estación Bifurcación</i>	97
José García López	
<i>Mis raíces gallegas</i>	99
Josefina Villarmarzo Grisoni	
<i>Mis bisabuelos</i>	103
<i>Mi tatarbuela</i>	105
Juan García González	
<i>Liceo Cardona</i>	107
<i>Fútbol</i>	111
Juan Pablo Acevedo Martínez	
<i>Reuniones de familia</i>	119
Juan Pablo Kosec Milán	
<i>Un antepasado</i>	121
Lorena Romero Morisio	
<i>Un domingo en el barrio Porvenir</i>	123
Lucía Agustina Machado Lategui	
<i>Una historia de familia</i>	125
<i>Mi tía abuela fue una monja</i>	127
Lucía Kapcprzynski Pérez	
<i>Resistencia</i>	129
Magdalena Piacenza García	
<i>Una historia oculta</i>	131
<i>Un viaje no realizado</i>	133

Índice

María Eugenia Flores Valli	
<i>Mi abuelo Roberto</i>	135
María Inés Pasarón Graña	
<i>Mis padres</i>	137
Martín Pessano Martínez	
<i>El Redueyo</i>	139
Martín Rochinotti Echande	
<i>Una de las tantas de René</i>	141
Martín Steglich Crosa	
<i>Una receta peligrosa</i>	143
Martina González Bottino	
<i>De la oreja al corazón</i>	145
Matías Recoba Blanco	
<i>Un principio muy duro</i>	147
<i>Rescate</i>	149
Maximiliano Boggiani Liporace	
<i>Historia de Francisco Liporace</i>	151
Natalia Bado Boam	
<i>Buscando familiares conocí a Tito</i>	153
<i>Engaños hacia mi bisabuela</i>	157
Orana Magnani Dietschi	
<i>Dos polos opuestos</i>	159
<i>Una historia campestre</i>	163
Pablo Freire Caporale	
<i>La vida de mi bisabuelo</i>	165
Paola Verdes Mariño	
<i>Un enfrentamiento entre blancos y colorados</i>	167
Patricia Otero Reyes	
<i>¿Quién dice que tomar mate es cosa de viejos?</i>	169

Renzo Cianci Fleitas	
<i>Historia de un soldado</i>	173
Rodrigo Miranda Mussio	
<i>Historia de Isolina Morganti de Mussio</i>	177
Santiago Birriel Martínez	
<i>Vapor Ciudad de Asunción</i>	179
<i>Buscando oportunidades</i>	181
Soledad Añón Vázquez	
<i>Un fin de semana con muy mala racha</i>	185
Valentina Igorra Scaffo	
<i>Parque de Vacaciones</i>	189
<i>Central eléctrica</i>	191
Valentina Pan Beliciarte	
<i>La abuela Hilda</i>	193
Valentina Viana Merialdo	
<i>Carnaval</i>	195
Valeria Rodríguez Saavedra	
<i>Mi abuelo Ernesto Saavedra</i>	197
Verónica Chiparelli Castro	
<i>Hacia una mejor vida</i>	201
<i>En busca de un futuro</i>	203
Victoria Maresca Vique	
<i>La historia de Roberto Tellechea Ávila</i>	205
<i>Andrés Donabella</i>	209
Victoria Novelle Cubilla	
<i>Gladys y el Gordo</i>	211
<i>Echando raíces</i>	215
Virginia Rodríguez Moreira	
<i>Mi abuela Josefa</i>	219

© Instituto de Educación Santa Elena

"Otro milagro de la primavera" de Antonio Machado, *A un olmo seco*.

Diseño de portada:
Ignacio Machó Bengoa

Corrección, diagramación y armado:
Estela González, Pablo Damseaux, por **unlibro** ediciones